

ALBERRO

# 50 AÑOS de Milagro

50 AÑOS  
de  
MILAGRO

DETRAS  
de las  
REJAS!



*Detrás  
de las  
Rejas!*

y otros relatos verídicos inspiradores



ESTHER P. DE ALBERRO



ESTHER P. DE ALBERRO

# **¡50 Años DE MILAGRO DETRAS DE LAS REJAS!**

*y otros relatos verídicos inspiradores*

destinada exclusivamente  
a las Iglesias Cristianas Adventistas  
de España

Sin valor comercial

EDICIONES  
INTERAMERICANAS

BOGOTÁ — CARACAS — SANTO DOMINGO  
GUATEMALA — SAN JOSE, C.R.  
PANAMA — MEXICO, D. F. — SAN JUAN, P.R.

destinada exclusivamente  
a las Iglesias Cristianas Adventistas  
de España

Sin valor comercial



## Prólogo

*LOS inspiradores relatos que componen esta obra conjugan dos cualidades que muy raramente se ven reunidas en una misma pieza: en primer lugar son verídicos. A pesar de su carácter fascinante, constituyen el fruto de una realidad vivida, y por lo mismo su interés humano es mucho mayor. En segundo término y al mismo tiempo están presentados con encantadora sencillez literaria, lo cual los hace todavía más cautivantes.*

*Por añadidura, las historias de este libro conducen la mente del joven y el adulto a hacer resoluciones que fortalezcan la fibra moral, y que edifiquen y consoliden un carácter noble, propio de un hombre o una mujer de bien.*

*Los adolescentes que andan a la pesca de lecturas sensacionales, pero que las más de las veces desembocan en producciones que deforman la moral y pervierten la mente, hallarán aquí satisfecho su interés mientras nutren su personalidad con los mejores pensamientos. Como quien tiene hambre y disfruta de un manjar que, amén de ser sabroso, es sano y nutritivo.*

*Los padres que buscan para sus hijos algo que dé una ocupación edificante a la mente ágil de éstos, apartándolos del diluvio de inmoralidad que amenaza con ahogar nuestra sociedad moderna, también hallarán en ¡ 50 años de milagro detrás de las rejas! el material que anhelan.*

*La autora, que además de escritora ágil es profesora secundaria, madre y mujer de sólida experiencia cristiana, vuelca en estos capítulos, fruto de su pluma, material que recrea, distrae, proporciona placer estético, conmueve, inspira y estimula los altos ideales.*

LOS EDITORES

## Contenido

Prólogo .....	7
¡ 50 años de milagro detrás de las rejas! .....	9
Sólo unos traguitos .....	34
¡ Feliz Navidad! .....	52
Pioneros de la región chaqueña .....	76
Pedro y Juan .....	94
El collar de perlas .....	108
Félix lo pudo. . . ¿Por qué no tú? .....	117
La leyenda de los pishtacos .....	122
El aventurero .....	129
Luz en las tinieblas .....	139
¿Quién era la heroína? .....	155
“El ascua sagrada” .....	163
La cenicienta .....	175

## ¡50 Años de Milagro Detrás de las Rejas!

Los nombres de los personajes y lugares, como también las fechas, son reales, con excepción del protagonista principal, a quien siempre se lo conoció por su seudónimo, Harry Orchard, por respeto a su esposa e hija, y demás parientes.

UNO de los juicios más sensacionales ocurridos en toda la historia norteamericana, que en su tiempo conmovió a la nación entera, es el que se realizó en la ciudad de Boise, estado de Idaho, durante el verano de 1907. Su desarrollo era presenciado diariamente por miles de personas que acudían de todas partes del país: periodistas de 24 de los principales diarios, escritores, fotógrafos, políticos, abogados, industriales, representantes de los gremios obreros, amén de la multitud de observadores que podríamos simplemente llamar “el pueblo”, todos ansiosos de no perder un detalle del debate.

Los habitantes de Boise no lo seguían quizá con más apasionamiento que los de Nueva York, Wáshington o Miami. Y los comentarios acerca de este juicio y de algunos sucesos previos que lo motivaron, aparecieron también en periódicos de otros países.

¿Por qué este caso era tan extraordinario y revestía tal importancia? ¿Quiénes y qué intereses estaban en juego? Hagamos un poco de historia.

En las últimas décadas del siglo pasado, los centros mineros de los Estados Unidos fueron el escenario de una

lucha enconada entre obreros y capitalistas, entre las compañías mineras y los sindicatos. Hubo injusticias y abusos de ambas partes. La Federación Occidental de Mineros llegó a ser una institución temible que sembró el terror en varios estados: Idaho, Montana, Colorado, California.

Las huelgas iban acompañadas de actos feroces y sangrientos, especialmente contra los obreros y las compañías que no obedecían a los sindicatos. Una de ellas era la poderosa compañía minera de Bunker Hill y Sullivan, cerca de Kellog, Idaho.

En la mañana del 29 de abril de 1899, una multitud de 1.200 huelguistas armados se apoderaron del tren de la región, cargaron 50 cajas de dinamita, se dirigieron al gran molino de la mina, distante un kilómetro, dispuestos a matar a quienes ofrecieran resistencia, depositaron su carga mortífera y se alejaron de la planta industrial, mientras un ejecutor temerario prendía el dispositivo que hizo volar el molino y sus depósitos, reduciendo a escombros y ceniza un capital de medio millón de dólares, que en aquel tiempo significaba una enorme fortuna.

Era entonces gobernador del estado, Frank Steunenberg, hombre de vigorosa estructura física y moral: robusto, fuerte, enérgico, íntegro, leal al deber, querido y respetado en la comunidad.

Cuando ocurrió el atentado, se hallaba convaleciendo de una seria enfermedad. Podía asumir dos o tres distintas actitudes: Siguiendo la política de sus predecesores, podía hacerse el desentendido; o si no, dar un paso más: enviar un mensaje al jefe del distrito manifestándole que desaprobaba lo ocurrido. . . y que a él, como jefe, le correspondía tomar las medidas que juzgara posibles. O bien, podía tomar la resolución de poner fin a este reinado de violencia y restablecer el orden y el respeto a la ley.

“¡Y esto es lo que haré!”, se dijo después de reflexionar un rato.

Necesitaba reforzar la milicia local. Así que telegrafió al presidente Mc Kinley para que le enviara tropas nacionales. Declaró la ley marcial y se tomaron medidas enérgicas con la unión de ambas fuerzas, las nacionales y las del estado.

Cuando el gobernador recuperó la salud, dirigió en persona la represión y logró restablecer el orden en el territorio que tenía a su cargo. En 1901, al finalizar su segundo período gubernamental, se retiró a la vida privada con la satisfacción del deber cumplido. Felizmente su sucesor supo mantener el orden en ese estado.

No podía decirse lo mismo de Montana y Colorado, que continuaban azotados por una ola de terror. Como ejemplo, ahí estaba el caso de la mina Vindicator: una dinamita mató al superintendente y al capataz de turno y causó enormes daños. Peor aún fue la que hizo volar la estación Independence, quitó la vida a catorce personas y dejó a muchas otras mutiladas para el resto de sus días.

Era innegable que la Federación tenía agentes audaces a quienes empleaba para ejecutar estos actos criminales. Pero también era evidente que, en los casos más difíciles y espantosos, el ejecutor parecía ser uno solo y siempre el mismo, por su manera de “trabajar”; una persona habilísima y especializada en un procedimiento hasta entonces desconocido que le permitía escapar con vida del atentado sin dejar rastro alguno por el cual pudiera ser atrapado.

Sí, una mente y una mano maestras, pagadas para el crimen y la destrucción, no sólo de minas y molinos, sino de personas relacionadas con el gobierno y la policía. Por ejemplo, el detective Gregory fue muerto de un balazo en las calles de Denver y el asesino se hizo humo. El gobernador y el presidente de la Suprema Corte de Colorado escaparon providencialmente de los explosivos dispuestos con habilidad para quitarles la vida. En cuanto a Frank Steunenberg, mientras desempeñaba su cargo, más de una vez recibió amenazas por teléfono y por anónimos; pero

terminó sus dos períodos sin sufrir atentados. ¿Estaría libre ahora que se había retirado?

¿Quién era ese agente habilísimo, temerario y envilecido que cometía un crimen tras otro y lograba siempre escapar sin dejar huella? Se lo conoce con el seudónimo de Harry Orchard.

Procedía de una honorable y numerosa familia de ocho hermanos, un padre laborioso pero demasiado impositivo e inflexible, y una madre piadosa y amantísima. A los 20 años era un hermoso joven, rubio, alto, vigoroso, inteligente. Amaba tiernamente a su madre y sentía un sordo resentimiento hacia el padre.

Se casó con una joven encantadora y formaron un hogar feliz aunque modesto. Poco a poco fue dominándolo un afán desmedido de enriquecerse. Este afán lo arrastró al juego y a la especulación y, como consecuencia natural, empezó a tener "amigos" de moral dudosa y a contraer deudas. A pesar del cariño y los esfuerzos de su fiel esposa, gradualmente se fue hundiendo en el vicio y los negocios deshonestos, hasta que una noche incendió su propio negocio para cobrar el seguro y abandonó a su esposa y a su tierna hijita. Un delito lo condujo a otro, y en pocos años se convirtió en un hombre corrompido y criminal.

Volvamos ahora al ex gobernador Steunenberg. Aunque se había retirado de la política, seguía siendo una figura destacada. Dueño de una gran plantación, rico ganadero, colaboraba activamente en todo lo que contribuyera al progreso de la comunidad.

La Federación Occidental de Mineros no había olvidado el golpe que Steunenberg les asestara cuando era gobernador, y aunque a menudo dejaban pasar un largo lapso antes de vengarse, en este caso particular, eso no significaba que, hubieran desistido. . . Así que en 1905 ordenaron a Orchard que le quitara la vida al ex gobernador.

Orchard llegó a Caldwell, la ciudad residencial de Steu-

nenberg, como un importante comprador de ganado lanar; paraba en el mejor hotel y pronto llegó a ser una figura popular. Cuando se hubo familiarizado con las actividades, entradas y salidas del ex gobernador, decidió cumplir la misión que se le había confiado. Sin embargo, en cuatro distintas ocasiones fracasaron sus planes diestra y cuidadosamente trazados. Tres veces por circunstancias imprevistas, y la cuarta, por una razón que él mismo no supo explicarse.

Era una noche oscura. Armado de un revólver se dirigió a la casa de Steunenberg, por el parque. Se acercó a una ventana que daba a la sala y, a través de ella, contempló el cuadro familiar: la esposa, sentada en una mecedora, tejía; la hija, de unos diez años, y el hijito menor de cuatro, estaban sentados en la alfombra, ella hojeando una revista y el niño haciendo "construcciones" con bloques de madera. El padre, sentado en un sillón, leía, precisamente ubicado como para recibir un tiro en la cabeza. Orchard levantó el arma y apuntó. . .

En ese preciso instante el niño dejó su juego, se puso de pie, se dirigió hacia su padre y se sentó en sus rodillas. Orchard esperó un momento. . . No era su intención hacer daño a la criatura. . .

—Papito, ¿por qué no cantas esa canción que tanto me gusta, "Old Uncle Ned"?

—Bueno, bueno, si tú me acompañas—. Y la hermosa voz de tenor del padre y la desafinada voccecita del niño se unieron para entonar la canción popular.

La cabeza del ex gobernador se destacaba nítidamente. Orchard podía disparar sin ningún peligro para el chico. Pero siguió apuntando indeciso. . . y contemplando fascinado la escena.

¿Qué pasó en ese momento en el alma del criminal? ¿Recordó su niñez, cuando su amorosa madre los reunía a él y a sus hermanitos y cantaba con ellos y les enseñaba las

plegarias infantiles? ¿Se acordó de la joven esposa y de la preciosa hijita a quienes había abandonado para convertirse en un vil malhechor? Lentamente, tal vez sin darse cuenta, bajó el arma y la colocó en el cinto, se abotonó el saco y se encaminó hacia el hotel. Poco y nada durmió esa noche. Se acortaba día tras día el plazo que le fijaron para cumplir su "misión". ¡Y él había desaprovechado tontamente la magnífica oportunidad de esa noche! Ahora tenía que usar bien la cabeza y apresurarse, porque la fecha final, el 31 de diciembre, se acercaba inexorablemente. La próxima vez no fallaría. Empezó a preparar minuciosamente su mortífero explosivo.

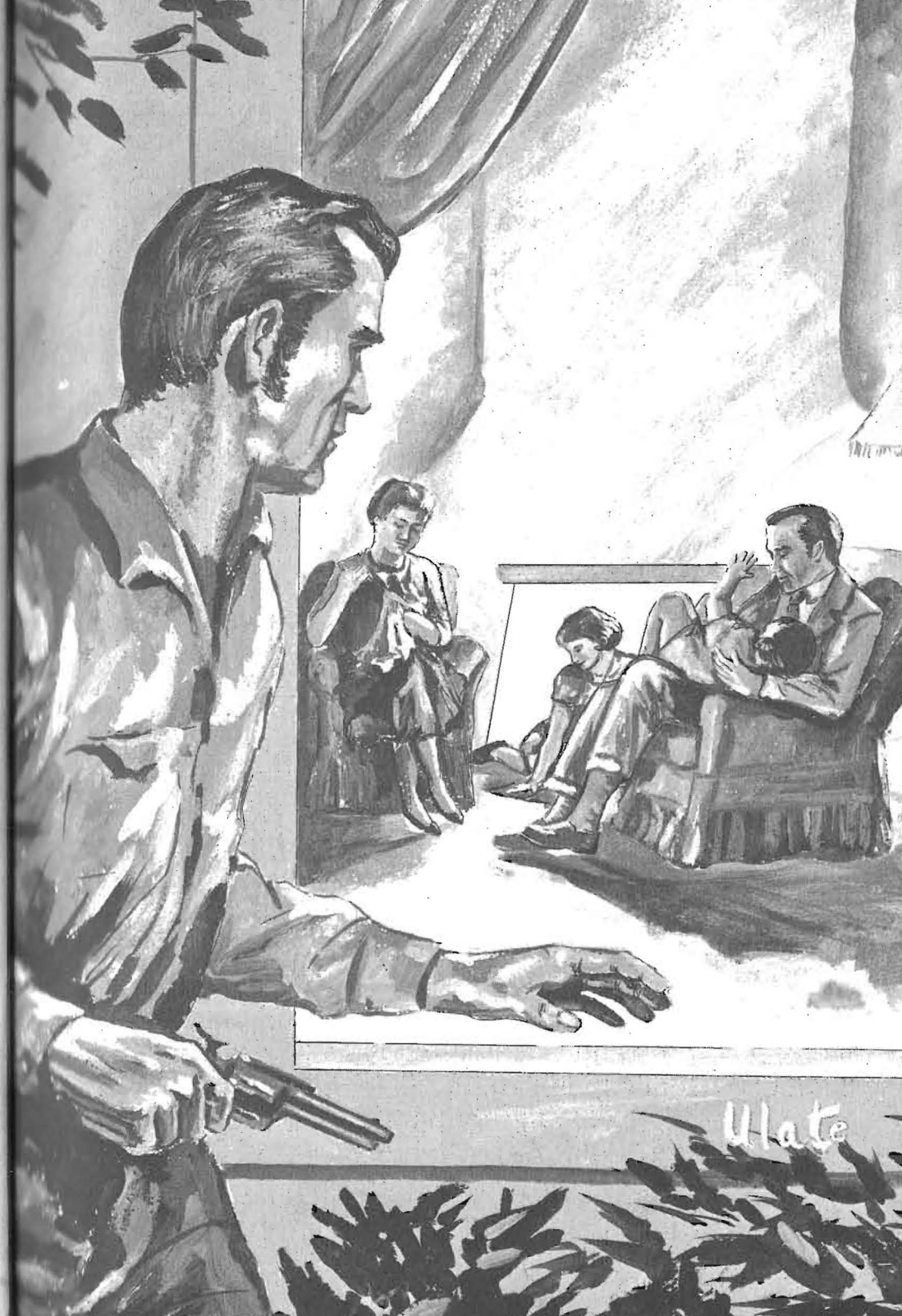
Mientras tanto, la familia Steunenberg se había reunido con motivo de las fiestas de fin de año. El padre se desentendió por unos días de sus negocios; y el hijo mayor, de 17 años, regresó del colegio donde estudiaba, para pasar en su hogar las vacaciones de invierno. Ya habían celebrado juntos Navidad. Faltaba festejar el Año Nuevo.

Era el atardecer del viernes 29 de diciembre. La Sra. de Steunenberg y Julián, el hijo mayor, conversaban apaciblemente en la sala. La leña que ardía en el hogar chisporroteaba vivamente entre las llamas que iluminaban con dorados resplandores el salón donde aún no se habían encendido las luces. ¡Cómo disfrutaba Julián de ese ambiente hogareño, junto a unos padres a quienes amaba y respetaba, y unos hermanitos cariñosos y bullangueros! Pero había notado algo en su padre que lo tenía intranquilo, y ahora le expresó a su madre esa preocupación:

—A papá lo noto pensativo y ensimismado. ¿Qué le pasa? ¿Andan mal los negocios, o tiene otros problemas que prefieres ocultarme?

—Nada tengo que ocultarte, Julián. Los negocios andan muy bien; y ahora que no milita en política, no creo que haya causas externas de preocupación. Pienso que se trata de un conflicto espiritual. Estoy convencida de que tu

El asesino, impulsado por quien sabe qué pensamientos, bajó lentamente el arma homicida y se alejó de la casa.





padre siente una necesidad o inclinación religiosa, pero nunca se ha expresado ni ha dado un paso decisivo en ese sentido. Antes estaba envuelto en un torbellino de responsabilidades y deberes, y ni tenía tiempo de pensar en su ser interior. Pero ahora sí tiene tiempo para que esas inquietudes espirituales lo acosen.

—Bien, mamá; él siempre se mostró satisfecho y hasta feliz de que tú fueras una devota cristiana y guiaras a tus hijos de acuerdo con tu fe y convicciones. Papá siempre ha sido fiel y valiente para cumplir con su deber de acuerdo con los dictados de su conciencia; y estoy seguro de que, en este asunto, también lo hará.

—¡Dios te oiga! Será para su felicidad y la de todos.

El sábado 30 de diciembre amaneció excepcionalmente frío. Hubo una tormenta de nieve tan recia que obligó a los habitantes de la región a permanecer en sus casas. Conforme a su costumbre, el ex gobernador se levantó temprano, encendió un buen fuego y se sentó junto al hogar, más pensativo que nunca. Los demás miembros de la familia notaron su inquietud y preocupación. La esposa se le acercó en silencio y, colocando suavemente una mano sobre su hombro, le habló con ésa su voz tan dulce y aquietadora:

—Querido, te noto muy intranquilo. ¿No puedes confiar en mí y decirme qué te pasa?

En voz baja y tensa, Frank Steunenberg contestó:

—Los malos y los buenos espíritus han luchado conmigo toda la noche. No he podido dormir.

—No resistas a los buenos espíritus, mi amor. No desoigas la voz del Espíritu Santo. ¿No te imaginas cuán dulce es la paz que inunda nuestro ser cuando le confiamos a Dios nuestras vidas!

Los hijos habían ido entrando, y los dos mayores simulaban estar absorbidos en la lectura. . . El Sr. Steunenberg no respondió. Se levantó, recorrió varias veces la sala como

abstraído, se detuvo frente a la ventana contemplando la ventisca, y de pronto empezó a cantar, con su hermosa voz de tenor, como si cantara para sí mismo:

“Más cerca, oh Dios, de ti  
quiero morar,  
aunque sobre una cruz  
me hayan de alzar”.

Todos escuchaban emocionados. Cuando terminó de cantar esa estrofa, se dio vuelta y miró sonriente a su esposa. En un instante ésta se hallaba en sus brazos, sonriendo en medio de sus lágrimas de gozo. Con ternura, él le dijo:

—Querida, mi decisión está hecha.

Fue un día de indecible felicidad para la familia. Hasta la tormenta de nieve les pareció su aliada, porque les impidió salir, de modo que disfrutaron plenamente la dicha de estar juntos. Cantaron, oyeron música, leyeron en voz alta porciones favoritas de las Sagradas Escrituras, y conversaron y rieron como no recordaban haberlo hecho nunca.

Al anochecer, la tormenta amainó y el ex gobernador salió para cumplir con algunos compromisos urgentes, en especial una consulta con la junta directiva del banco local, pues era presidente del mismo. Julián también salió para hacer algunas visitas.

Harry Orchard debía apresurarse a poner en ejecución su plan. Al día siguiente expiraba el plazo que le habían fijado sus “empleadores”. Durante toda la tarde había estado en acecho de su víctima. Por fin al anochecer lo vio salir de su casa y dirigirse al Banco. . . y de allí al correo. . . para luego detenerse en la calle a conversar con unos amigos. Rápidamente Orchard se acercó a la casa protegido por la oscuridad, se agazapó junto al cerco y al fin enterró la bomba entre la nieve frente al portón, conectándola al mismo por medio de un cordón. Así tendría que

explotar infaliblemente, fuera que Steunenberg abriera el portón o tropezara con el cordón.

Reinaba una plácida tranquilidad en el hogar de los Steunenberg. La madre, en la cocina, preparaba la cena. La hija entretenía en la sala a su hermanito, mostrándole un libro de láminas de colores.

De pronto se oyó una explosión terrorífica que hizo temblar la casa, rompió los vidrios de varias ventanas e hizo añicos muchos objetos que cayeron al suelo. El niño lanzó un grito desahogado y corrió a la cocina; pero la niña, por un impulso inconsciente, se dirigió corriendo hacia la puerta y salió al patio. Detrás de ella, con una palidez cadavérica en el rostro, venía su madre. En la entrada del parque hallaron al Sr. Steunenberg tendido sobre la nieve, sangrando y sin sentido.

Inmediatamente los vecinos empezaron a reunirse, acudieron los médicos, y el herido fue transportado a la sala con el mayor cuidado y tendido sobre una camilla de emergencia. Durante media hora la ciencia médica luchó tenazmente para salvarle la vida. Al fin de ese lapso, el médico de familia y amigo íntimo de la víctima le tomó una vez más el pulso, se inclinó sobre él y lo auscultó. . . Luego, lenta y dolorosamente le cubrió el rostro con una sábana, se dio vuelta y abrazó a la desdichada esposa.

Aquel valiente corazón había dejado de latir; pero era un corazón que estaba en paz con Dios. La Providencia lo había librado cuatro veces de la muerte, hasta que el ex gobernador hizo su decisión para la eternidad. Ahora la familia lloró esta tremenda pérdida, pero no como los que no tienen esperanza para más allá de la tumba.

¿Qué ocurría mientras tanto con Harry Orchard? Ese malhechor envilecido y habilísimo que había cometido tantos delitos sin dejar la menor huella que pudiera delatarlo, incurrió esta vez en algunas torpezas y descuidos inexplicables. Se había alejado rápidamente del escenario

del crimen, sin ser visto, y se dirigió al centro de la ciudad dejándose ver en los sitios más concurridos. Luego entró en el hotel y subió a su cuarto.

Pronto la noticia se esparció por toda la población, y el hotel se llenó de voces y de personas que entraban y salían presas de la mayor agitación. Orchard bajó para averiguar qué ocurría. Cuando lo supo, se manifestó naturalmente apenado, pero sin la intensa emoción de los habitantes de la ciudad, todos admiradores del extinto, siendo muchos de ellos amigos personales suyos.

De parte del gobierno y de la policía se tomaron inmediatamente las medidas pertinentes y se extremó la vigilancia en lugares públicos, vehículos, trenes y caminos. Todas las personas extrañas o poco conocidas fueron interrogadas, y también lo fue Orchard, "sólo para llenar las formalidades". Contestó gentilmente que eso era lógico, y respondió sin vacilación las preguntas que le dirigieron, indicando los lugares donde había estado en las horas anteriores al hecho. Muchos podían testificar que lo habían visto en esos sitios. Su coartada era perfecta. Hasta ahí el delincuente representó su papel con entera naturalidad.

En el hotel donde se hospedaba, un detective humildemente vestido como un hombre común observaba a los que entraban y salían, mientras leía los periódicos. Le llamó la atención el hecho de que Orchard estuviera solo, sentado junto a una ventana como olvidado de cuanto lo rodeaba a la vez que parecía dominado por una gran inquietud y nerviosismo. En cierto momento, en compañía de un empleado del hotel, fue a la casa de Steunenberg. Cuando regresó, comentaba con *demasiada* vehemencia el horrendo atentado y "cuánto se condolía por la desgracia de la familia".

Se retiró a su cuarto a medianoche. A la mañana siguiente, bajó pulcramente vestido y afeitado para tomar el desayuno. Unos hombres que dijeron interesarse en vender

animales prolongaron la conversación con él sobre un asunto y otro, mientras dos detectives registraban su habitación. No hallando ningún detalle comprometedor, estaban por retirarse cuando a uno le pareció notar que un extremo de la alfombra estaba ajado y arrugado. Levantaron la alfombra y encontraron una tabla floja en el piso; y ahora, levantando la tabla, descubrieron un escondite que contenía fusibles, cápsulas, sulfato de cal, algunas herramientas y demás. Interrogando en la oficina del hotel, se les había informado, primero, que Orchard se había registrado como comprador de ovejas; pero siguiendo sus averiguaciones supieron que, a pesar de ausentarse a menudo por varios días, según él para comprar ovejas en tal o cual lugar, en ninguno de los lugares mencionados había comprado ni siguiera un corderito.

Un "comedido" lo puso sobre aviso acerca de las sospechas que recaían sobre él. Además, cuando subió de nuevo a su pieza, se dio cuenta de que la habían revisado. Nunca se pudo explicar a sí mismo por qué había sido negligente en deshacerse de todos esos indicios. Pero aún tenía muchos recursos, y uno muy importante era su aplomo. Preparó bien las explicaciones que daría en cuanto a esos objetos y, sabiendo que ninguna prueba válida tenían contra él, se dirigió al *sheriff* manifestando que tenía entendido que se sospechaba de él, y como era completamente inocente, quería que aclararan en su presencia cualquier duda. Parecía tan sereno y seguro de sí mismo, que los dejó a todos casi convencidos.

Sin embargo, por la tarde de ese día, 31 de diciembre, el *sheriff* le avisó que, por orden del gobernador del estado, quedaba detenido y que no debía abandonar el cuarto. Unas horas después lo arrestaron, acusándolo directamente del asesinato del ex gobernador. Fue puesto en la cárcel de Caldwell, donde quedó incomunicado durante tres semanas. Luego, para seguridad del preso, lo trasladaron a la

cárcel de Boise, donde continuó la misma absoluta incomunicación: no podía hablar con nadie, recibir visitas de nadie, y el único ser viviente a quien veía era el guardián, que le alcanzaba la comida sin dirigirle una sola palabra.

Este fue un procedimiento judicial de gran acierto psicológico aplicado a un hombre aventurero, inquieto, pleotórico de vida y acostumbrado a la libertad. Solo con sus pensamientos, solo consigo mismo, no teniendo con quién hablar, empezó a hablarle la conciencia. ¡Y cómo le hablaba! No le daba punto de reposo. Y los recuerdos empezaron a desfilar en tropel por su memoria: recuerdos de la infancia, de la madre piadosa que le enseñó a orar y amar a Dios. . . Luego recuerdos de su juventud, de sus primeros años de casado, cuando era un hombre honesto y laborioso y vivía feliz junto a su esposa linda y buena y a su hijita encantadora, a quienes abandonó para entregarse a una vida de pecado y disipación.

Cuando ya estaba desesperado por la soledad, el encierro y los azotes de la conciencia, empezó a visitarlo el Dr. Mc Pharland, uno de los detectives más hábiles y famosos del país. Ya en su primera visita, el detective se dio cuenta de que tenía que habérselas con un preso de inteligencia nada común, y de que necesitaría de toda su pericia y sagacidad para obtener la confesión del reo. Pero entre las cualidades que hicieron notable a este funcionario, estaba la de saber esperar y tomarse todo el tiempo necesario para lograr su fin. Había conseguido arrancar la confesión de toda clase de delincuentes, algunos muy empedernidos y cínicos, otros que se escudaban en un silencio obstinado como si fueran sordomudos. Por el contrario, desde su primera visita a Orchard notó que el delincuente sentía una necesidad *física* de conversar, y si bien al principio se limitaba más a escuchar y simulaba indiferencia, en visitas subsiguientes el diálogo se entabló fácilmente. Orchard era un buen conversador, y podían hablar cordialmente. Sin

embargo, en cuanto se tocaba el “tema” relacionado con su caso, se tornaba prudente y cauteloso. . . Sabía que no tenían pruebas contra él; sabía también que la Federación a la cual había servido de instrumento era rica y muy poderosa y le sería fácil lograr su libertad.

El problema de Orchard no era ése, sino el tremendo conflicto interior que a veces no le permitía dormir durante muchas noches seguidas, y aunque tenía gran dominio propio y en presencia del detective y del guardián aparecía sereno y completamente dueño de sí mismo, por dentro la lucha espiritual era tan intensa que lo iba aniquilando.

Un día el guardián lo saludó amablemente y le comunicó que tenía algo para él:

—Buenos días, Orchard. Hemos recibido del Dr. Paulson un obsequio para Ud.

—¿Quién es el Dr. Paulson?

—¿No ha oído hablar de él? Es un médico muy competente y apreciado y, al mismo tiempo, un gran amigo de los que sufren, tanto del cuerpo como del alma.

Con bastante renuencia Orchard recibió el paquete, lo abrió y, al ver que contenía una Biblia, montó en cólera:

—¡La Biblia! ¿Para qué quiero yo esto? ¡Llévesela! ¡No la necesito!

—Le aconsejo que la reciba y la lea. Le hará bien.

Pero el preso se mantuvo inflexible, y el guardián se retiró llevándose el sagrado Libro. En cuanto se cerró la puerta, la batalla empezó de nuevo con mayor fiereza en aquella pobre alma atormentada. Por momentos recorría la celda a grandes pasos como fiera enjaulada; por momentos se dejaba caer agotado en su cama.

El Dr. Mc Pharland le había hablado de la necesidad que todo hombre tiene de vivir en paz con Dios, y que esto únicamente se logra por medio del arrepentimiento y la confesión. Le mencionó tres casos notables relatados en la Biblia: Moisés había matado a un hombre y se vio obligado

a huir al desierto donde permaneció muchos años; el rey David no sólo cometió adulterio sino también asesinato en el caso de Urías y su mujer; y el apóstol Pablo fue culpable de la persecución y muerte de muchos cristianos. Sin embargo Dios honró con su especial distinción a estos tres hombres: el primero fue una de las figuras más prominentes de la historia, como líder, legislador y escritor; el segundo está considerado como el rey más glorioso del pueblo israelita y Dios declaró que era un hombre “conforme a su corazón”; el tercero, fue designado por Dios mismo como “instrumento escogido” y llegó a ser el *apóstol* por excelencia.

Si bien Orchard escuchó estos relatos como si no le interesaran en lo más mínimo, cuando estaba solo no podía desterrarlos de su mente. ¡Y cómo anhelaba ahora leer por sí mismo esos episodios narrados en la Biblia! Porque “los malos espíritus”, como los llamara una vez su víctima, lo atormentaban con el pensamiento de que él era un caso perdido. . . ¡Había cometido tantas atrocidades y llevado una vida tan depravada, que sin duda alguna estaba fuera del alcance de la gracia divina! Pasó una noche de angustia indescriptible. Al otro día, cuando el guardián le llevó el desayuno, con aparente despreocupación, el preso le dijo:

—Oiga, estuve pensando que no me vendría mal entretenerme leyendo algo. Si tiene a mano el librito que me ofreció ayer, lo aceptaré.

El guardián empezó a sospechar que esa despreocupación podría muy bien ser simulada; no obstante con mucha satisfacción le entregó la Biblia.

¡Con cuánta ansiedad empezó a leerla! Le interesó especialmente el relato del pecado y arrepentimiento de David, y lo conmovió el salmo 51, en que el rey contrito y humillado confiesa su culpabilidad. La lucha se intensificó en su corazón. ¿Habría esperanza para él? ¿No era demasiado

tarde? ¿Podría Dios perdonar tanto crimen, tanta maldad? Pocos días después ocurrió otro incidente de trascendencia en su vida. El guardián se presentó en su celda y le anunció que el joven Julián Steunenberg deseaba verlo, y añadió por su cuenta:

—Trae un paquete. Bien pudiera ser un arma envuelta. Tal vez sea mejor que no lo reciba.

Orchard reflexionó un momento, y luego contestó:

—Prefiero recibirlo. Si me quiere matar, desde el punto de vista humano tiene todo el derecho.

Julián Steunenberg pasó y le tendió la mano. Orchard vaciló antes de responder al gesto, pero al fin le tendió la suya. Julián habló:

—Mi madre le manda un libro y unas revistas. Le ruega que los lea, pues está segura de que le harán bien. Ella desea que Ud. entregue su corazón a Jesús. Dios lo perdonará, como ella le ha perdonado el mal que nos ha hecho. Adiós.

Sin esperar respuesta, se dio vuelta y salió. Orchard quedó pasmado. Por un rato no atinó a moverse. Allí estaba, con el paquete en la mano sin pensar en abrirlo, porque el mensaje de aquella mujer era tan desconcertante que aún no lograba penetrar en su tenebrosa mente. ¡Que la viuda del hombre a quien él asesinara le aseguraba que le había perdonado todo el mal y la desgracia que les causó a ella y a su familia! ¡Y aun le rogaba que se entregara a Dios para recibir el perdón del cielo! ¡Esto fue más de lo que su espíritu, sacudido durante tantos días y semanas por su lucha interior, pudo soportar! Harry Orchard se echó sobre su duro lecho y lloró, por primera vez en muchos años, con sollozos convulsivos y desgarradores. Cuánto tiempo lloró, no lo supo. Pero ese llanto lo alivió de la tremenda tensión nerviosa bajo la cual había estado viviendo.

Luego, ya más tranquilo, abrió el paquete y tomó primeramente el libro. Era un pequeño volumen titulado *El*

*camino a Cristo*. Lo hojeó y leyó los títulos de algunos capítulos: “El amor de Dios”, “El arrepentimiento”, “La conversión”, “El poder de la oración”. Un librito sencillo y sincero que le indicaba a esa pobre alma atribulada precisamente lo que necesitaba: el camino a Cristo.

Avidamente leyó sus páginas, y su mente empezó a vislumbrar una posibilidad de redención para él.

La siguiente vez que el Dr. Mc Pharland lo visitó, conversaron mayormente sobre temas bíblicos, y al despedirse, Orchard le hizo un sorprendente pedido:

—Dr. Mc Pharland, ¿me haría Ud. el favor de conseguir algún ministro de Dios que me visite?

—Con mucho gusto. El reverendo Hinks, de la Iglesia Metodista Episcopal, es amigo mío, y sé que estará más que dispuesto a visitarlo.

Efectivamente, ese pastor de almas lo visitó sin demora y sus palabras fueron como bálsamo para esa alma destrozada por el remordimiento. Al poco tiempo, Orchard se había entregado a Dios y había hecho, además, dos decisiones: confesar ampliamente sus delitos, y escribirle una carta a su esposa pidiéndole perdón y dándole la noticia de su conversión; así se lo manifestó al reverendo Hinks:

—Reverendo, he confesado a Dios mis pecados y acepto por fe el perdón divino que no merezco, porque él lo promete en su Palabra, y creo que esa promesa me incluye a mí, vil e indigno como soy. Comuníqueme al Dr. Mc Pharland que necesito hablar con él. Y otro favor: después de Dios, la persona a quien más he ofendido y perjudicado es mi esposa. Quiero escribirle una carta confesándole mi vida pecaminosa y pidiéndole perdón; pero no sé nada de su vida y la de nuestra hijita; ni siquiera sé dónde viven.

—No se aflija. Yo averiguaré su dirección y le haré llegar la carta. Escríbale. También le transmitiré su mensaje al Dr. Mc Pharland.

Mientras la carta era enviada a su destino, Harry Or-



chard, después de hacerle una amplia confesión de sus delitos al detective, se ocupó en la humillante tarea de confirmarla por escrito.

A los pocos días Orchard tuvo en sus manos la respuesta de su esposa. La lectura de esa carta conmovió las fibras más íntimas de su ser. Sólo una mujer muy noble, leal y profundamente cristiana había podido escribir palabras de tanto amor, abnegación y fidelidad. Entre sus párrafos, había especialmente uno que el esposo culpable leyó muchas veces: "Y quiero que sepas, mi amor, que hace años te perdoné, y desde que te alejaste de nuestro lado no he cesado de orar por ti, ni dejaré de hacerlo. Dios ya está contestando mis oraciones de un modo maravilloso".

Leyendo esa carta, Orchard derramó muchas lágrimas, exclamando una y otra vez:

—¡ Bendita esposa mía! Este es verdadero amor, ¡y yo tan indigno de él!...

La confesión de Orchard no se refería sólo al atentado fatal contra el ex gobernador, sino a todos los otros hechos delictuosos que había cometido en su vida. Como se declaraba culpable de todos ellos, no fue difícil dictar el veredicto: Harry Orchard fue condenado a la horca. Pero su confesión arrojaba luz sobre muchos crímenes que hasta entonces habían permanecido rodeados de misterio. Ahora era evidente que la Federación Occidental de Mineros pagaba a ciertos ejecutores para asesinar a los dueños de minas y a otras personas que ocupaban cargos importantes en el gobierno o en la policía y se oponían a sus métodos de coerción y violencia. C. H. Moyer, presidente de la Federación; W. D. Haywood, secretario-tesorero; y G. A. Pettibone, otro miembro de la junta directiva de la misma, fueron arrestados y encarcelados en Boise para ser sometidos a juicio.

Ya había dejado de ser un caso personal, para convertirse en un juicio entre dos entidades poderosas. Or-

chard se convirtió ineludiblemente en el testigo "astro", es decir, el testigo oficial. El fiscal designado por el Estado fue el abogado y senador nacional W. E. Borah, íntimo amigo del extinto ex gobernador. La Federación escogió como principal defensor al abogado C. Darrow, de fama sin paralelo. Más de 200 personas fueron citadas para elegir entre ellas el jurado.

El abogado nombrado por el Estado a fin de preparar a Orchard para el juicio, trató de orientarlo de acuerdo con su criterio judicial. Le aseguró que él prestaría un servicio incalculable al Estado y al país como testigo "astro" y eso sería tenido en cuenta para aminorar su culpa; pero que no le convenía confesar públicamente todos los delitos cometidos anteriormente, sino limitarse a reconocer su culpabilidad en el asesinato de Steunenberg; de ese modo estaría en mejor pie como testigo oficial. No obstante, las convicciones de Orchard eran tan firmes y sinceras, que prefirió algo diferente:

—Doctor, mi confesión no ha tenido por objeto convertirme en testigo oficial del Estado, aunque estoy dispuesto a hacerlo en cumplimiento de mi deber. Vacilé durante muchos días, que me parecieron años, antes de decidirme a hacer una confesión completa. ¡ Sólo Dios y yo sabemos las agonías de esta lucha! Pero tengo que hacerlo para arreglar mis cuentas con el cielo y obtener la paz del alma. Ante el mundo, merezco diez veces la muerte, y estoy listo a sufrir el castigo de la ley.

Mientras se llenaban los requisitos legales para iniciar el juicio, la Sra. de Steunenberg continuaba manteniendo correspondencia con Orchard y enviándole revistas y libros que él leía con avidez. La influencia de esta noble y piadosa mujer fue decisiva en la experiencia espiritual del reo. Además del reverendo Hinks, lo visitaba con frecuencia el Dr. Froom, amigo de la familia Steunenberg, el cual con su bondad y comprensión ejerció una benéfica

influencia en el presidiario. Cuando por fin, transcurrido más de un año, se llevó a cabo el juicio, Orchard era un hombre transformado, no sólo en su sentir y pensar, en sus intenciones e ideales, sino también en la misma expresión de su rostro. Su semblante y su mirada expresaban franqueza, humildad, sencillez y amor. El juez Wood, que presidió el juicio, había visto a Orchard cuando fue arrestado, y al verlo de nuevo ahora, casi un año y medio después, no podía creer que fuese la misma persona. Le parecía “que había nacido de nuevo”.

Como dijimos al principio, este juicio hizo historia a comienzos del siglo. La ciudad de Boise era un hervidero de gente y se notaba gran efervescencia en algunos grupos que amenazaban venganza especialmente contra el abogado Borah y aun contra el juez. En cuanto al abogado Darrow, estaba empeñado en defender a las personas y la institución comprometidas por la confesión del testigo oficial, en la cual desfilaban hechos, personas, fechas, lugares, con una precisión y realismo aplastantes. Darrow desplegó toda su merecidamente ponderada habilidad y maestría para confundirlo y hacerlo incurrir en contradicciones, pero a pesar de ametrallarlo horas seguidas, durante muchos días, con un interrogatorio rapidísimo e incoherente, jamás logró hacerlo vacilar ni contradecirse, porque desde el comienzo Orchard dijo la verdad llana y sencilla.

Era obvio que el Estado necesitaba legalmente más de un testigo. Los contrincantes los tenían en gran número, indudablemente bien remunerados. . . Meses atrás, la policía logró arrestar a uno de los principales “colaboradores” de Orchard, y lo encerraron en la celda de éste. Los consejos de Orchard y la pericia del detective Mc Pharland lograron persuadirlo a confesar ampliamente sus delitos y escribir la confesión. Pero cuando faltaba poco para iniciarse el juicio, se retractó de ella y se obstinó en negarla. Un sheriff que conocía muchos de los manejos y

procedimientos de la Federación y tenía pruebas de hechos comprometedores, hombre íntegro y valiente, se prestó a testificar, pero cuando se dirigía desde su casa al tribunal, lo mataron a balazos al trasponer el portón de su patio. Aunque tanto el jurado como el juez estaban convencidos de la veracidad de cuanto declaró el testigo oficial, por carecer de suficientes pruebas legales los tres acusados fueron puestos en libertad. Pero el testimonio de Orchard no fue inútil. La Federación había recibido su advertencia, y después de aquel notable juicio dejó de imperar la violencia y no hubo más muertes por venganza.

En consideración al servicio que Orchard prestó al país como testigo oficial, se le conmutó la pena de muerte por la de prisión perpetua. Cuando le comunicaron el fallo, todo su ser se rebeló y sintió que resurgía con ímpetu renovado la fiera que él creyera muerta dentro de sí.

Cuando el Dr. Froom, el primero en visitarlo al saber la noticia, llamó a su puerta, se encontró con un hombre presa de gran agitación, que recorría la celda como un león recién enjaulado.

—¡No, Dr. Froom, no me resigno a pasar el resto de mi vida encerrado!

—¿No cree que Dios ha influido en la mente del jurado para que modifique el veredicto?

—¡No! Si Dios es tan misericordioso como para perdonar las iniquidades de mi vida pasada, como lo he creído, no puede ser tan cruel como para permitir que me condenen a un castigo que no podré soportar. Arreglé mis cuentas con Dios, y con mi testimonio, tan denigrante para mí, traté de servir al Estado y beneficiar a mis semejantes abriéndoles los ojos en cuanto a los métodos perversos de una organización en la que muchos confiaban. Y esperé agradecido la muerte que merezco. ¡Pero verme privado de la libertad por el resto de mi vida, no!

En ese momento entró Julián Steunenberg para “tras-

mitirle un mensaje de mi madre". Orchard casi reverenciaba a la viuda de Steunenberg, de modo que con un gran esfuerzo de voluntad se tranquilizó para escuchar dicho mensaje:

—Al conocer el fallo, mi madre se alegró muchísimo. Ella considera que sin duda Dios tiene algún propósito al prolongarle la vida.

—Yo ahora no lo veo así. Considero que esta nueva sentencia es una maldición, un triunfo del diablo.

Pero el Dr. Froom, con el tacto y la sabiduría que lo caracterizaban, continuó su razonamiento:

—Dice la Biblia que los pensamientos de Dios son más altos que los nuestros, tanto como los cielos son más altos que la tierra. Ud. ha tratado de arreglar sus cuentas con Dios y con los hombres, y esperaba la muerte como una liberación. . . ¿No será que le falta valor para vivir y demostrar con su vida la sinceridad de su arrepentimiento? Ud. reconoce que su vida pasada fue una maldición y que es culpable de la muerte de unas veinte personas y la mutilación de muchas más. La Biblia enseña que debemos resarcir los daños causados con "los cuatro tantos". ¿No será que Dios le ofrece ahora la oportunidad de ser una bendición para otros, y por cada persona a quien quitó la vida, conducir cuatro al camino de la redención? Los designios de Dios son inescrutables y a menudo difíciles de aceptar, pero son los designios de un Ser omnisapiente y misericordioso.

—Posiblemente Ud. tenga razón y la Sra. de Steunenberg también; pero estoy muy agitado y confundido. De todas maneras, su visita me ha hecho bien. Y tú, Julián, dile a tu madre que le estoy, como siempre, profundamente agradecido.

Gracias a los consejos y palabras persuasivas de estos amigos y otros que lo visitaron, y a una carta de su noble esposa en que le manifestaba su inmensa alegría por el

veredicto, después de una cruenta lucha librada sobre sus rodillas, Orchard aceptó con sumisión y buen espíritu su destino.

Las palabras al parecer proféticas del Dr. Froom se cumplieron con mayor amplitud de lo que él o cualquier otra persona hubiera siquiera soñado en aquel entonces, porque Harry Orchard, el archicriminal, se convirtió con el tiempo en un hombre de Dios, cuya vida santa ejerció una influencia benéfica y muchas veces redentora en centenares de personas que estuvieron recluidas durante poco o mucho tiempo tras las rejas de aquella prisión.

El proceso que lo convirtió de malhechor en santo, fue arduo y doloroso. Se realizó mediante reñidas batallas consigo mismo, largas horas sobre sus rodillas en fervorosas plegarias, y el estudio diario y devoto de las Sagradas Escrituras.

Dotado de una extraordinaria habilidad manual, fundó un taller de carteras finas y calzados donde trabajaban muchos presos. Este llegó a ser un medio eficaz de rehabilitación: aprendían un oficio y ganaban dinero con que iniciar una vida nueva al salir de la cárcel. El mismo Orchard, con la ganancia obtenida ayudaba al sostén de su esposa y costó la educación de su hijita.

Más tarde pasó a la categoría de recluso y gozó de gran libertad y de la confianza absoluta del personal directivo. Entonces se hizo cargo de la granja y la huerta de la penitenciaría. Tuvo un hermoso criadero de aves finas que fue prosperando continuamente en calidad y cantidad, y una extensa huerta y jardín de flores que causaban la admiración de las visitas. Ya no vivía en una celda, sino en una cabaña independiente, junto a un arroyuelo murmurante, en los terrenos de la granja. Era una cabaña humilde pero cómoda, con muebles fabricados mayormente por él, y con muchos libros.

Poco a poco fueron muriendo las personas de su edad, a

quienes amaba y admiraba, y por quienes hubiera deseado la libertad para gozar de su compañía: su esposa, la Sra. de Steunenberg, su fiel amigo el primer guardián, y el Dr. Froom. . .

Ahora quienes lo visitaban más asiduamente pertenecían a la nueva generación, que lo querían como a un padre o un abuelo. . . Frank Steunenberg, el pequeño de cuatro años que con su inocencia infantil detuvo el arma homicida aquella noche, hacía mucho tiempo. . . ahora, profesor y ministro de Dios, lo visitaba con frecuencia y conversaban como grandes amigos. Otro amigo íntimo era el reverendo L. E. Froom, hijo del Dr. Froom, el consejero espiritual que ejerció una influencia bienhechora tan valiosa durante los primeros años de su vida de presidiario.

Sí, ahora su mundo era éste: la cárcel. Dedicado siempre a un trabajo productivo para la institución y para sus compañeros de prisión; entregado a una vida de estudio y devoción que establecía cada día una creciente y más íntima comunión con Dios; atento siempre a cualquier oportunidad que se le ofreciera para hacer bien a otros. . . desde muchos años atrás estaba convencido de que los caminos de Dios son los mejores. Sí, éste era su mundo: los adultos lo consideraban un amigo fiel y comprensivo; los jóvenes, un sabio consejero; y todos, un padre y un santo. Acudían a él cuando tenían problemas de cualquier índole, acudían a él cuando necesitaban consuelo; pedían su ayuda y su compañía cuando estaban enfermos, y solicitaban su presencia en la hora de la muerte. A un anciano, condenado también a prisión perpetua, cuando estaba moribundo, el guardián le preguntó si deseaba que llamara a un ministro de Dios, y él contestó: "Llame a Orchard. Nadie sabe orar como él".

Tanto el director de la cárcel como los distintos guardianes que trabajaron allí manifestaron que, en más de una ocasión, cuando ellos se reconocían incapaces de conseguir

que un preso modificara su conducta o actitud, se lo encomendaban a Orchard. . . "Cómo lo hace, no sé —decían—, pero siempre tiene éxito. A veces le lleva tiempo, pero nunca fracasa".

El personal directivo de la cárcel, en más de una ocasión dio este testimonio: "Decenas de presos entraron aquí malhechores empedernidos y salieron hombres de bien, gracias a la obra y la influencia de Orchard".

En sus últimos años estaba casi ciego. Ya no podía leer su preciosa Biblia, toda subrayada; pero se sabía de memoria capítulos enteros, especialmente los salmos. Poco podía trabajar, pero aún cultivaba su jardín de flores y disfrutaba de la vida al aire libre. Y seguía siendo un buen conversador, alegre y agradable; de modo que nunca faltaba quien lo visitara para disfrutar de su compañía.

Falleció apaciblemente en 1957, a los 91 años de edad. A su sepelio asistieron más de 600 personas de todos los alrededores. Un buen porcentaje de ellos eran ex presidiarios que habían hallado en él un verdadero amigo cuando estaban en la cárcel. Nunca se vio un caso en que los presos manifestaran tanto pesar por la muerte de un compañero.

En 1907, cuando se realizó aquel juicio sensacional, la conversión de Orchard era el tema obligado de las discusiones. La mayoría dudaba de que fuera genuina. Creían que era un recurso suyo para lograr la conmutación de la pena. Pero 50 años de vida santa son testimonio suficiente. Y no fue una transformación instantánea y milagrosa, sino un proceso gradual, progresivo y penoso, la obra de la gracia redentora en un alma que se prestó plenamente a ella.

Esta es la historia conmovedora de Harry Orchard, el hombre que se convirtió de archicriminal en santo. ¡50 años de milagro detrás de las rejas!

## Sólo unos Traguitos

—JORGE Morgan, Mr. Wilson quiere hablar con Ud. y lo espera en su oficina —anunció la secretaria.

—¡ Mr. Wilson quiere hablar contigo! ¿Debemos felicitarte o darte el pésame?

—¿Has cometido alguna fechoría, robado acciones de la firma o forzado la caja fuerte?

—¿Qué vas a contestarle si te ofrece la vicepresidencia de la compañía y la mano de su hija?

—Aceptaré la vicepresidencia y, por amor a Nancy, rechazaré la mano de su hija —bromeó Jorge, y luego, poniéndose serio añadió—: Me pregunto qué me querrá decir Mr. Wilson. . .

—¡ Valor, muchacho! Te espera algo grande. . . o muy bueno. . . o muy malo. Prepara el ánimo para cualquiera de las dos posibilidades.

No eran absurdos los comentarios de sus compañeros de trabajo, porque Mr. Wilson, presidente de la poderosa firma Wilson y Cía. Ltda., era un ser casi mitológico para los empleados de menor jerarquía. Lo consideraban con justa razón un hombre excepcional, de incansable actividad, ocupado en múltiples empresas y negocios, y con éxito positivo en todos ellos. Naturalmente, no tenía tiempo ni ocasión para relacionarse con sus numerosos empleados, y por eso lo juzgaban poco menos que inaccesible. Sin embargo parecía estar siempre al tanto de todo lo

que ocurría y se realizaba al amparo de esa magna firma Wilson y Cía. Ltda., y nadie debía acariciar la ilusión de que podría cometer la menor infracción a la disciplina y los estatutos de la compañía sin que Mr. Wilson se enterase. Pero —y aquí la razón del inmenso respeto que les merecía— tampoco ignoraba los aciertos, la fidelidad, la diligencia y el interés que el menor y al parecer más anónimo de sus empleados revelaba en su trabajo.

Mientras Jorge dirigía sus pasos hacia la oficina del potentado, iba haciendo un rápido y reconcentrado examen de conciencia. . . No, no creía haber cometido el menor desliz. . . Al contrario, estaba seguro de haberse desempeñado concienzuda y eficientemente en sus responsabilidades. No podía ser de otra manera: le gustaba su trabajo y tenía genuino interés en el progreso de la casa, con la cual se sentía identificado. Al llegar delante de la puerta donde se leía “H. D. Wilson, Presidente”, enderezó los hombros y entró resueltamente.

Mr. Wilson levantó la vista de los papeles que estaba revisando con intenso interés, se reclinó cómodamente en el respaldo del sillón y miró de frente al hermoso joven que se había detenido ante su escritorio. A Jorge le llamó poderosamente la atención la mirada de esos ojos que brillaban con la luz de una inteligencia nada común, ojos que parecían penetrar hasta los repliegues más recónditos del espíritu. Era natural que un triunfador como el imponente caballero que tenía delante no perdiera tiempo en preámbulos. . .

Mr. Wilson lo ametralló con varias preguntas inesperadas, dirigidas una tras otra con tal rapidez que apenas permitían respirar, y que el joven contestó sin vacilación, en forma concisa y segura, lo cual evidentemente satisfizo al magnate de los negocios. De pronto, una sonrisa franca y amistosa transformó la fisonomía —hasta entonces como tallada en granito— del Sr. Wilson mientras él explicaba al



joven que había querido tener el gusto de comunicarle personalmente una decisión del directorio. En atención a sus buenos servicios y aptitudes, había resuelto conferirle un cargo de mayor responsabilidad, etc., etc. El nuevo cargo y los etcéteras significaban un notable ascenso y un apreciable aumento de sueldo. . . Jorge Morgan quedó tan emocionado que balbuceó su agradecimiento con frases entrecortadas, bien reñidas con la retórica. Mr. Wilson rió semidivertido ante la confusión del joven y, al darle un vigoroso apretón de manos, pronunció unas palabras que eran toda una promesa y una amonestación a la vez:

—Amigo Morgan, ha entrado Ud. por el camino del triunfo; no se desvíe de él.

Entró como una tromba en la oficina que compartía con sus dos amigos. Tenía el rostro tan radiante que éstos no necesitaron preguntar para saber que la entrevista había sido venturosa. Cuando les comunicó la noticia, lo felicitaron con sinceras y ruidosas demostraciones de alegría. Alberto dijo:

—Esto tenemos que festejarlo. Ya es la hora de salida: antes de separarnos, vayamos al bar de enfrente y bebamos una copa en tu honor.

—Tú sabes, Alberto, que yo no bebo —le contestó Jorge—, y que la ética de la Compañía es rigurosa en este sentido: no quiere que sus empleados beban.

—Claro, porque saben que muchísimas personas no ejercen el dominio propio necesario para mantenerse de este lado de la línea. Yo bebo con estricta moderación. No seas puritano: sólo unos traguitos.

—Pues yo, no bebo ni siquiera unos traguitos; pero tendré el mayor gusto de festejar tu ascenso con una naranjada —manifestó Enrique sonriendo.

—Ah, tú eres Enrique el incorruptible —dijo Alberto en tono de chanza—. Vamos.

Los tres amigos se dirigieron al bar.

—Whisky para dos —ordenó Alberto.

Enrique pidió una naranjada. . . Los tres estaban muy alegres y charlaron un rato animadamente. Alberto vació su vaso y lo volvió a llenar. Jorge hizo lo mismo.

—¡Eh, no pases la línea! Yo soy veterano. . . A ti te basta y sobra con una copa.

Quizá porque le pareció que esta broma hería su amor propio o porque el feliz acontecimiento lo había excitado hasta el punto de perturbar el equilibrio entre sus impulsos, su raciocinio y su voluntad, o porque el licor le resultó sumamente agradable al paladar, lo cierto es que Jorge Morgan bebió a la par de su amigo. Enrique lo contemplaba en silencio, en un silencio cargado de pena y desaprobación.

Al separarse los tres, Jorge subió en su auto y se dirigió presurosamente a casa de Nancy Evans. Estaba más que alegre. . . y ansioso de llegar pronto para darle la grata noticia. Gozaba anticipadamente el placer de ver cómo se animaría el lindo rostro y brillarían de entusiasmo los grandes ojos azules. No es de extrañar que apretara cada vez con más fuerza el acelerador sin darse cuenta de que marchaba a una velocidad muy superior a la reglamentaria. Ya faltaban pocos metros para llegar. . . sólo doblar una esquina. . .

En esa calle, a mitad de cuadra estaba la casa de Nancy. . . Precisamente por esa calle y en sentido opuesto venía otro auto. . . Distraído con sus venturosos pensamientos, Jorge olvidó que a él le correspondía detenerse en la bocacalle. . . Se oyó un áspero rechinar de frenos y el ruido característico de un viraje brusco.

. . . Nancy se asomó a la ventana del segundo piso y la ansiedad se pintó en su rostro juvenil al identificar uno de los dos coches que tenían sus parachoques peligrosamente trabados, y reconocer la alta y gallarda figura del joven que junto a un caballero de edad examinaba cuidadosamente la posición y estado de los vehículos.

Respiró aliviada cuando vio que los dos sonreían amistosamente, subían a sus respectivos coches y maniobraban con pericia y precaución para separarlos. Nancy cerró la ventana y bajó corriendo las escaleras, mientras Jorge detenía su coche frente a la casa y hacía sonar escandalosamente la bocina. Los dos se encontraron en el portón.

—¿Qué sucedió, querido? Apenas te has librado de un accidente. . .

—Efectivamente. Fue culpa mía, tesoro; corrí más ligero de la cuenta porque estaba tan, tan ansioso de llegar para darte una noticia formidable. . . Entremos —le dijo rodeando con su brazo la esbelta cintura.

—Sucede que Mr. Wilson me hizo llamar a su oficina —empezó, y con lujo de detalles le contó el desarrollo, motivo y final de la entrevista.

A medida que avanzaba el relato, se iba animando el expresivo rostro de la joven, y al final palmoteó con júbilo infantil. Luego, poniéndose seria, colocó ceremoniosamente las manos sobre los hombros del joven y le dijo con fingida solemnidad:

—Esto merece un beso —pero al acercar su rostro al de su amado, lo retiró impulsivamente, y esta vez con auténtica gravedad le dijo—: ¿Has bebido, Jorge?

—Sólo unos traguitos, querida. Verás; los muchachos quisieron celebrar mi ascenso. . . Tú comprendes. . . No podía desairarlos. . . Te juro que es la primera vez que lo hago. . . Y fueron sólo unos traguitos.

—Que casi te ocasionan un lamentable accidente —concluyó ella. Luego de una pausa un tanto embarazosa, la joven se acercó a él, reclinó amorosamente la rubia cabecita en el hombro de su novio y le habló con voz suave y cariñosa, para no herirlo:

—Querido, siempre he admirado tus bellas prendas morales y las elevadas normas que has mantenido en tus relaciones sociales. . . Te conocí y te quise como un perfecto

abstemio. . . En defensa de tu hermosa personalidad y eficiencia y, para seguridad de nuestra dicha futura, te ruego que me prometas no beber más. . .

—¡Por el amor de Dios, Nancy! ¡Me hablas como si fuera un bebedor consuetudinario!

—No, pero escúchame, por favor. Es verdad que no todos los que beben unos traguitos llegan a ser alcohólicos consumados, pero lo triste es que no podemos predecir quiénes sabrán ejercer dominio propio, limitándose siempre a unos traguitos, y quiénes serán esclavos del vicio. Tú no sabes si esto no constituye precisamente el punto débil y vulnerable de tu personalidad, tu talón de Aquiles. Pero supongamos que no fuera ése el caso. Hay otro aspecto del asunto. Tú sabes tan bien como yo que “la persona que bebe ocasionalmente, por el mismo hecho de no estar habituada a ello asume un tremendo riesgo para su seguridad personal, su salud futura y el bienestar de otros”. Sabes perfectamente que el uso del alcohol causa la mitad de los accidentes automovilísticos y la tercera parte de las muertes de peatones. . .

—No prosigas, tesoro. ¡Me has hecho oír una verdadera conferencia antialcohólica. . . y tienes toda la razón del mundo en lo que has dicho! Pero, no temas. Te quiero demasiado para arriesgar tontamente nuestra felicidad; además, soy ambicioso, quiero triunfar en mi carrera y no permitiré que ni el alcohol ni otro vicio alguno me cierre las puertas del éxito.

Eran jóvenes y se amaban. A los pocos instantes charlaban alegres y optimistas, tejiendo sus dorados sueños de felicidad.

Al día siguiente su amigo Enrique tuvo una seria conversación con él.

—Tú sabes, Jorge, que “No bebo” es una de las condiciones que debe cumplir cada aspirante que quiere trabajar en esta firma, y que Mr. Wilson es inflexible en cuanto al

cumplimiento de este requisito. Sabes también que la Compañía ha despedido sin contemplaciones a más de un empleado por haber tenido accidentes automovilísticos cada vez que se comprobó que dicho empleado era el culpable, porque el directorio sostiene la tesis de que una persona lo suficientemente distraída, o descuidada, o nerviosa, o temeraria, como para motivar un accidente, no posee las cualidades necesarias para representar dignamente una firma prestigiosa como ésta. Y tú ayer diste motivo para ser despedido dos veces, justamente el día cuando te hicieron poner el pie a considerable altura en la escalera del éxito. Huelgan los comentarios.

—Gracias, Enrique. Este es el segundo sermón. El primero me lo dio Nancy ayer. No olvidaré tus palabras. Eres el más leal de los amigos.

Jorge Morgan siguió progresando rápidamente, porque tenía talento, iniciativa, dinamismo, don de gentes, buena presencia y otras cualidades propias del triunfador.

Sin embargo a veces, cuando le había ido excepcionalmente bien en un negocio, o cuando algún cliente importante lo convidaba con una copa, Jorge condescendía con unos traguitos. . . Después de tales ocasiones se sentía mortificado, porque se daba cuenta de que el alcohol lo atraía poderosamente y cada vez le costaba más beber sólo unos traguitos. Entonces le parecía ver una cabecita rubia reclinada en su hombro y oír una voz suave y amorosa que le preguntaba: ¿Y si éste fuera tu talón de Aquiles?

Habían pasado seis meses desde aquella tarde en que entró por primera vez en la oficina de Mr. Wilson, cuando se le comunicó nuevamente que el presidente quería hablar con él. ¡Qué contento y satisfecho hubiera encaminado sus pasos hacia la respetable oficina si no hubiera sido por el recuerdo mortificante de aquellos traguitos!

Pero en cuanto traspuso el umbral se dio cuenta de que por esta vez nada debía temer. Al verlo, Mr. Wilson se puso

de pie y fue a su encuentro para saludarlo con una expresión complacida y satisfecha.

Conversaron de igual a igual sobre distintos aspectos de la marcha e intereses de la firma, y por último le dio el noticia: un nuevo ascenso, y esta vez tan respetable, que ahora sólo faltaba un escalón para formar parte del directorio.

Desde que no trabajaban juntos, los tres amigos no se veían todos los días, de modo que Jorge les comunicó la noticia por teléfono y se dirigió más que ligero a la casa de Nancy.

Para Jorge, huérfano de padre y madre desde hacía años, el hogar de su novia era el sitio más placentero y venturoso de la tierra, y sentía hacia la madre de la joven un cariño y respeto filiales que eran correspondidos ampliamente con sinceras demostraciones de afecto y ternura de parte de ella. Hubo mucha alegría esa tarde en aquel hogar. Después de las naturales explosiones de júbilo y los comentarios del caso, convinieron en que al día siguiente fijarían la fecha de la boda y luego los tres se dirigirían en coche a un barrio muy pintoresco en las afueras de la ciudad, donde Jorge había visto una casita preciosa, con jardín y quinta de frutales. El le había echado el ojo porque le parecía ideal. . . y se vendía en condiciones ideales. . . Pero, naturalmente, Nancy y su madre dirían la última palabra.

La llegada de Jorge a la tarde siguiente fue precedida por un mensajero que les entregó tres cajas. Una decía encima: "Para mamá". La Sra. de Evans la abrió. Eran rosas, bellas rosas, frescas y fragantes. Las otras dos eran para Nancy; una contenía también hermosas flores y la otra dos espléndidos zorros plateados. La joven se los colocó graciosamente sobre los hombros y se contempló en un gran espejo que había en la sala. ¡Eran preciosos! ¡Y qué bien lucían sobre su cuerpo esbelto! Lo mismo opinaba su madre al contemplar complacida la gentil figura y el rostro radiante de su hija.

—¿Eres feliz, querida?

—¡Y tan feliz, madrecita! Feliz por mí y por ti.

Fue a sentarse sobre el brazo del sillón que su madre ocupaba; la besó con tierna devoción y, acariciando la nevada cabellera, prematuramente encanecida, le expresó los sentimientos de amor y gratitud que henchían su corazón.

—Siempre fui dichosa a tu lado. Tus largos años de viudez han significado una constante lucha para proporcionarme lo mejor en cuanto a educación, ambiente y oportunidades. Pero ahora te esperan días mejores, porque la próspera situación de Jorge nos permitirá ofrecerte el descanso y algunas de las satisfacciones que te fueron vedadas en tu vida de abnegación y sacrificio en favor de tu hija.

Estaban las dos abrazadas y conmovidas cuando entró Jorge. Las besó a las dos. Luego sacó un estuche del bolsillo, lo abrió parsimoniosamente, tomó la blanca mano de su novia y en silencio y con gran ceremonia le deslizó una hermosa sortija en el dedo anular. Luego la volvió a besar. Entonces rompieron los tres a reír liberando así la intensa emoción que los dominaba. Ofrecían un cuadro encantador esa madre venerable y amante y esos dos jóvenes hermosos, rebosantes de salud, pletóricos de vida y entusiasmo, unidos los tres por un amor noble y puro y mirando hacia el porvenir con optimismo y legítimas esperanzas.

Mientras las dos mujeres traían de la cocina las tortas y pasteles, masas y demás manjares preparados ex profeso por sus hábiles manos para la ocasión, Jorge se dirigió al automóvil y regresó con una botella de champagne que colocó sobre la mesa junto a los manjares. Nancy lo miró con el mayor desconcierto pintado en el rostro:

—¿Champagne, Jorge?...

—No me mires con esa carita de ángel asustado, tesoro. Comprende, el champagne es tradicional para las grandes

ocasiones, algo así como un símbolo de alegría y buenos augurios. Quería que brindáramos por nuestro amor y felicidad, y parecía raro brindar con agua y soda. Vamos. . . , sólo un traguito.

La Sra. de Evans sonrió con tolerancia. . . El muchacho respiraba entusiasmo por todos los poros; era una alegría tan desbordante la suya, que bien merecía un poco de condescendencia por esta vez. . . La madre levantó la copa y brindó, humedeciendo apenas los labios en el líquido espumoso. Nancy la imitó. Jorge, en cambio, apuró de un solo aliento el contenido de su copa. Después de comer y conversar y reír animadamente, Jorge les dijo:

—Y ahora apresúrense. Es mejor que lleven algún abrigo porque volveremos tarde y hará frío al anochecer. Las espero en el coche.

Mientras madre e hija se dirigían a sus dormitorios en busca de los abrigos, Jorge se dispuso a salir, pero, de repente, miró las copas que ellas dejaran intactas, llenas del líquido tentador y, sin detenerse a razonar, se bebió el contenido de ambas; y como aún no se oyeran los pasos descendiendo por la escalera, volvió a llenar una copa y bebió apresuradamente. Se dirigió luego al automóvil y empezó a tocar la bocina. Pronto estuvieron los tres ubicados en el asiento delantero y emprendieron alegres el paseo.

Nuestros lectores saben perfectamente que una persona cuya sangre contiene el 1,5 a 2 por mil de alcohol no está en condiciones favorables para conducir un vehículo, y que tres vasos de champagne proporcionan sobradamente esa cantidad. Jorge Morgan experimentaba una beatífica pero traidora sensación de bienestar, tranquilidad y confianza propia. . . Nancy notó sorprendida que su novio imprimía una imprudente velocidad al vehículo y salvaba las curvas con temeraria rapidez. Además estaba exageradamente locuaz y eufórico: cantaba, silbaba, decía chistes que festejaba él mismo con sonoras carcajadas. . .

Al principio la Sra. de Evans había celebrado con maternal tolerancia las excesivas manifestaciones de júbilo del joven, pero ahora su sonrisa se iba convirtiendo en una mueca estereotipada, y los ojos iban adquiriendo una expresión de mal disimulado temor. . . En cada curva contenía el aliento y luego volvía a respirar aliviada.

La inquietud y la alarma de Nancy iban en aumento. Varias veces miró a su novio como interrogándolo; y en dos o tres ocasiones posó con firmeza una mano sobre su brazo pidiéndole que guiara con más prudencia.

—No te asustes, chiquita. . . ¿No conoces acaso mi pericia de conductor? Lo que pasa es que ardo en impaciencia por llegar a la casita para que puedan examinarla detenidamente, a la plena luz del sol. —Y diciendo esto, apretó más el acelerador.

Por la misma carretera, y en la misma dirección que llevaban nuestros amigos, marchaba a velocidad moderada un camión, tipo chatita, conducido por un hombre joven, evidentemente un agricultor que, a juzgar por los cajones y cestos vacíos, regresaba sin apuro ni preocupaciones después de haber vendido en la ciudad los productos de su granja. Sentada junto a él iba una linda nena, rubia como los triguales maduros y sonrosada como la aurora. Sus rizos sueltos resplandecían bajo los rayos del sol. En los brazos apretaba con maternal solicitud una muñeca primorosamente vestida y casi tan grande como ella. Por momentos contemplaba con éxtasis a su muñeca, y charlaba feliz y contenta con su padre, en cuyo rostro también podía leerse la sana alegría de una jornada satisfactoriamente cumplida.

Como es fácil suponer, Jorge iba alcanzando y dejando atrás a todos los vehículos que viajaban en la misma dirección, anunciándose con insolentes y nerviosos toques de bocina, como si fuera un coche de la ambulancia o de la policía. . . Ya estaba a corta distancia del camioncito,

cuando una dolorosa revelación iluminó la mente de Nancy con la repentina y fulminante nitidez de un rayo: ¡la botella de champagne y las copas que ellas dejaron intactas sobre la mesa. . . Jorge las había bebido, sin duda, cuando ellas subieron al dormitorio! ¡Jorge estaba ebrio! El pánico se apoderó de ella. . . Debía hacer algo y pronto; pero al mismo tiempo debía obrar con cautela. . . Ella sabía que el alcohol altera la personalidad del individuo.

—Jorge, tú sabes cuánto me gusta manejar. ¿Me permites el volante un rato?

¡Pero ya era tarde! Nuestros lectores saben que los accidentes ocurren en un instante, en un abrir y cerrar de ojos. No requieren el tiempo que se necesita para describirlos.

Cuando el conductor de la chatita oyó el sonido estridente de la bocina y vio ese auto que se acercaba con la velocidad de un bólido, viró su vehículo prontamente hacia el borde de la carretera. Pero ocurrió que en sentido contrario venía otro automóvil y los tres coincidieron en una curva. . . , y como Jorge Morgan había perdido en gran parte la debida coordinación muscular y la lúcida apreciación de las distancias, los tres vehículos se encontraron violentamente al mismo tiempo en el mismo sitio. . . El choque fue espantoso. . . Se oyó un horripilante chirriar de frenos y el estrépito de cristales rotos mezclados con ayes de espanto y dolor. . . El camioncito volcó hacia afuera del camino, y los otros dos vehículos se aplastaron como acordeones.

En pocos momentos el lugar del siniestro estaba rodeado de autos y motocicletas de la policía y coches de la ambulancia.

Como una grotesca ironía de la suerte, el responsable de la espantosa tragedia fue el único que resultó completamente ileso; y, como sucede a menudo, la gran conmoción sufrida le dispó como por arte de magia los efectos del alcohol, de modo que pudo apreciar con entera





lucidez la magnitud del desastre, fruto de su imprudencia. . .

Un empleado de la policía lo sometió en seguida al análisis de sangre. . . : 1,8 por mil de alcohol. Allí, acompañado del agente que lo vigilaba, tuvo que sufrir la tortura de presenciar todas las medidas y procedimientos para auxiliar a las víctimas, sin que se le permitiera ayudar en nada. . .

Sólo cuando, removiendo los escombros, levantaron la delicada figura de su novia y la acostaron en una camilla mientras gemía débilmente a cada movimiento, fue tan grande la desesperación del joven que el agente, movido a compasión, le permitió acercarse y permanecer junto a ella. El rostro de Nancy estaba blanco como un papel y se contraía dolorosamente, pero al verlo, le sonrió con infinita dulzura. El corazón de Jorge se contrajo de dolor, como si fuera a romperse.

—¿Cómo estás, amor? ¿Qué tienes? ¿Estás herida?

—No sé. . . Las piernas. . . Me duelen las piernas horriblemente. . . Pero ya pasará. . . ¿Y mamá? ¿Cómo está mamá?

—Está. . . bien. . . Quédate quieta, no te muevas, querida. . . Mamá está bien. . .

Jorge hacía un esfuerzo sobrehumano para hablar; tenía la boca terriblemente seca y una palidez cadavérica iba cubriendo su rostro mientras intentaba tranquilizar a Nancy e impedir que se incorporara y viera cómo iban recogiendo los miembros mutilados del cadáver de su madre. ¡Esa madre valiente, amorosa y abnegada a quien él soñaba resarcir de los afanes y sinsabores de sus largos años de lucha, proporcionándole días serenos y felices en lo futuro! . . . ¡Siquiera le hubiera tocado a él morir en su lugar! Pero no, ése hubiera sido un castigo demasiado piadoso. . .

Felizmente Nancy había perdido el conocimiento. . .

Jorge vio aterrado cómo levantaban el cuerpo exánime de su novia y lo colocaban en una camilla de la ambulancia. ¡Y todo por unos traguitos!

Mientras tanto Jorge vio cómo el granjero se incorporaba lentamente con ayuda de un enfermero y, después de pasarse la mano por la cara y recuperar la conciencia de lo que había ocurrido, empezaba a buscar con impaciente angustia el cuerpo de su hijita. . . Vio cómo extraían de debajo del camión la forma inanimada de la criatura, que aún tenía apretada la muñeca contra su pecho. Vio cómo el padre acercaba ansiosamente su oído al pecho infantil y, al comprobar que el tierno corazón había dejado de latir, rompía en sollozos convulsivos mientras alzaba su cuerpecito entre sus brazos. La rubia cabellera circundaba como un abanico de oro la cabecita que colgaba hacia atrás.

Sin duda la policía y la asistencia pública trabajaban con la habitual rapidez y eficiencia que revelan en tales casos; pero a Jorge Morgan le pareció que habían pasado muchas, muchas horas hasta que abandonaron el lugar y le permitieron acompañar a Nancy, desfalleciente y lívida, hasta el sanatorio donde sería atendida. De allí lo trasladaron al departamento de policía.

Mientras esperaba su turno, se dejó caer sobre una silla, deshecho física y moralmente, abrumado por los más sombríos pensamientos, y permaneció allí, la viva imagen de la derrota, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza oculta entre las manos. . . hasta que alguien lo sacudió vigorosamente. . . Su amigo Enrique estaba a su lado mirándolo con infinita compasión y simpatía.

—¿Qué ha sucedido, Jorge?

—¡Todo, todo ha sucedido, Enrique; todo lo peor que puedes imaginar! —le contestó fijando en el fiel amigo su mirada patética—. ¡Oh, amigo mío! ¡Si hubiera tomado más en serio tus consejos y la amonestación de Nancy! Pensé beber sólo unos traguitos. . . Pero en ese momento el licor diabólico pareció atraerme con fuerza irresistible. . . y bebí más de la cuenta. Y ahora me ves: por

mi culpa varias personas malamente heridas, y dos muertas, y entre ellas la madre de Nancy. . . Perdido mi empleo, y yo empeñando hasta lo que no tengo para indemnizar los daños causados. . . ¡Y algunos daños que nunca podré indemnizar! ¡Siquiera se salvara Nancy! Creo que tiene las piernas fracturadas. . . ¡Ojalá se salve! ¡Empezaré de nuevo, me rehabilitaré, lucharé con más tesón y entusiasmo que nunca para hacerme perdonar y hacerla feliz!

Durante los varios días penosos que siguieron, Alberto y Enrique se turnaron para acompañar y alentar a su amigo en los trances rigurosos que le tocó afrontar. Alberto, por su parte, se sentía acosado por amargos remordimientos por haber sido él quien lo incitó a beber la primera copa. En cuanto a Jorge, aceptó con valor e hidalguía las sanciones, tanto de la justicia como de la compañía donde trabajara. Por encima de todo lo abatía la incertidumbre en cuanto a la condición de Nancy.

—Temo que sea más grave de lo que creí al principio —les decía a sus amigos—. Los médicos son muy reticentes en sus informes. . . Que no me aflija. Que ella va reaccionando bien. Que tendrán que someterla a una intervención quirúrgica cuando esté más repuesta de la tremenda conmoción sufrida. . .

Ni él, ni sus amigos, ni las amigas de ella, habían podido hablar con la joven. Sólo les permitían verla unos breves momentos a través de los cristales de la ventana que daba al corredor. Nancy los miraba cariñosamente y les sonreía con su dulce y amable sonrisa. . .

Y llegó el día de la operación. Su íntimo y fiel amigo Enrique estuvo a su lado durante las interminables y lentas horas de espera. ¡Cuántos centenares de veces recorrió a grandes pasos ese corredor, frente a la sala de operaciones! ¡Cuántas decenas de veces Enrique lo tomó del brazo y lo obligó a sentarse un momento para descansar! . . . ¡Y

cuántos temas de conversación introdujo para distraerlo, sin resultado alguno, porque cada vez se daba cuenta de que eran monólogos reflejados por las paredes! . . .

De repente —¡ al fin! — se abrió la puerta y apareció el cirujano en compañía de los médicos que lo secundaron. Jorge se precipitó a su encuentro.

—Sr. Morgan, serénese. Todo ha ido bien. Se hizo cuanto se pudo y lo único que se podía hacer. La Srta. Evans ha demostrado extraordinario valor y serenidad. Su organismo sano y fuerte le ha permitido resistir con éxito la operación y le permitirá reponerse rápidamente. Por supuesto, contamos con la entereza, el amor, la sabiduría y la solicitud de Ud. para que ella pueda salvar aiosamente la penosa prueba que le espera. La cooperación de Ud. será insustituible en estos momentos. Estamos seguros de que Ud. sabrá infundirle el valor y el deseo de vivir que ella necesitará en forma apremiante.

El discurso misterioso del facultativo iba cayendo como plomo en el corazón de Jorge. . . ¿Qué significaban todas estas advertencias? ¿Qué le auguraban?

—Sí, doctor, por supuesto que sí —balbuceó—. Pero ahora. . . ¿puedo verla?

—Aún no ha despertado. Podrá verla cuando pasen conduciéndola a su habitación, si promete contenerse y no hablarle ni tocarla.

Ya oía el rodar de la camilla. . . Enrique, presa de sombríos presentimientos tomó fuertemente del brazo a su amigo. Una enfermera abrió la puerta. . . Al verlos, llevó el dedo a los labios imponiendo silencio. Sus ojos revelaban una profunda pena. . . Y apareció la cabecera de la camilla. . . El bello rostro de Nancy aparecía blanco y sereno como una figura de cera, como un delicado y fino camafeo, los párpados cerrados, las largas pestañas sombreando las ojeras azules. Jorge contempló el rostro amado con el corazón henchido de ternura y devoción. . . La camilla

avanzaba lentamente. Vio que el pecho de la joven se movía con ritmo regular al impulso de la respiración. “¡ Gracias, Dios mío!”, murmuró. Sus ojos recorrieron toda la inmóvil figura. . . y se quedaron como petrificados, desmesuradamente abiertos de espanto y desesperación. . . La sábana que cubría el cuerpo de la joven caía perpendicularmente a la altura de las rodillas. . . ¡ Las dos piernas habían sido amputadas!

Jorge se volvió lentamente hacia la pared. . . Un grito desgarrador brotó de su garganta como un alarido que se deshizo luego en sollozos convulsivos que sacudían sus hombros, mientras médicos y enfermeras, profundamente conmovidos, se apresuraban a alejar de allí la inmóvil figurita.

—¡ Nancy, oh Nancy! —clamaba entre sollozos entrecortados—, ¡ yo te causé esto, esto, ESTO!

¿Qué podía hacer su amigo sino llorar con él? ¿Existían acaso palabras que pudieran aliviar tan tremendo y lacerante dolor?

Joven lector, cuídate de los primeros traguitos.

“El vino es engañoso”, dice el sabio Salomón. Y agrega: “No mires al vino cuando rojea, y resplandece su color en el vaso. . . Entrase suavemente, mas al fin morderá como serpiente, y como basilisco traerá dolor”.

## ¡Feliz Navidad!

El episodio verídico que inspiró este relato, lo recogí de labios de la Sra. de Fattebert, inolvidable vecina nuestra mientras residimos en Fénix, Arizona.

SENTADO en el porche posterior de su casa, don Ramón contemplaba con aire nostálgico las ramas desnudas de los árboles sacudidas por el viento inclemente de la fría tarde invernal. Faltaban tres semanas para Navidad, y aún no colgaban de la puerta la campana y el ramo de muérdago, ni se había colocado en la ventana el ángel luminoso. Su buena Maruja siempre tenía el árbol listo y engalanado desde los primeros días de diciembre, con sus lamparitas multicolores y la estrella resplandeciente en el extremo de la rama superior. Pero en aquel lejano diciembre, aun cuando el pequeño José Luis estaba tan enfermo, la incomparable madre adornó mejor que nunca el árbol tradicional, y trasladó la cama del niño a la sala. ¡Y cómo se animó su pálida carita y brillaron de alegría sus ojos al contemplar el hermoso ángel en la ventana, la refulgente estrella en la copa del árbol y los focos y globos de colores brillando entre las verdes ramas!

Muchos años después, cuando les llegó la infausta noticia de que ese soldado gallardo y bizarro que llegó a ser su José Luis había caído como un valiente en el campo de batalla, tampoco Maruja pasó por alto aquella Navidad, y el ángel luminoso lució como siempre frente a la ventana.

Maruja decía que era símbolo de paz y amor, emblema recordatorio del coro angélico que anunció a los humildes pastores de Belén: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!”

¡Ah, ella sabía el significado de cada símbolo! La campana y el ramo de muérdago en la puerta sugerían alegría y amistad; la estrella era anunciadora de esperanza y salvación. La decoración del árbol y los demás preparativos constituían para ella algo así como un ritual sagrado. . . y el gozo, la dicha y la buena voluntad de esos días felices fluían de su casa y se esparcían por todo el vecindario.

Entonces, ¿por qué don Ramón se sentía tan desganado? Es verdad que cumpliría setenta años en los primeros días de enero, pero estaba aún sano y fuerte como un roble. . . ¿De qué provenía esa sensación de abatimiento? Una vocecita muy queda que venía del fondo de su corazón, y que él se había obstinado en desoír, le volvió a repetir: “¡Es la soledad! ¡Lo que pasa es que te sientes solo, muy solo!” Don Ramón se enjugó furtivamente una lágrima con el dorso de la mano, y miró a su alrededor para asegurarse de que ningún testigo oculto había presenciado su debilidad. . . No, a no ser el ladino Sr. Loro que solía dormitar con un ojo cerrado y el otro abierto. . . Hasta el Sr. Loro se estaba volviendo taciturno: él que antes sostenía con Maruja unas charlas y jaranas que llenaban la casa de alegría, ahora dormía mucho y hablaba poco.

Era la primera Navidad que pasarían sin la presencia de Maruja, y todo y todos parecían sentir la desolación motivada por su ausencia.

Pero don Ramón tenía un temple de acero y no se dejaría vencer por la tristeza. Se levantó, y trasladó a la cocina la percha de don Loro mientras le dirigía algunas palabras amables. No había método más eficaz para ahuyentar la tristeza que conversar en voz alta y ocuparse

en algo. Se dirigió al living-comedor, avivó los tizones que ardían en el hogar y se informó de la salud de doña Gata y su numerosa prole, que dormían beatíficamente en una cesta junto al fuego. Don Ramón no era amigo de complicar las cosas; a sus animales domésticos los llamaba sencillamente con el nombre genérico que les correspondía: doña Gata, Sr. Loro, Sr. Perro, doña Vaca, Sra. Gallina. Como ven, era muy fácil recordar esos nombres. . .

Casi maquinalmente se dirigió al aparador, sacó una gran caja de cartón, la abrió sobre la mesa y con suma delicadeza y cariño empezó a desenvolver los aparejos de Navidad que con tanto cuidado y esmero Maruja envolviera en papel de seda. A medida que iba acomodándolos sobre la mesa parecía que la animación, el gozo de vivir y, sobre todo, la bondad contagiosa de Maruja se iban infiltrando en su ser. Levantó el ángel de fina porcelana, lo colgó en su sitio acostumbrado frente a la ventana y encendió el foco que lo iluminaba por dentro.

“Iré a ver si doña Vaca y don Ternero tienen todo lo necesario para pasar bien la noche”, se dijo.

En realidad, sin confesárselo a sí mismo, o tal vez sin darse cuenta, estaba repitiendo la treta infantil de Maruja: salir al camino para contemplar desde afuera el ángel iluminado e imaginarse la sorpresa y el deleite de los que, al pasar, lo vieran. Siempre le había dicho: “Pareces una criatura”, y la acompañaba por condescendencia. . . Hoy quizá lo haría impulsado por la ternura del recuerdo.

Se envolvió el cuello con una bufanda y se bajó hasta las orejas la gorra vasca. . . Estaba haciendo un frío tremendo. . .

Demoró alrededor de media hora en su habitual ronda vespertina por el gallinero, el tambo y el galpón. Cuando estaba por abrir la puerta de la sala, sus ojos tropezaron con una figurita infantil enfundada desde la cabeza hasta los pies en un traje y capuchón de color rojo. Con ambas

manos apoyadas en el marco de la ventana y la naricita pegada contra los cristales, contemplaba absorta el ángel luminoso. . . ¿Sería Caperucita Roja escapada de las páginas de Perrault? Suerte que aquí no se encontraría con el malvado lobo. . . Al oír los pasos, se dio vuelta vivamente.

—Buenas tardes. . . ejem. . . perdón, señor. . . yo. . . yo estaba mirando el hermoso ángel.

—Buenas tardes, señorita; me alegro mucho de que le guste el ángel; para eso está frente a la ventana, para que lo miren, ¿no le parece? ¿No gusta pasar? Podrá contemplarlo mejor, y adentro no hace frío— la invitó don Ramón con esa cortesía de hidalgo español que le había conquistado el respeto y el cariño de todo el vecindario.

—¿Está seguro que no molestaré?

—Al contrario, me sentiré muy honrado con su visita, y puedo asegurarle que lo mismo sentirán don Loro, y el Sr. Perro, y doña Gata y sus cinco hijitos— dijo como al descuido, porque don Ramón conocía el corazón infantil y sabía que la sola mención de ese jardín zoológico atraía como imán a la gente menuda.

—¡Ooohhh! —con las manecitas juntas, el cuerpo inclinado y la roja boquita entreabierto, la pequeña contemplaba con éxtasis la cesta en que descansaban muy a gusto la Sra. Gata y sus cinco hijitos.

—La señorita estará más cómoda si se quita la gorra y el saco y se sienta aquí, cerca del fuego —sugirió don Ramón ayudándole él mismo a despojarse del abrigo.

—¿Y el perro no se comerá a los gatitos? —preguntó la niña mirando con desconfianza al perrazo que dormitaba perezosamente junto a la chimenea.

—No, señorita. En esta casa todos nos conocemos desde hace mucho tiempo y somos amigos.

—¿Cree Ud. que. . . que podré tocarlos? —preguntó sin apartar de los gatitos su mirada fascinada.



—La Sra. Gata aún no la conoce a Ud., pero yo le alcanzaré uno de los gatitos para que lo tenga un momento.

Don Ramón depositó con toda delicadeza un gatito en la falda de la pequeña visita. Ella pasó muy suavemente la mano sobre la sedosa piel, conteniendo el aliento por la emoción.

—En nuestra casa de la ciudad no puedo tener ningún animal. Papito dice que no hay lugar. . . Claro, siempre hay tantas visitas. . . Pero mamá me prometió que aquí, en casa de abuelita, podré tener un perrito y un gatito si Guillermo me consigue alguno en el vecindario.

—Estos son muy pequeños aún, pero dentro de unos diez días la señorita podrá llevarse uno.

—¿Ud. me lo prestará?

—Se lo regalaré. Puede elegir el que más le guste. Será mi presente de Navidad.

—¡Ooohhh! Muchísimas gracias, señor.

Hacía rato que don Ramón se estaba devanando los sesos por identificar a la pequeña. El creía conocer a todos los niños del vecindario, pero no recordaba haber visto a esta preciosa criatura. . . Y de repente se hizo la luz en su cerebro. . . ¡Claro, era la nieta de la Sra. de Wilcox, la dueña de la señorial casa-quinta que se levantaba a media milla de su casita! El día anterior, cuando la Sra. de Jackson vino a llevar el cántaro de leche que don Ramón les daba diariamente, le dijo que la hija y la nieta de la distinguida señora habían venido a pasar una temporada en el campo. . . y que se rumoreaba que tal vez quedaran a vivir definitivamente con la anciana porque parecía que había ruptura en el joven matrimonio. . . La miró con discreta atención. El bonito rostro enmarcado por largos rizos rubios y sedosos tenía facciones delicadas, pero era quizá demasiado fino y pálido. Llamaban sobre todo la atención los espléndidos ojos oscuros, demasiado pensativos para una niña de su edad. . .

—Llámemme “don Ramón” —le dijo cariñosamente—; todos me llaman así, porque mi apellido extranjero no es fácil de pronunciar para ustedes.

—Yo me llamo Doris.

Bien, ahora que ya estaban hechas las presentaciones, don Ramón sugirió:

—Su visita nos ha causado un verdadero placer, y nos agradaría que nos visitara todos los días; pero ahora se está haciendo tarde y es probable que en su casa estén preocupados.

Al oír estas palabras la pequeña pareció volver al mundo de las realidades, y una expresión de inquietud o temor apareció en su linda carita. Don Ramón se apresuró a ofrecer:

—Yo la acompañaré hasta su casa. —Le ayudó a ponerse el abrigo, la caperuza y los mitones, y tomándola de la mano se encaminaron hacia la casona de la abuela.

Apenas abrieron la puerta, dos mujeres ansiosas se abalanzaron hacia la criatura:

—¡Hijita!, ¿dónde has estado?

Pero ésta ya había corrido a refugiarse en los brazos de la señora joven y la aturdía con su charla:

—¡Ay, mamita, si vieras! . . . Don Ramón tiene un loro que habla, y un perro grandote que no muerde, y una gata con cinco gatitos, y ha prometido darme uno para Navidad. ¿Verdad que me dejarás tenerlo?

Cuando se interrumpió para respirar, las personas adultas aprovecharon para hablar ellas, presentarse mutuamente y dar las explicaciones del caso.

Don Ramón se retiró con la grata impresión de haber ganado nuevos amigos y llevándose la promesa de que la niña podría visitarlo diariamente y quedarse cuanto quisiera.

Mientras cubría, ya entrada la noche, la distancia entre la aristocrática mansión y su humilde casita, don Ramón se

entretenía comentando consigo mismo en voz alta las novedades e impresiones de la tarde.

“La Srta. Doris es el vivo retrato de la madre; sólo que el modelo original es aún más hermoso; pero en los bellos ojos adultos hay una sombría expresión de tristeza; más que de tristeza, de ansiedad. . . No es precisamente ansiedad. Es. . . ¡ah, ya caigo! ¡Es hambre; eso mismo, hambre!”

Y recordó las palabras de Amado Nervo. . . Porque habéis de saber que don Ramón tenía alma de poeta y de filósofo, y leía a Unamuno, a Nervo, a Tagore, a Rubén Darío. . .

Sí, recordó ahora una frase de Amado Nervo: “Bien sabes que todos tenemos hambre: hambre de pan, hambre de amor, hambre de conocimiento, hambre de paz”. Por supuesto, aquí no había hambre de pan, pero podría ser hambre de paz. . . o de amor. . . Y siguió hablando consigo mismo: “¡Qué extraños son los caminos de Dios!” Maruja y él siempre habían tenido en cuenta y habían procurado cumplir el cristiano consejo:

“Irás por el camino buscando a Dios; pero atento a las necesidades de tus hermanos. En cualquier momento, en cualquier lugar, entre cualquier compañía, te formularás la pregunta: ‘¿Qué bien puedo hacer yo aquí?’ Apareja el oído, los ojos y las manos, para que ninguna necesidad, ninguna angustia, ningún desamparo, pasen de largo”.

Y por eso todos los vecinos de varias millas a la redonda los conocían, y ellos conocían a todos. Porque unos, como la familia Jackson con su numerosa prole y su escaso jornal, recibían diariamente el exceso de leche de la ubérrima doña Vaca; otros recibían fruta en la estación de la fruta; otros, auxilio material y atención generosa en caso de enfermedad o adversidades de cualquier naturaleza: consuelo, consejo, orientación, amistad, alegría, estímulo, según el caso y la clase de hambre que los acosara. Nadie fue pasado por alto en sus momentos de aprieto.

Pero don Ramón nunca pensó que en la casona de la Sra. de Wilcox hallaría respuesta a la cristiana pregunta: “¿Qué bien puedo hacer yo aquí?” Gente rica, distinguida, culta; su única hija bien casada, con un joven escritor que estaba adquiriendo extraordinario renombre en el mundo de las letras y cuyo último libro era el mayor éxito de librería del año. Pero esta noche, al notar la expresión de ternura y tristeza con que la señora de cabellos de plata miraba a su adorable nietecita, y la mal velada expresión de dolor y desolación en los bellos ojos oscuros de la señora joven, don Ramón no estaba tan seguro de que en esa casa no hallaría oportunidad de hacer algún bien. . .

“Hum —se dijo en voz alta, cambiando de tema—, la nieve se ha demorado este año; pero, o mucho me equivoco o nos visitará esta noche”.

No se equivocó ni mucho ni poco. . . A la mañana siguiente, al abrir la ventana del dormitorio, un espectáculo maravilloso se ofreció a sus ojos encantados: el jardín, el bosque, el valle, los techos de las casas, estaban cubiertos de un colchón esponjoso de inmaculada y deslumbrante blancura. A los árboles que ayer mostraban desnudas sus retorcidas y esqueléticas ramas negras, hoy les habían brotado alas, alas blancas de finísimas plumas, tenues y livianitas; y la nieve seguía cayendo suavemente, levemente, y sus delicados copos, cual minúsculas flores blancas de irisados pétalos, parecían deshacerse en millares de cristales microscópicos que más tarde resplandecían bajo los rayos del sol. Don Ramón había contemplado por años este espectáculo, pero cada año le causaba el mismo renovado y deleitoso arrobamiento.

A la media mañana apareció la pequeña Doris, parlanchina y excitada por la primera nevada.

Seguió visitándolo todos los días, y pronto logró establecer una cordial amistad con toda la “familia”: el señor Perro la recibía con amistosos meneos de cola, doña Gata

le permitía trasladar de la cesta a la falda a toda su juguetona prole, doña Vaca seguía rumiando impasible mientras la pequeña introducía su manecita entre las manazas de don Ramón para ensayarse en el oficio de ordeñadora. En cuanto al señor Loro, fue perdiendo gradualmente su mutismo y charlaba, cantaba y reía con estridentes carcajadas como en sus mejores tiempos, y cuando la niña le rascaba la cabecita con sus dedos de rosa, el pájaro verde se esponjaba todo, de pura satisfacción, y le expresaba su cariño con secos y metálicos besitos. ¿Y don Ramón? Pues, había desaparecido de su cuerpo la sensación de desgano y cansancio que lo abrumara, y se sentía lleno de vitalidad y sano optimismo. Cuando por la noche contemplaba el ángel que parecía sonreír bajo las alas luminosas, don Ramón tenía impulsos de agradecerle en voz alta porque, desde aquella tarde en que su rostro beatífico y sus brillantes alas atrajeron a la pequeña Caperucita Roja, la casa había cobrado nuevamente la vida y animación de los felices tiempos pasados. . .

Faltaban cinco días para Navidad. Aquella tarde Doris apareció arrastrando un flamante y precioso trineo azul que poseía toda la estructura y accesorios necesarios para hacer de él un vehículo sólido, cómodo y bonito. Sin embargo, la niña no demostraba la alegría que hubiera sido lógico y natural ver en tal ocasión.

—Me lo envié papito como regalo de Navidad. ¿Verdad que es un trineo precioso?

—¡Vaya si lo es! Es todo un señor trineo. Si sigue nevando así, para Navidad podrá estrenarlo deslizándose hacia el valle.

—Dudo que mamita me permita hacerlo sola. . . Y papito no vendrá a pasar la Navidad con nosotros.

Mirándola de reojo, don Ramón notó que los pequeños labios rojos temblaban. . .

Repentinamente se le ocurrió un recurso salvador.

—Sabe, Srta. Doris. . . , los gatitos ya son suficientemente grandes para alimentarse solos. Puede Ud. escoger el suyo y lo llevaremos en el trineo hasta su casa.

—¿Pe. . . pe. . . pero Ud. dice *de veras* que me regala uno?

—¡Por cierto que sí! ¿No se lo había prometido? Las promesas siempre deben cumplirse.

La elección no resultó una tarea fácil: Doris hubiera querido llevarse los cinco. . . Al fin se decidió por el más vivaracho, de suave pelo gris como la madre.

—¿Y qué nombre le pondrá?

—Pues. . . —pensó un momento, y siguiendo la tradición de la casa, decidió—: creo que lo llamaré don Gatito.

—Me parece un nombre muy apropiado —opinó don Ramón.

La niña acarició por unos momentos en silencio a su don Gatito, y de pronto levantó el rostro hacia su amigo y le habló con esa su gravedad de adulto que desconcertaba y dolía:

—Don Ramón, Ud. dijo que las promesas deben cumplirse. . . ¿Es muy malo dejar de cumplir una promesa?— Quedó esperando ansiosamente la respuesta. . . y ahora don Ramón leyó en esos límpidos ojos infantiles la misma expresión de vacío, de hambre inconfesada, de anhelo angustioso y desesperanzado que descubriera en la mirada de la madre. . . Y sintió una punzada dolorosa en el corazón.

Con paternal suavidad y prudencia, para no herir aún más ese corazoncito herido, contestó:

—Siempre debemos hacer todo lo posible para cumplir nuestras promesas; pero a veces resulta imposible.

—Yo le prometí algo a mamita cuando estábamos aún en la ciudad, y ahora no podré cumplir mi promesa. Vea Ud. —Cautelosamente sacó algo del bolsillo interior del tapado, y se lo alcanzó a don Ramón. Era una linda cajita de

terciopelo rojo: adentro había una hermosa miniatura, una verdadera obra de arte finamente realizada. De un lado estaba el retrato de la niña; los ojos alegres, la boquita reidora, el semblante animado, todo revelaba felicidad y gozo de vivir. Del otro lado, el retrato de la joven madre atraía vivamente por su belleza y poder expresivo: la sonrisa era dulce pero dolorosa, y los admirables ojos oscuros revelaban ternura, amor intenso. . . y desolación.

—Le prometí a mamita que yo misma colocaría el retrato en el reloj de papito cuando llegara Navidad; pero ahora resulta que papá no pasará las fiestas con nosotros.

Don Ramón depositó de nuevo la miniatura en la cajita, la cerró y envolvió con todo cuidado en el papel de seda y le entregó el paquetito a la criatura. Después de carraspear varias veces, habló:

—No se aflija, Srta. Doris, todavía su papá puede cambiar de idea. . . o tal vez les reserve una sorpresa. . . Sí, a lo mejor quiere sorprenderlas para Navidad.

Se iluminó el rostro de la niña:

—¡ Oh! ¿ Cree Ud. que papito quiere darnos una sorpresa? Se lo diré a mamá, para que no llore de noche cuando cree que estoy durmiendo y no la oigo.

La niña se mostró alegre y conversadora el resto de la tarde mientras *ayudaba* a don Ramón en sus tareas. En cambio, su amigo se había tornado de repente extrañamente silencioso y distraído, y apenas le contestaba con monosílabos o con movimientos de cabeza, a veces afirmativos cuando correspondía decir no, y viceversa. Doris decidió al fin ir a conversar con el Sr. Loro: la escuchaba con más atención y le contestaba con más inteligencia. . . Su amigo don Ramón parecía decididamente tonto esa tarde. . . Este atendió temprano a toda la “familia” y le anunció a la niña que era hora de regresar a casa; irían juntos llevando a don Gatito.

Mientras la niñita se apresuraba a buscar a la mamá para

mostrarle su precioso gatito, don Ramón conversaba animadamente con la señora mayor. El resultado de la conversación debe haber sido muy satisfactorio para ambos, porque la anciana señora estrechó visiblemente conmovida la mano de su nuevo amigo y, mientras lo acompañaba hasta la puerta, le decía:

—Dios ha de prosperar su noble intento, don Ramón. Los dos están bellamente dotados para comprenderse y ser felices juntos; pero son jóvenes, y esta vida moderna demasiado agitada, y las actividades excesivas, y los muchos compromisos sociales, y las aspiraciones y exigencias de la hora actual, los han llenado de confusión y les impiden ver claro dentro de sí mismos. Han perdido el sentido de los verdaderos valores; necesitan retornar a la vida sencilla. ¡ Y qué mejor para ello que la paz y quietud de este bendito valle!

Como resultado de la conversación, don Ramón estuvo muy atareado los días subsiguientes. Temprano por la mañana fue a la villa cercana y consiguió una comunicación telefónica de larga distancia; cuando regresó ya era mediodía. Luego se dirigió apresuradamente a casa de su vecino Joe Jackson; no le fue fácil despachar pronto su negocio, porque la numerosa prole lo rodeó como de costumbre y tuvo que conversar un poquito con cada uno. La Sra. de Jackson terminaba de hornear y había un olor delicioso a pan casero, bizcochos, pasteles y pan de Navidad. El hijo menor le dio la indiscreta noticia:

—Mamá ya tiene envuelto en papel celofán el pan dulce para Ud.; es el más grande de todos.

La mamá le estaba haciendo enérgicas y desesperadas señas de silencio, pero ya era tarde: el “secreto” que se repetía anualmente en cada Navidad, estaba revelado. . . Don Ramón rió divertido al ver los apuros de la señora.

—No se aflija Ud., Sra. de Jackson; de todas maneras dentro de tres días lo iba a saber. Desde ya le doy las gracias.

—¡ Las gracias Ud. a nosotros, don Ramón! ¡ A nosotros que estamos beneficiándonos por años con el fruto de su huerta, de su quinta, de su lechera y de sus gallinas!

—¡ Vamos, no empecemos de nuevo con el gastado disco! ¿Dónde está Joe? ¿No ha regresado aún de la fábrica?

—No ha ido a la fábrica: sus vacaciones empezaron ayer. Está en el galpón entretenido con sus herramientas y su carricoche.

Don Ramón se encaminó hacia el galpón, frotándose las manos de puro contento: los escombros del camino se iban despejando por sí solos; por ejemplo, las vacaciones de Joe coincidían a las mil maravillas con sus planes. Lo encontró lavando y revisando su viejo y heroico Ford modelo 36.

—¡ Hola, Joe! Me dice tu mujer que ya empezaron tus vacaciones. Veo que el primer beneficiado ha sido tu “Cadillac”. Dime, ahora que tiene la cara lavada, ¿te parece que se animará a llevarnos en un paseíto hasta la ciudad?

Joe dejó escapar un silbido de alarma y miró significativamente a su valiente caballo de batalla; después elevó la vista hacia las imponentes sierras lejanas cuyas cumbres cubiertas de nieve resplandecían bajo los rayos del sol. Se rascó pensativo la cabeza. . . ¿Qué no estaba dispuesto él a hacer por don Ramón? ¡ Todo! Pero, ¿podría infundir el mismo celo en el ánimo de su “socio”? ¿Responderían sus pulmones y sus valientes pero gastados engranajes y resortes?

Viéndolo vacilante, don Ramón se apresuró a rectificar:

—Bien, no precisamente a la ciudad sino sólo hasta el aeropuerto, es decir cuatro millas más acá —y recalcó enfáticamente lo de las cuatro millas como si hicieran una gran diferencia en las 160 que los separaban de la gran urbe.

—Me atrevo a decirle que sí, que *nos* animamos. —Joe siempre hablaba en plural cuando se refería a su coche; consideraba que él y su vehículo formaban una sola enti-

dad; por eso lo llamaba su “socio”. Luego preguntó:

—¿Cuándo necesita viajar?

—El jueves.

—Hum. . . ¿Y a qué hora hay que estar allá?

—Debemos estar en el aeropuerto para recibir el avión que llega a las 2 de la tarde.

—Hum. . . Veamos. . . Mi socio recorre regularmente 40 millas por hora, pero un tercio del recorrido es montañoso, y además con la nieve. . . Calculemos una velocidad media de 25 millas por hora. Para mayor seguridad deberíamos salir temprano, digamos a las 6. Bien, don Ramón, me ocuparé del “socio” durante estos dos días, de modo que estemos en condiciones de realizar el viaje con éxito.

—Perfectamente, Joe, eres un gran muchacho.

—No lo repita, que todavía me lo voy a creer.

La Sra. de Wilcox comunicó a su hija que don Ramón había solicitado la compañía de la niña para un viaje en automóvil a la ciudad, y manifestó que de su parte no veía inconveniente, ya que junto a don Ramón nada había que temer por la pequeña. La joven señora confiaba plenamente en el buen juicio de su madre, y consintió.

Mientras Joe se dedicaba a poner en condiciones a su campeón, nuestro buen amigo ayudaba a la abuelita Wilcox a decorar el árbol de Navidad en el gran salón de la casona. En complicidad con el viejo mayordomo Guillermo consiguieron un pino de respetable tamaño y linda forma. Este trajo además su caja con todos los ornamentos y pasaron horas placenteras ocupados en la tradicional tarea. Doris no cabía en sí de júbilo, la abuela estaba entusiasmada como en sus mocedades, y hasta la joven señora se sintió reanimada y se ocupó en dar al arbolito, con su buen gusto y sentido artístico, los toques finales. ¿Cómo habría árbol de Navidad sin regalos? . . . Hubo idas y venidas a la villa y los paquetes misteriosos fueron acumulándose al pie del pino, despertando gran alborozo y expectativa en la pequeña.



Era una bonita y gentil Caperucita Roja, abrigada desde la cabeza hasta los pies con su traje rojo para la nieve y su cesta con la merienda al brazo, la que subió alegremente al auto. La niña se sentó junto a su gran amigo aquella fría madrugada del jueves 24.

El "Cadillac" de Joe se portó a la altura de las circunstancias y de la confianza en él depositada. Corrió bien sus 40 millas por hora en el camino llano, y fue escalando a razonable velocidad la carretera que zigzaguea sobre el espinazo de las sierras. A veces bufaba con roncacos resoplidos cuando le tocaba trepar cuestas empinadas. Pero en las bajadas acumulaba energías.

Cuando faltaba un poco más de una hora para llegar, don Ramón consideró prudente preparar el ánimo de su amiguita: una gran sorpresa podría agitar con demasiada violencia ese espíritu extremadamente sensible.

—¿Sabe, Srta. Doris? En realidad no pensamos ir hasta la ciudad sino sólo hasta el aeropuerto; en el avión vendrá una persona que anhela ver a Ud. y a quien Ud. se alegrará mucho de ver. . .

Los grandes ojos se iluminaron con un fulgor tan intenso que a don Ramón se le formó un nudo en la garganta; pero al instante la mirada se tornó cautelosa. . .

—A quien más me alegraría ver es a papito. . . —y retuvo el aliento esperando una palabra que confirmara su ilusión.

—Precisamente a su papito esperamos ver. . . Llegará sólo de paso, pero Ud. podrá saludarlo y desearle una feliz Navidad.

—¡Oh, don Ramón! —exclamó apretándole fuerte, fuerte el brazo en una incontenible explosión de júbilo. Luego, con esa característica seriedad que tantas veces lo dejara asombrado, hizo esta reflexión:

—¡Lástima que no supe eso antes de salir! Hubiera traído la cajita y habría cumplido así con mi promesa.

Don Ramón introdujo la mano en el bolsillo interior del

sobretudo y extrajo un paquetito bien conocido por ambos. . .

—No me olvidé de su promesa, Srta. Doris. ¿Está satisfecha?

¡Ahora todo estaba bien en el mejor de los mundos! Ya habían atravesado las montañas y la ciudad se divisaba a la distancia.

Pero todo no parecía andar tan bien en el mundo de Joe y su "socio": este último manifestaba unos síntomas alarmantes de cansancio; se sacudía violentamente como si estuviera por darle un ataque de epilepsia, y luego se paraba en seco; después, a instancias de Joe, arrancaba de nuevo emitiendo unos sonidos extraños. . . Don Ramón miraba con desconfianza la cara seria de su amigo. . .

—Se habrá recalentado en la subida. Vamos a ver. . . Descendió del vehículo e hizo las revisiones de práctica: el agua, la gasolina, las bujías, el carburador. . . tocó aquí y allá. . . subió de nuevo y apretó el arrancador. . . El "socio" gimió, rugió, tembló un momento. . . y siguió marchando. Don Ramón miró el reloj y dio un suspiro de alivio: faltaban pocas millas y aún tenían casi una hora.

—No necesitas apurarlo, Joe: tenemos tiempo de sobra.

¡No lo hubiera dicho!

El "socio" recorrió penosamente unas pocas millas más, en medio de bufidos, temblores y convulsiones, y al fin se detuvo y se negó a moverse, pese a todos los argumentos, mimos y amenazas de Joe. Don Ramón miró su reloj y luego hacia el lugar de su destino; ya se avistaba perfectamente el aeropuerto, a unas dos millas de distancia. . . y aún faltaba media hora para la llegada del avión.

—Joe, mientras tú y tu socio se ponen de acuerdo, la pequeña y yo iremos caminando para desentumecer las piernas.

¿Para qué mortificarlo diciéndole que ahora estaba convencido de que debía depender enteramente de su

tranvía número 11 si quería llegar? Tomó a la niña de la mano y, cuando se hubieron alejado algunos metros, le dijo:

—Srta. Doris, tenemos que apresurarnos y caminar lo más ligero posible si queremos llegar a tiempo para ver a su papá.

La niña no se hizo repetir la indicación: no sólo apuró el paso sino que empezó a correr, obligando a don Ramón a seguirla a grandes zancadas. Pero el entusiasmo de la pequeña no tuvo en cuenta su capacidad de resistencia y el hecho de que estaban en plena sierra, a centenares de metros sobre el nivel del mar. . . Pronto Doris empezó a jadear, con evidentes señales de cansancio. Pero don Ramón había nacido y se había criado entre las montañas, en los Pirineos; además se preciaba de ser gran caminador; y además. . . ¡era vasco! ¡No se dejaría vencer por una milla ni por dos! Levantó a la niña en brazos y siguió marchando a paso redoblado. De repente la niña exclamó muy excitada, señalando al cielo:

—Don Ramón, mire. . . ¡el avión, el avión!

Era verdad: el gran pájaro metálico se acercaba cortando el aire en sereno y matemático descenso.

—No se aflija, Srta. Doris, llegaremos, llegaremos. Pasarán unos 10 minutos hasta que desciendan los pasajeros. Además, se detiene 20 minutos antes de salir nuevamente.

¡Y don Ramón cumplió su palabra! Hacía unos 5 minutos que el avión se había detenido frente al aeropuerto, cuando un hombre alto y gallardo que se paseaba nervioso por la pista divisó a lo lejos a un hombre que se acercaba casi corriendo, trayendo en brazos a una niña vestida de rojo desde la cabeza hasta los pies. . . El hombre joven salvó en pocos pasos la distancia que los separaba. . . La nena, a su vez, saltando a tierra corrió a refugiarse en esos fuertes brazos que la levantaron en alto y la estrecharon ansiosamente contra el pecho varonil. El joven papá

la besó muchas, muchas veces, con ternura desbordante; y ella apretó su carita contra el rostro de él y sus bracitos se ciñeron estrechamente alrededor del cuello paterno.

Don Ramón estaba agitado y sudoroso por la precipitada caminata. Era natural, pues, que sacara el pañuelo para enjugarse el sudor. Lo extraño fue que en vez de secarse la frente, se pasara el pañuelo por los ojos. . .

Ahora Doris extraía del bolsillo interior del tapado una misteriosa cajita y, con voz alborozada, le anunciaba a su papá:

—Gracias a don Ramón, puedo ahora cumplir la promesa que le hice a mamá de darte en tus propias manos nuestro regalo de Navidad.

¿Lo engañaría la vista?. . . Don Ramón hubiera jurado que las manos del apuesto papá temblaban notablemente al abrir la cajita. Elogió con palabras entusiastas el lindo retrato de la hijita; pero, cuando miró del otro lado, se quedó mudo, contemplando largo rato, ensimismado, el bello rostro que parecía mirarlo con amor y dolor. Se había olvidado por completo de la pequeña y del anciano testigo que tenía delante. . . Lo sacó de su arrobamiento la voz del altoparlante que anunciaba a los señores pasajeros que dentro de pocos minutos arrancarían el avión. Y ahora la niña hablaba con un desesperado temblor de esperanza en la voz:

—¡Oh papito, si vinieras con nosotros! Hemos preparado un precioso árbol de Navidad con globos y luces de colores, y varios angelitos y Santa Claus entre las ramas, y arriba una brillante estrella que nos prestó don Ramón, y un montón de regalos alrededor del tronco. . .

El padre la escuchaba enternecido; y de repente su mirada se cruzó con la de don Ramón. . . y éste vio en esos ojos la misma expresión de ansiedad dolorosa, de hambre mal disimulada que viera antes en unos bellos ojos oscuros. . . Y entonces, impulsivamente, hizo con asombroso aplomo, la tremenda y audaz afirmación:



Carlos Ulate

—¡Ella lo espera, señor!

Instantáneamente los ojos se iluminaron con inusitado fulgor y se dibujó una cálida y radiante sonrisa en aquella boca firme.

—Pues sí, hijita, celebraremos todos juntos la Navidad.

No había tiempo que perder. . . Corrió al avión, retiró su valija y vino a reunirse con ellos. Recién ahora se le ocurrió preguntar en qué y cómo habían hecho el viaje. . . Pero no hubo tiempo de contestar, porque en ese momento se detenía frente al aeropuerto, muy ufano y haciendo mucho ruido, el “Cadillac” de Joe. Como éste les asegurara que tanto él como su “socio” estaban en condiciones inmejorables para realizar el viaje de regreso, nuestros amigos decidieron confiarse a ellos. Esta vez Joe estuvo en lo cierto: el “socio” se portó a las mil maravillas y corrió sin convulsiones, ni bufidos, ni paradas en seco, de modo que el viaje fue alegre y les pareció corto. Tal vez a don Ramón el viaje le resultó singularmente corto porque estuvo muy entretenido oyendo la incansable y regocijada charla que la pequeña mantenía con su padre. Al poco rato el papá conocía todas las características, costumbres y habilidades de la “familia” de don Ramón, y todas las gracias y travesuras de don Gatito.

El padre la escuchaba con el más vivo interés y contestaba con alegre disposición todas las preguntas de la pequeña. El corazón de don Ramón dio un brinco de alegría cuando oyó que el papá manifestaba seriamente:

—Yo te conseguiré un lindo perro, hijita, y cuando regresemos a la ciudad los llevaremos. . . Sí, querida, tanto al perro como al gatito. —Y unos momentos después:

—Sí, tesoro; mañana mismo iremos juntos a la colina y podrás estrenar tu trineo deslizándote con él por la cuesta. De aquí en adelante papá *tendrá más tiempo* para conversar y jugar con su linda hijita.

La única nube que empañaba el alma límpida de don

Esta vez el “Cadillac” se portó bien, y recorrió el camino sin estremecimientos ni paradas en seco, de modo que el viaje fue alegre y pareció corto.

Ramón era el recuerdo de aquella frase. . . ¿Alguien le había dicho acaso que "*ella lo esperaba*"? ¿Y si no fuera verdad? Pero no, una voccecita que provenía del interior lo tranquilizaba, asegurándole que su corazón no lo había engañado, y que aquella afirmación audaz que le hiciera al hombre joven en el aeropuerto *era la verdad*. Sin embargo, al aproximarse a la casa señorial, se sentía un poco intranquilo. . .

Anocheecía cuando llegaron. La casona de la Sra. de Wilcox estaba profusamente iluminada, y las luces que brillaban a través de las ventanas alumbraban con mágicos resplandores la senda cubierta de nieve.

Al llamar, las dos mujeres se apresuraron a abrir la puerta. Don Ramón se quedó intencionalmente un poquito más atrás. . . Los jóvenes esposos se arrojaron el uno en brazos del otro y permanecieron así abrazados un largo rato, olvidados del mundo y de cuanto los rodeaba. Cuando se separaron, los bellos ojos oscuros brillaban como estrellas. . . Entonces don Ramón quedó más tranquilo, porque estuvo por fin seguro de que al hacer aquella tremenda "afirmación" en el aeropuerto no se había equivocado.

Ahora que todos se sentían inmensamente dichosos en la casona de la abuelita, él tenía prisa por retirarse y llegar cuanto antes a su casa. Pero sus nuevos amigos no le permitieron despedirse sin que prometiera visitarlos al día siguiente para abrir juntos los regalos y luego tener también juntos el almuerzo de Navidad alrededor de la gran mesa familiar. ¡Ya lo habían incorporado a la familia!

Se despidió emocionado y contento. La noche estaba fría, pero diáfana y serena. Los rayos de luz provenientes de la casa proyectaban reflejos irisados sobre el cerco, las plantas y los árboles, cubiertos del albo manto de la nieve. El paso de don Ramón parecía haber recuperado el vigor y la elasticidad de los años mozos.

Era Nochebuena, y la cristiandad entera celebraba el nacimiento del Salvador del mundo. . . Desde las laderas del lejano monte que se levanta junto al lago de Genesaret, parecía llegarle el eco bendito de una voz dulce y grave: "Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios. . ." Por supuesto, su casita estaría toda sumida en tinieblas. . . Pero no. . . de la ventana de la sala provenía un tenue resplandor: el ángel estaba iluminado. ¡Esa buena Sra. de Jackson! Seguramente cuando vino a dar de comer a los animales recordó que en Nochebuena el ángel debía resplandecer frente a la ventana. . . En el living-comedor la mesa estaba repleta de cajas, paquetes y tarjetas: los regalos de Navidad del vecindario. . .

Sin duda la Sra. de Jackson se había encargado de recibirlos y acomodarlos. Bien, los abriría más tarde. . . Ahora tenía que apresurarse porque, al separarse frente a la casa de la Sra. de Wilcox, Joe le había recomendado:

—No se demore, don Ramón: ya sabe que lo esperamos en casa para la cena de Nochebuena, y nadie se sentará a la mesa si Ud. no está para ocupar su lugar en la cabecera.

Avivó el fuego del hogar, habló algunas palabras cordiales a cada miembro de su "familia" y se alistó rápidamente para asistir a la cena con la familia Jackson. En el camino iba gozando por anticipado la sana alegría que se disfrutaba en ese hogar, modesto en bienes materiales, pero rico en amor y virtud.

Cuando regresó, dos horas más tarde, se dedicó plácenteramente a abrir los regalos y las tarjetas de Navidad. No tenía ningún apuro: podía tomarse todo el tiempo que quisiera. . . Eran regalos sencillos pero que expresaban cariño y solícita amistad: el pan dulce, de la familia Jackson; de la familia Collins un pastel de manzanas; guantes de lana tejidos por las niñas de Williams; pantuflas abrigadas, de sus amiguitos Dick y Tony; un libro de

poesías de su gran amigo, el dueño de la única librería de la villa; y así por el estilo. . .

Otra vez le pareció escuchar la voz del divino Maestro de Galilea: “. . . porque con la medida que medís, os volverán a medir”.

“Sí, pensó. . . pero ¡qué bueno es Dios! Los pequeños actos bondadosos, las humildes buenas acciones realizadas en favor de mis vecinos, me son devueltas multiplicadas y enriquecidas con creces. . .”

Se sentó en su sillón favorito junto al fuego. No tenía sueño. Una dulce paz y quietud invadían su espíritu. Le parecía sentir la compañía inspiradora y estimulante de Maruja. Desde el retrato que descansaba sobre la repisa de la chimenea, lo miraban sus ojos reidores y le sonreía la boca tierna y cariñosa: y desde el otro retrato colgado en la pared, el rostro varonil de un bizarro soldado parecía decirle:

“¡Estoy orgulloso de mi viejo y noble padre!”

Era Nochebuena. . . El ángel luminoso era símbolo del coro angélico que sobre las colinas de Belén entonó:

“¡Gloria a Dios en las alturas  
y en la tierra paz,  
buena voluntad para con los hombres!”

También en la casona señorial reinaba esa noche la paz, la dicha y la buena voluntad. . . gracias a que, en un frío anochecer, una linda Caperucita Roja se sintió atraída por el ángel luminoso. . . ¡Qué maravillosos y sabios son los caminos de Dios! Por eso ahora don Ramón no se sentía nostálgico ni solitario. . . Bien lo decía el poeta: “Si amas a Dios, en ninguna parte estarás triste”. Sí, es cierto, pero sólo amamos a Dios de veras cuando hemos aprendido a amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. . .

Sin darse cuenta, el sueño se iba apoderando de él. . .

“Lo importante —se dijo medio dormido— es que nunca se apague la luz frente a nuestra ventana. . . ‘Irás por el camino buscando a Dios, pero atento a las necesidades de tus hermanos. En cualquier momento, en cualquier lugar, entre cualquier compañía, te preguntarás: ¿Qué bien puedo hacer yo aquí?’ ”



## Pioneros de la Región Chaqueña

LA CENA transcurrió singularmente silenciosa. Alrededor de la gran mesa, los diez hijos comían calladitos y se miraban con disimulo como preguntando: “¿Qué le pasará a papá? ¿Qué disgusto habrá tenido?” La madre, sabia y prudente, servía a todos en silencio y estaba atenta para que el esposo tuviera todo al alcance de la mano. ¿Cómo no iban a estar, más que curiosos, preocupados? ¡Con las cosas terribles que se rumoreaban!

Cuando el padre regresaba del pueblo de Morón, distante unas seis leguas (30 kilómetros), adonde por lo general iba semanalmente a cumplir distintas diligencias y negocios propios de un ganadero, él, que por naturaleza era jovial y sociable, tenía siempre incidentes o noticias interesantes que contar, y aunque, por hábito o norma, tanto el relato como los comentarios iban dirigidos a la esposa, los hijos disfrutaban enormemente de su conversación.

Pero esa noche llegó más temprano que de costumbre, entregó el caballo al peón para que lo desensillara y atendiera y saludó a su esposa con el clásico título con que siempre la trataba: “Buenas noches, ‘señora’”, pero sin sonreír, contestando apenas el saludo alegre de las criaturas. Se lavó las manos y fue a ocupar su lugar en la cabecera de la mesa. La madre, que ya presentía algo desagradable, dio gracias a Dios por los alimentos, y todos empezaron a comer sin decir esta boca es mía. Los hijos

también presentían algo... ¿Por qué? Porque toda esa región chaqueña estaba viviendo días de terror. Había una banda, y muy posiblemente más de una, de maleantes o “gauchos malos”, que indiscutiblemente obedecían órdenes e instrucciones de un jefe a quien la gente conocía en esa extensa región, tanto en las poblaciones como entre los habitantes del campo, que eran agricultores o ganaderos. El era la “mente”; los camaradas, los “brazos”. Aparecía con cierta frecuencia en un pueblo o en otro; entraba en los cafés o restaurantes, amable y correcto, pero con una afabilidad un tanto desafiante o socarrona... porque era consciente de que todos sospechaban que vivía del robo y de procedimientos ilícitos. Con todo, nadie, ni la policía, tenía una sola prueba que autorizara su detención. No vivía escondido, aunque a veces desaparecía por meses del lugar. En cambio sus secuaces vivían ocultos en los extensos e inexplorados bosques chaqueños, porque todos tenían alguna deuda pendiente con la justicia.

De repente, un grupo asaltaba a una familia, siempre en el campo, y cometía verdaderos actos de pillaje y violencia. A veces, si se resistían, parecía que hallaban placer en dedicarse a la matanza.

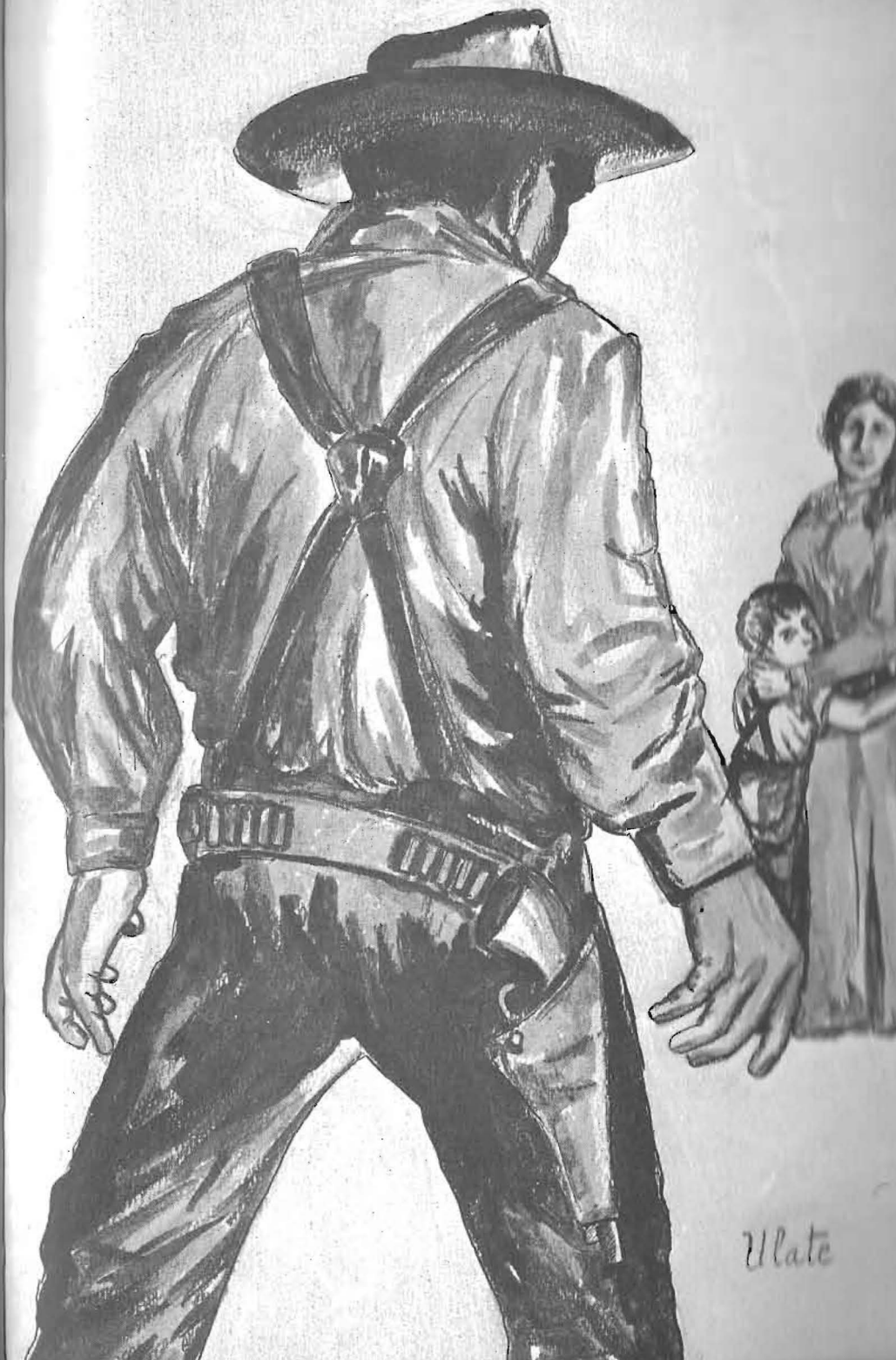
Terminó la cena en casa de los Cavalieri. Las hijas mayores empezaron a despejar la mesa. A las que les tocaba “el turno”, el padre les dijo: “Limpian la cocina lo antes posible”. Y a las demás: “Uds. ayuden a su madre a acostar las criaturas. Después pueden reunirse de nuevo aquí”. No se hicieron repetir las órdenes. La madre acostó a los niños, les hizo decir sus oraciones y los despidió con el beso maternal. Los muchachos mayores ayudaron solícitos a sus hermanas en la cocina... Lo cierto es que bien pronto estuvieron de nuevo alrededor de la mesa, pero más cerca del asiento de “papá”. Entonces, como si le costara un gran esfuerzo, el Sr. Cavalieri miró a su esposa y con voz ronca pronunció la frase lacónica y escalofriante: “La

familia Fontaine fue asaltada anteanoche". Todos presentían que, si "papá" estaba tan serio, el *asalto* significaba algo más... Después de un momento de suspenso, la madre preguntó en voz queda y ansiosa: "¿Hubo... muertos?" Y la respuesta les hizo sentir a todos un frío que se deslizó por la espalda y los hizo temblar: "Todos fueron asesinados; sólo por un milagro de tenacidad, se salvó Marieta".

Los Fontaine eran valdenses, de origen francés, y pertenecían a los antiguos colonizadores de la región. Vivían lejos de allí, tal vez a 20 leguas. La familia constaba de los padres, una hija viuda con una criatura de un año, otra hija, Marieta, de 16 años, y un varón de 12. Eran granjeros. Su situación económica era desahogada. Cuando el padre hacía una venta de cierta importancia, dejaba en la casa una suma más bien pequeña y viajaba al pueblo cercano para depositar la cantidad mayor en una casa de comercio de confianza. Sin duda los asaltantes tenían perfecto conocimiento de la venta realizada, pero no se enteraron a tiempo del viaje del Sr. Fontaine.

El Sr. Cavalieri, un poco más sereno, continuó relatóndoles detalladamente la macabra tragedia: "De repente, después de cenar, se produjo inesperadamente el asalto. Eran cuatro hombres, armados de revólveres y facones, y cubiertos los rostros con pañuelos oscuros que les dejaban libres sólo los ojos. Se apoderaron del Sr. Fontaine y lo amarraron firmemente en una silla. Uno vigilaba afuera y tres 'trabajaban'. Le preguntaron al padre dónde tenía el dinero. El les indicó el lugar. Cuando vieron que la suma era mucho menor de lo que esperaban, le dieron varios planazos con sus largos cuchillos e insistieron en su pregunta. Les explicó llanamente que siempre guardaba poco dinero en la casa. Entonces empezaron a revolver muebles, baúles, etc., en una búsqueda frenética de joyas y otros artículos valiosos.

Los asaltantes no tuvieron misericordia, y dieron muerte sin piedad a los miembros de la familia. Esto hizo cundir el miedo entre los pobladores.



Ulate

“Defraudados en sus esperanzas, empezó a dominarlos una rabia incontrolable, y golpearon a las mujeres y al muchacho, repitiendo: ‘¿Dónde tienen el dinero?’ El padre, amarrado e impotente, no pudiendo soportar más la escena que presenciaba, les dijo: ‘¡Cobardes! Se ensañan con mujeres indefensas. Suéltense y peleen conmigo a mano limpia. Si me matan, por lo menos mostrarán que son hombres’. Por toda respuesta, uno se acercó a él y lo degolló. Como las pobres mujeres lloraran enloquecidas, los bandidos les dieron muerte a puñaladas, pero antes de hacerlo, primeramente decapitaron a la criaturita en presencia de los cuatro. Luego de cargar todo lo que les interesó, para asegurarse de que ninguno sobrevivía para poder delatarlos y describirlos, revisaron los cadáveres, encendiendo un fósforo y acercándolo a la nariz para comprobar si aún respiraban.

“A Marieta la ‘mataron’ en un rincón de la sala; pero no había muerto; con los ojos entrecerrados vio el procedimiento usado con los demás, de modo que cuando se acercaron a ella, contuvo la respiración durante la prueba y la dieron por muerta. Cuando se retiraron y reinó completo silencio —el terrífico silencio de la muerte de toda su familia—, Marieta fue arrastrándose penosamente hasta salir por una puerta trasera y, haciendo esfuerzos sobrehumanos y ayudándose con las manos y los pies, llegó al maizal. Allí, tomándose con una mano de las plantas, y con la otra oprimiéndose la herida que más sangraba, avanzó lentamente hasta llegar a la humilde casita de unos vecinos pobres pero agradecidos por la ayuda que la familia Fontaine continuamente les prestara. La atendieron lo mejor que pudieron para aliviar sus sufrimientos, y el dueño de casa, siempre ocultándose, logró llegar al pueblo, dar aviso de lo ocurrido y buscar al único médico de la villa”.

El Sr. Cavalieri terminó diciendo: “Parece que a pesar de

la pérdida de sangre y de sus muchas heridas, Marieta se salvará. La joven no pudo ayudar mucho a la policía: todos llevaban las caras cubiertas. Pero como es muy observadora, notó que el bandido que daba las órdenes era de gran estatura, y un detalle muy importante: le faltaba el meñique de la mano izquierda”.

Todos habían escuchado casi sin respirar. Siguió un silencio doloroso. . . La madre se enjugaba silenciosamente las lágrimas. Por fin, viendo el padre a todos los hijos con los rostros demudados por el terror, les dijo: “No se gana nada con tener miedo. Quiero que todos mis hijos aprendan a ser valientes. Vivimos en un mundo de pecado y estos horrores pueden suceder en un lugar u otro. Lo importante es no perder la cabeza ni la serenidad en los momentos de peligro. Y ahora, vamos a tener nuestro culto”.

En silencio la hija mayor se dirigió a la biblioteca en busca de las Sagradas Escrituras. . . Vaciló un momento, y al fin preguntó:

—¿Los himnarios también?

—Por supuesto —contestó el padre. Y con la mayor naturalidad, dijo—: Vamos a cantar el himno No. 255.

Los chicos buscaron en sus respectivos himnarios. . . “Castillo fuerte es nuestro Dios; defensa y buen escudo. . .” Primero con voces vacilantes, luego más firmes, entonaron ese himno de valor y de fe. Entonces, la madre abrió el sagrado libro y leyó el salmo 46: “Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. . .” Luego todos se arrodillaron y el padre elevó una ferviente plegaria: encomendaba a todos los suyos a la protección del Todopoderoso, pedía más fe y valor, rogaba que Dios consolara a los afligidos y sobre todo a Marieta en su tremenda tragedia. Al fin pedía que Dios inundara de paz y confianza sus corazones.

¡Qué maravilloso! El temor desapareció de los rostros

infantiles, y se fueron a dormir tranquilos y confiados. Por supuesto, no podemos garantizar que en los sueños de los niños, aquella noche no se entremezclara alguna pesadilla. . .

. . . .

El párrafo que iniciamos ahora será un paréntesis en este relato, porque creemos que nuestros lectores querrán saber cuál fue el fin de Marieta. Una vez restablecida, gracias a su vigorosa constitución, retiró el dinero que su padre había ido acumulando en esa firma comercial, designó como apoderado a una persona de su entera confianza para que vendiera su casa y demás propiedades, y desapareció del lugar. Varios años después, en un viaje que el Sr. Cavalieri realizara por el río Paraná, el barco se detuvo en el pequeño puerto de un centro maderero. El Sr. Cavalieri, al igual que los demás pasajeros, se dirigió al único restaurante o posada del lugar, para servirse algún refresco. Lo atendió la dueña, una señora respetable y pulcra. ¡Cuál no fue su sorpresa y alegría al reconocer en ella a Marieta! En el rostro agradable y serio, tenía una cicatriz de las muchas que recibiera aquella noche funesta que la dejó sin familia. Sin duda también habría cicatrices en su alma, pero con valor y serena resignación supo rehacer su vida. Conversaron un largo rato. Ella preguntó por las antiguas amistades, y él la puso al día. Pero ninguno aludió siquiera al trágico suceso.

. . . .

Pasaron varias semanas desde la noche en que fue saqueada y asesinada la familia Fontaine. El horror que en los colonos causara la noticia, se había atenuado gradualmente. Pensaron que tal vez los "gauchos malos" se habían trasladado a otro lugar lejano, por temor a la policía.

Pero una noche se repitió el asalto, y muy cerca de donde vivía la familia Cavalieri; sólo al otro lado del río. . . Ese río separaba dos zonas muy distintas. La zona

que se extendía al oeste de sus márgenes estaba bien poblada; los colonos no vivían distantes unos de otros. Además, allí tenían el "camino real" o carretera que unía Morón con la ciudad capital del departamento. La "mensajería" que trasladaba pasajeros, correspondencia y encomiendas de una población a otra pasaba por ese "camino real".

En dicha región estaba la "estancia" del Sr. Enrique Savarín, dueño de extensas propiedades y numeroso ganado. El Sr. Savarín residía en San Martín, capital del departamento; pero en la estancia vivía el administrador y su personal: mayordomo, capataces y peones. Los colonos eran mayormente agricultores y no había bosques densos en las cercanías. En una palabra, la civilización había comenzado hacía mucho tiempo en esa región. En cambio, el territorio que se extendía al este del río era despoblado y boscoso; y más allá de los bosques, hacia el oriente, empezaban los campos anegadizos, muy fértiles y apropiados para el pastoreo, cuando los afluentes del Paraná no se desbordaban. Sólo dos familias vivían en aquel entonces en esa inmensa región deshabitada, también propiedad del Sr. Savarín: los Cavalieri, casi diríamos en el centro del círculo formado por los bosques, y la familia del Sr. Isaías Ferrero, en el borde oriental de los mismos.

Los maleantes se estaban tornando muy audaces, al asaltar una casa de la zona poblada. Lo hicieron cuando reinaba la oscuridad y la familia estaba sentada a la mesa cenando. Procedieron en forma similar a la anterior: irrumpieron rápida y decididamente en la casa, amarraron al padre, al que sólo infligieron leves heridas y algunos golpes cuando quiso resistirse. El saqueo esta vez les reportó mayores ganancias: había una buena suma en la gaveta que les indicaron en respuesta a sus preguntas. Luego se dirigieron a la anciana madre del dueño de casa:

—Entrégnanos el dinero de hoy.



—¿Qué dinero? —preguntó ella con expresión inocente. Uno de ellos le dio una bofetada, increpándola:

—¡Vieja ladina! El dinero que te pagaron por los huevos que vendiste hoy.

Por lo visto, estaban bien informados. . . Temblando de susto y preguntándose si estos bandidos serían brujos, la anciana metió la mano en un profundo bolsillo que las aldeanas formaban en el interior de sus amplias faldas, extrajo un pañuelo en el que había atado su precioso tesoro, y se lo entregó.

Por último se dirigieron a la joven esposa:

—Abre ese baúl, y te diremos lo que nos irás entregando.

Contenía mayormente mantelería fina y otros primores de encajes, como también alhajas. Mientras les alcanzaba lo que iban indicando, con el mayor disimulo trató de ocultar entre la ropa una bolsita que contenía dinero, pero al instante recibió un planazo y, con voz ruda, uno le ordenó:

—Alcánzame esa bolsa, y es mejor que no trates de usar ninguna artimaña, porque allí en la cuna tienes una criatura. . . Supongo que prefieres que te la dejemos viva ¿no?

La pobre joven recordó la matanza de pocas semanas atrás, y dócilmente siguió las indicaciones que recibía. Se apoderaron de todos los objetos de valor que hallaron en los otros cuartos, y se retiraron obedeciendo las órdenes del jefe del grupo, el cual no participó activamente en el pillaje, sino que se mantuvo afuera vigilando. Fue evidente que los malhechores se abstuvieron de la violencia que los caracterizó la vez anterior. No sería raro que hubieran recibido una severa reprimenda del “jefe”, quien, como persona inteligente y sagaz, se habría dado cuenta de cuán innecesaria fue aquella masacre que podría motivar una acción más enérgica de la policía.

La noticia de esta nueva fechoría se extendió como reguero de pólvora, y no sólo despertó otra vez la indignación de los colonos sino también su temor. ¡La osadía de

esos cuatro asaltantes era inconcebible! Ahora no los contenía ni la relativa proximidad de los vecinos.

Cuando la Sra. de Cavalieri recibió la noticia, decidió visitar inmediatamente a la familia perjudicada. No podía remediar el daño, pero poseía un don especial para consolar y alentar a los afligidos. Les llevó un humilde presente. Así también lo hicieron todos los vecinos al visitarlos, no porque pensaran que sus obsequios repondrían las pérdidas sufridas, sino porque esa gente sencilla y sincera demostraba de ese modo su simpatía y solidaridad.

Ahora la situación de la familia Cavalieri no podía ser más peligrosa y desesperante. Para comprender el porqué de ello, y los hechos que ocurrieron después, se hace necesaria una breve descripción.

El Sr. Cavalieri administraba todas las posesiones del Sr. Enrique Savarín en la región oriental del río. Ya describimos sucintamente las características de aquella región. La propiedad del millonario, en cuanto a territorio, era inmensa, y su ganado, en especial el vacuno, se contaba por miles. Como el Sr. Cavalieri también se llamaba Enrique, sus amigos, por broma, solían llamarlo “don Enrique el pobre”, como antítesis de su tocayo.

Los Cavalieri tenían su casa en una hermosa colina, fértil y pintoresca. Los bosques formaban dos semicírculos alrededor de la colina. Una de las aberturas naturales había originado el camino que, partiendo de la casa de los Cavalieri, llegaba hasta el río y, cruzando éste, hasta la carretera y la zona colonizada. El otro camino seguía la dirección opuesta, hacia la otra abertura natural. Allí estaba la casa de la familia Ferrero. Luego el camino seguía hasta Morón. Estas dos familias eran los únicos pobladores de esa extensa región, y estaban separadas por una legua de distancia. A los dos jefes de familia los ligaba una sólida amistad, nacida sin duda de las vicisitudes y riesgos que les tocaba afrontar, propios de los pioneros. Ambos eran hom-



bres de recia constitución y fibra moral; amistosos rivales como diestros enlazadores, jinetes, nadadores y de admirable puntería con cualquier arma de fuego.

Las responsabilidades del Sr. Cavalieri en ese territorio inhóspito y salvaje requerían mucho empeño y dedicación. Desde temprano por la mañana hasta el anochecer, recorría la propiedad en compañía del "puestero" que vivía en los anegadizos campos de pastoreo, y del único peón a sueldo que éste podía pagar. Al mismo tiempo luchaba para lograr que paulatinamente penetrara también allí la civilización: había alambrado los campos, y abierto senderos en los bosques para aumentar los caminos transitables, limpios de maleza. Sembró el campo que circundaba su casa, y saneó el ganado. En todo lo secundaba don Isaías, quien, como típico descendiente de los gauchos, sólo aspiraba a una vida libre de penurias; por eso poseía unos pocos animales y una minúscula chacrita. Cuando había "yerra" o marcación de los animales, o para los rodeos que se efectuaban con bastante frecuencia con distintos fines —uno de los cuales era separar las reses para la venta—, don Enrique contrataba personal extra para la ocasión.

Y justamente pocos días antes de este segundo saqueo, don Enrique había vendido una buena partida y aún tenía en su casa la suma recibida por la venta.

Cuando la Sra. de Cavalieri regresó de su visita a la familia perjudicada, ella y su esposo mantuvieron una seria conversación. Como dijimos, don Isaías colaboraba, por amistad y por afición, en todas las arduas actividades de don Enrique. Pero debemos aclarar que la mejor colaboradora de éste era, en todo sentido, su esposa. Agil, industriosa, de una actividad incansable, dominaba el arte de transformar una humilde vivienda en un hogar agradable, no sólo por el buen gusto que manifestaba en el arreglo del interior de la casa sino por el jardín de flores con que la rodeaba. Hacía sin embargo mucho más que

esto. Mientras su esposo atendía las tareas mayores, ella, en cambio, tenía sus pequeñas "industrias": huerta, criadero de gallinas, fabricación de queso y mantequilla, cuidado de los árboles frutales y el parral. Y los productos de esas industrias caseras, los canjeaba en Morón por ropa, comestibles y otros artículos.

Criada y educada en una gran ciudad, supo adaptarse a la ruda vida del campo, sin perder la delicadeza de sus modales. Pequeña de estatura, con grandes ojos excepcionalmente dulces y expresivos, y con su lenguaje culto, exento de pedantería, nadie hubiera sospechado, al tratarla por primera vez, que poseía una voluntad de hierro y un valor rayano en la temeridad. Además tenía una gran inteligencia, diríamos casi clarividente. Tal vez era intuición femenina en grado superlativo. Lo cierto es que don Enrique confiaba mucho en las opiniones y el criterio de su compañera. Después de aquella conversación, el Sr. Cavalieri hizo ensillar inmediatamente su mejor caballo de montar y se preparó para viajar. Ante la natural curiosidad de los hijos, la madre sólo explicó:

—Papá tiene que ir a Morón y de allí a San Martín. Y no lo comenten con nadie. ¿Han oído?

Efectivamente, sin pérdida de tiempo don Enrique se dirigió a Morón y en la firma comercial de su confianza depositó, como de costumbre, la suma que a él le correspondía por la venta de los animales. Allí dejó su caballo, tomó la diligencia y viajó a San Martín para entregar al Sr. Savarín la suma "gruesa" que le pertenecía.

Y un día, alrededor de las 10 de la mañana, durante la ausencia del Sr. Cavalieri, la esposa vio que, por el camino del oeste, se dirigían a su casa cuatro jinetes. Inmediatamente reunió a los hijos mayores y les explicó breve y llanamente la situación:

—Escuchen bien: esos cuatro hombres pueden ser los malhechores que llevaron a cabo los dos asaltos que Uds.



conocen. Presten atención y sigan mis indicaciones sin perder la cabeza. Tú —dirigiéndose al mayor, de 11 años— montarás el poney, y sin apuro, como algo natural, te dirigirás a la casa de don Isaías para avisarle, y harás lo que él te indique. Uds. dos —a las dos hijas mayores, de 8 y 7 años— tomen a sus hermanitos y los llevan al bosque, por la puerta de atrás, entre la quinta y el maizal; lleven pan, maní, queso, leche y agua, y la mamadera del bebé. No permitan que ninguno salga del “monte”, y no regresen hasta que les mande aviso. Tú, la mayor, serás la responsable de todos. Y tú —al segundo varón, de 9 años— te quedarás conmigo. Ahora vamos a orar juntos, y luego, cada uno a cumplir con las órdenes recibidas.

Todo se realizó de acuerdo con las instrucciones de la madre. Cuando quedó sola con el “hombrecito” de 9 años, se arrodillaron nuevamente para invocar la protección de Dios, le dio al chico específicas explicaciones del papel que le tocaría desempeñar, y luego abrió de par en par las puertas y ventanas de todas las habitaciones, justo a tiempo, porque los cuatro individuos ya llegaban. La Sra. de Cavalieri salió, los saludó con su habitual cortesía y les preguntó en qué podía serles útil. Tan inusitada serenidad los desconcertó; eso se notó hasta en el cambio del tono con que siguió hablando el que dirigía al grupo. Amablemente explicó que estaban en viaje a una provincia vecina y no sabían qué camino les convenía seguir; que se hallaban, en realidad, un poco desorientados. La señora le dio las indicaciones solicitadas, como si creyera a ciegas en sus palabras. El hombre agradeció y preguntó si les permitiría desensillar un rato para que descansaran los caballos.

—¡Cómo no! Pasen al galpón y desensillen; pueden darles agua aquí en el bebedero. Enviaré al chico, que les entregue alfalfa o maíz, para darles de comer.

Mientras tanto la señora notó que los animales no mostraban indicio de cansancio: estaban frescos y briosos. . .

La esposa vio con sobresalto que por el camino del oeste, cuatro jinetes galopaban hacia su casa. ¿Serían los temidos malhechores?

Los hombres agradecieron y pasaron al galpón. Y el varoncito empezó a desempeñar su papel. . . Bien sabía la inteligente madre que los malevos se valdrían de la "inocencia" del niño para indagar todo lo que les convenía saber; pero ignoraban cuán bien *instruido* estaba el chico:

—No les digas nada que no te pregunten, pero todas sus preguntas contéstalas diciendo la verdad: que tu padre sí vendió animales, que viajó a San Martín para entregarle a su "patrón" el dinero de la venta. Si lo vieron a tu hermano y preguntan adónde fue, diles que "a cumplir algunas diligencias"; y con mucho disimulo fíjate si al hombre más alto le falta el dedo chico en la mano izquierda.

Todo se desarrolló como ella previó. Después de alimentar a los caballos, encendieron un fuego delante del galpón para "prepararse algo que comer", e invitaron al chico y le insistieron que fuera a comer con ellos un pedazo de asado cuando estuviera listo. Mientras tanto nuestro "hombrecito" anduvo merodeando alrededor de ellos, como todo niño curioso de 9 años. A los pocos momentos, uno se acercó a la casa y le pidió a la "patrona" si no quería venderles un queso. Ella le hizo elegir uno y se lo regaló. Después de un rato vino otro a comprar un pan. La señora le regaló también el pan. El tercero se acercó pidiendo un poco de azúcar para el mate. . . Cada uno miraba con bastante indiscreción el interior de la casa. . . Por cuarta vez se acercó el "jefe" para pedirle a la "patrona" que les concediera el gusto de que el chico fuera a comer con ellos porque les había resultado "por demás simpático". Ella accedió, agradeciendo la amable atención hacia su hijo. Y mientras comían, fue desarrollándose, sin apuro, con las pausas propias de los gauchos, el diálogo previsto.

—¿Y dónde está tu "tata"? ¿En el campo?

—No, señor, se fue a San Martín.

—¡Ajá! Larguito el viaje ¿no? ¿Se fue a caballo?

—No, señor, en la "mensajería".

—¿No vende animales tu "tata"?

—Sí, hace pocos días vendió unos cuantitos.

—Así que Uds. estarán platudos ahora, ¿no?

—No señor; papá fue a San Martín para entregarle a su "patrón" el dinero de la venta.

—¡Qué barbaridad! ¿Y él se quedó peladito después de trabajar tanto?

—No; el dinero que le tocó a él lo depositó en una casa de negocios de Morón, antes de seguir viaje a San Martín.

—¡Ajá! . . . Cuando veníamos vimos un muchacho que se alejaba a caballo. ¿Es algún amigo o pariente tuyo?

—Sí, señor; es mi hermano; él tiene algunas diligencias que cumplir cuando se ausenta mi papá.

—Y cuando se va tu "tata" ¿quedan solitos en la casa?

—Sí, señor; no tenemos miedo; primero, porque confiamos en Dios; y segundo porque somos pobres y tenemos solamente lo indispensable para vivir.

Cuando el niño terminó de comer, agradeció cortésmente "el asado que estaba muy sabroso", y luego dijo:

—Con el permiso de Uds. iré a ver si mamá me necesita para algo.

Cuando se encontró con su madre, le contó rápidamente la conversación, y añadió:

—Mamá, ¡al hombre que me hacía las preguntas le falta el dedo chico de la mano izquierda! ¡Son ellos, mamá!

Ahora la Sra. de Cavalieri también *sabía* que eran *ellos*; pero besó a su hijo, diciéndole:

—No tengas miedo. Nada nos ocurrirá. Ahora ve al pozo y tráeme un balde de agua.

A eso de las cuatro de la tarde, los hombres ensillaron sus cabalgaduras, se despidieron de la "patrona" agradeciéndole sus atenciones, y lentamente se encaminaron al bosque, hacia el este.

Mientras en la casa, la madre y el niño soportaban todas

esas horas de nerviosismo y ansiedad, ¿qué ocurría con el grupo infantil escondido en el bosque? Al principio todos los pequeños se portaron a las mil maravillas, en gran parte por el miedo, y un poco por la novedad, porque eso se parecía a un picnic; pero cuando las horas se fueron alargando y el cansancio y el sueño pusieron de mal humor a los menores, y los tábanos y mosquitos los molestaban sin tregua, se tornaron muy fastidiosos y lloraban por “volver a casa”. Entonces las dos mayores tenían que asustarlos de nuevo:

—¿Quieren que los agarren los “gauchos malos”?

O amenazarlos:

—Mamá les dará una soberana paliza si no obedecen. Ella dijo que no asomáramos la cabeza fuera del “monte” hasta que nos avisara por medio de Beto. Y así se hará.

Por fin, a la tardecita, llegó Beto con la noticia de que “podían volver a casa”, pero, “por el maizal y luego entre los árboles frutales”. Y pueden estar seguros de que no se hicieron rogar. . . También el hermano mayor llegó al anochecer. ¿Qué había ocurrido? Don Isaías estaba ausente, y las mujeres de la casa creyeron prudente que no regresara, pues podía complicar la situación. Cuando vieron que los hombres desaparecieron en otro sector del bosque, le permitieron volver.

Los hijos mayores, ya avezados a las vicisitudes y peligros de esa clase de vida, le expresaron a la madre sus opiniones:

—Mamá, ellos han estudiado todos los rincones de la casa y sus alrededores. . . Sin duda esta noche van a realizar el asalto.

—Sí, ésa puede ser su intención, aunque opino que la conversación con Beto los ha convencido de que no vale la pena. De todos modos, hijos míos, con estar asustados no van a impedir los acontecimientos. Así que ahora vamos a cenar.

Después de la cena se reunieron para el culto vespertino. Cantaron como de costumbre, leyeron una porción de las Sagradas Escrituras y la madre elevó una fervorosa plegaria encomendando la familia al Todopoderoso. Los envió temprano a la cama y les recomendó que durmieran tranquilos.

Los dos varones tenían más confianza en la fe de la madre que en la fe de ellos en Dios. Antes de dormir, comentaron en voz baja:

—En realidad no debemos estar asustados. Claro que Dios puede protegernos. . . Además, tenemos *seis perros* ¡y bien bravos que son!

Nadie los atacó esa noche, ni en las siguientes. Y de ese grupo de cuatro maleantes no se volvió a tener noticias.

Al poco tiempo hubo un nuevo jefe de policía muy valiente, y decidido a terminar con esa ola de horrores. Y siguieron varios años de paz y tranquilidad en la comarca.

## Pedro y Juan

COMO decíamos al terminar el relato anterior, hubo alrededor de siete años de tranquilidad en la región chaqueña que había sido escenario de tantos hechos vandálicos.

Los ideales de los esposos Cavalieri de que la civilización penetrara en la comarca, se iban convirtiendo paulatinamente en realidad. Varias familias se habían radicado en las cercanías como arrendatarios del potentado Sr. Savarín; éste les cobraba un arrendamiento ínfimo porque, al fin y al cabo, le convenía que su propiedad se poblara y cultivara. Había logrado que se extendiera un ramal de la línea telefónica que unía San Martín con Morón, el cual llegaba hasta la importante estancia que poseía en el territorio occidental del río y, de allí, hasta la estanzuela del Sr. Cavalieri. Gran verdad dijo Quevedo en su famosa letrilla: "Poderoso caballero es don dinero". Ahora, el administrador de la "estancia grande" y el que administraba la propiedad allende el río, como eran buenos amigos, cada noche mantenían una conversación telefónica que prolongaban a su placer, y se comunicaban las noticias interesantes, no sólo referentes a sus respectivas tareas, sino acerca de los más variados temas.

Era notable la influencia de los esposos Cavalieri entre los pobladores de aquel territorio. Ya dijimos que la señora era una mujer inteligente y culta. Además, que se distinguía por su espíritu generoso y servicial. Las madres

acudían a ella con sus pequeños o grandes problemas de amas de casa, y nunca se despedían sin haber recibido la ayuda o indicación que necesitaban. Por su parte, el esposo era un auténtico autodidacto: leía mucho, en tres idiomas, y se había convertido en un hombre ilustrado porque tenía una memoria y una capacidad de reflexión extraordinarias. Además de historia y geografía, en que era muy versado, había estudiado con empeño el código civil y el rural. Los colonos y ganaderos de ambas márgenes del río, y aun algunos comerciantes de Morón, lo consultaban cuando tenían problemas relacionados con su ocupación y con las leyes. Y en más de una ocasión los sacó de apuros.

También había progresado económicamente. Amplió su casa y destinó una de las habitaciones para escuela. No faltaban alumnos: todas las familias tenían muchos hijos, como ellos. Antes de que los Cavalieri establecieran "su escuela", los padres o las madres, al igual que los esposos Cavalieri, se habían desempeñado lo mejor que pudieron como maestros de sus hijos, de modo que, aunque el alumnado en total no pasaría de 20 niños, había que separarlos en varios grados, desde primero a cuarto. El primero que desempeñó el cargo docente en esa escuela fue el hijo mayor de los Cavalieri; pero sólo durante las vacaciones, porque tres de ellos, los dos varones y la hermana mayor, asistían a un colegio de internado en una ciudad lejana. Después de este "ensayo", que evidenció cuán grande era el interés de padres y niños, el Sr. Cavalieri empleó, durante varios años, a un maestro o maestra, a quien, además del sueldo, le daba alojamiento y pensión en su hogar.

Entre los alumnos que concurrían a la "escuela de don Enrique", había dos hermanos, Pedro y Juan, huérfanos de padre y madre, pero criados por una buena familia, como hermanos de sus hijos, todos varones. Tendrían 15 y 14 años, respectivamente. Pero era común en aquel lugar que varios de los alumnos hubieran pasado la edad de la niñez.



El maestro notó en pocos días cuán diferentes eran los dos hermanos en inteligencia y temperamento: Pedro, aunque tímido y más bien lento para aprender, era tenaz en el estudio, cumplidor de sus tareas, respetuoso con el maestro y bondadoso con sus condiscípulos. Juan, en cambio, captaba con asombrosa rapidez las explicaciones, aprendía con mucha facilidad, era inquieto y vivaz. Además, físicamente, era alto, musculoso, fuerte y ágil. De modo que pronto la mayoría de los niños, inconscientemente, comenzaron a considerarlo una especie de superhombre. Y después de un tiempo, cuando comprobaron que era el jinete más diestro de la muchachada y que tenía una puntería que los dejaba con los ojos grandes y la boca abierta de asombro, la admiración se transformó en una mezcla de veneración y temor, porque Juan hacía valer sus "derechos" sin admitir discusión.

Cuando los dos hermanos terminaron el cuarto grado, último que se ofrecía en la escuela de los Cavalieri, hacía mucho que a Juan todos lo conocían como "Juanote", porque se había convertido en un gigantón; y a él no le disgustaba el aumentativo de su nombre.

Entonces Pedro le manifestó al Sr. Cavalieri su deseo de que lo empleara como peón en su estancia. Don Enrique accedió gustoso, porque Pedro ya se había acreditado como vaquero eficiente: trabajador, responsable y conocedor de todas las tareas propias de un ganadero. Así, Pedro se convirtió en otro "mensual" permanente de la casa.

—También puedo darle trabajo a Juanote —dijo don Enrique, que conocía la destreza y vigor del hermano menor.

—Gracias, don Enrique; pero Ud. sabe que Juanote es intranquilo, y dice que quiere probar suerte en algún lugar nuevo.

Hacia algún tiempo habían trasladado de esa sección al

jefe de policía, que tan enérgicamente se ocupara en limpiar de maleantes la comarca. En cuanto a Rinaldi, la "mente" que se suponía había dirigido las "actividades" de los facinerosos, continuaba apareciendo en Morón, aunque cada vez con menos frecuencia. Si alguien bastante osado le dirigía la palabra: "¡Pero, don Rinaldi, qué poco se lo ve por acá!", "¡Que quiere, amigo, los negocios requieren cada vez más mi presencia en la capital! Ando ocupadísimo", era la respuesta pronta, siempre acompañada de una sonrisa imperturbable.

De repente empezaron a correr rumores acerca de nuevos malhechores que se dedicaban con preferencia a robar animales, cada vez en mayor número. Luego los vendían en alguna otra provincia, con otra marca y señal.

Otro rumor estaba preocupando al Sr. Cavalieri. Tenía un tío materno, el Sr. Castellani, especie de señor feudal —quizá tan rico como el Sr. Savarín— que vivía en una estancia amplia y cómoda, con su numerosa familia, pero aislado del resto del mundo; tal vez en parte debido a las circunstancias, por haberse establecido desde sus comienzos en una región apartada y poco accesible. Pero sin duda, su aislamiento se debía mayormente a que ese modo de vivir le agradaba. Si algunos parientes o amigos decidían llegar hasta su remota mansión para visitarlos, los recibía cordial y alegremente, él y su esposa los agasajaban con liberalidad y les insistían que "por favor" se quedaran más tiempo. Pero si se los invitaba a retribuir la visita, el Sr. Castellani tenía mil razones que le impedían abandonar, aun por unas horas, sus propiedades. ¿Y salir de paseo con la familia? ¡Imposible!

Y ahora se rumoreaba, cada vez en voz más alta, que su tío mantenía relaciones de íntima amistad con ese Sr. Rinaldi; que éste lo visitaba asiduamente y a veces permanecía allí durante meses escondido. . . Unos albañiles amigos de don Enrique habían trabajado varias semanas

para el Sr. Castellani haciendo algunas ampliaciones y mejoras en la casa. "Sí, es verdad —decían—, ese individuo entra y sale como uno de la familia. Es simpático y cortés con todos. El dueño de casa y él son buenos ajedrecistas y juegan hasta altas horas de la noche. Pasan horas conversando en el escritorio. . . " Don Enrique sentía afecto por su tío y familia. Creía que era un hombre honesto. ¿Qué motivos lo habrían obligado a comprometerse de tal manera con ese personaje inteligente y siniestro? ¿Si sólo pudiera persuadirlo a vender todo y trasladarse a Morón o a algún otro centro civilizado! Las hijas ya eran señoritas y muy hermosas; necesitaban vivir en un ambiente de mayor cultura. . . Pero, conocía a su tío. . . con *sus ideas* demasiado arraigadas.

Una noche en que don Enrique se disponía a iniciar su acostumbrada conversación telefónica, su amigo de la "estancia grande" se le adelantó y llamó primero. Hablaron unos momentos sobre las tareas de rutina, y a los pocos minutos de comenzar con el renglón de las noticias generales la familia notó que el Sr. Cavalieri escuchaba sin hacer los comentarios de costumbre y que la expresión de su rostro se tornaba más grave y sombría cada vez. Al fin dijo:

—Gracias, amigo. No sabía nada—. Y colgó el tubo. Se quedó absorto y silencioso por un rato, y luego dijo:

—Han asesinado al tío Castellani, y la noticia me ha llegado con mucho atraso. Ya lo deben haber sepultado.

La Sra. de Cavalieri en seguida pensó en la aflicción de los deudos.

—¡Pobre tía, y las chicas! ¡Qué horrible! Irás a visitarlos en seguida ¿verdad?

—Por supuesto. Mañana temprano. Y tal vez me quede un día o dos, si me necesitan.

Así fue, en efecto. La familia desesperada no atinaba a otra cosa sino a llorar lo ocurrido. De modo que se sintió

no sólo consolada sino aliviada con la presencia de una persona capaz de orientarla y hasta decidir por ella.

Cuando don Enrique regresó, contó a los suyos cómo ocurrió el crimen. A media tarde, cuando el hijo mayor, ya hombre, recorría los campos con un peón y el hijo menor estaba ocupado en el tambo, se acercaron dos hombres a caballo. El Sr. Castellani, siempre atento, salió a recibirlos, mientras la esposa y las hijas observaban por las ventanas. Cuando el dueño de casa se adelantó a saludarlos, uno de ellos le dijo algunas palabras que las mujeres no alcanzaron a oír y, luego, con asombrosa rapidez extrajeron sus revólveres y los descargaron sobre él, causándole una muerte instantánea. Siguieron momentos de completa confusión. Las mujeres, enloquecidas, rodearon el cadáver. El hijo menor, al oír los disparos, corrió del tambo a la casa y se halló en presencia de la trágica escena. Fue, sin embargo, el único que recordaba haber visto dos jinetes que se alejaban al galope y se perdían entre los bosques.

Tanto la esposa como las hijas manifestaron que los asesinos eran enteramente desconocidos para ellas. Además, don Enrique comprobó que sus parientes revelaban una gran ingenuidad e ignorancia, propias del aislamiento en que habían vivido. La excepción era el hijo mayor; ya hombre, como único encargado de los negocios de su padre, a menudo iba a Morón o a otras poblaciones y trataba con la gente. Siempre guardó discreto silencio ante las distintas conjeturas que se hacían en cuanto al motivo del crimen: que Rinaldi mandó matar a su "amigo" porque éste sabía más de lo conveniente; que algún otro "jefe" menor ordenó su muerte, desconforme con esa íntima amistad que podía perjudicarlos a todos; que sin duda, en las palabras que uno de los "ejecutores" le dirigió, estaba la clave de todo, pero esas palabras sólo las oyó el extinto. Cualquiera hubiera sido el motivo, el Sr. Castellani se llevó el secreto a la tumba.

Poco tiempo después la familia se trasladó a Morón. La madre trató de resarcir el daño causado a las hijas, haciéndolas estudiar en escuelas particulares. Pronto se hicieron de amistades y formaron sus propios hogares.

Los lectores sin duda se estarán preguntando qué tendrá que ver la historia de los Castellani con Pedro y Juan, los hermanos cuyos nombres sirven de título a este relato. Pues ya lo verán.

Pedro desempeñaba con eficiencia todas las tareas que le correspondían y cada día aumentaba la confianza de don Enrique en él como joven honesto y responsable. Como era lógico, tenía libres los fines de semana. Don Enrique daba por sentado que Pedro pasaba esos días con la familia que lo había criado, y se distraía en compañía de sus "hermanos de crianza". Pero hacía semanas que observaba algo extraño: el joven regresaba preocupado y cada vez con menos disposición de conversar. Sólo cuando se entregaba de lleno a sus ocupaciones parecía reanimarse. El Sr. Cavalieri pensaba:

—¡Qué raro es este Pedro! Parece que le agrada más trabajar que salir a distraerse. Será que anda sufriendo por amores contrariados. . .

Pero un día don Isaías le reveló el misterio.

—Don Enrique, ¿no sabe Ud. que Juanote pertenece a la banda de forajidos, y que él y otros "compinches" se esconden en estos montes cercanos?

—¿Y Pedro lo sabe?

—¡Claro que lo sabe! Por eso anda tan afligido, porque ha procurado "encarrilarlo" de nuevo y no ha conseguido nada. Juanote le ha dicho: "Es inútil cuanto me digas. No puedo salir de esto. Mejor que no me busques ni me veas más".

No hacía mucho habían nombrado un nuevo jefe de policía en San Martín, encargado de limpiar de maleantes toda la región chaqueña. La elección no podía ser más

acertada: el hombre poseía coraje hasta la temeridad. Además era buen organizador, enérgico y tenaz. Coincidió con uno de los objetivos que se había propuesto el nuevo presidente de la nación: eliminar de todo el país los malos elementos, malhechores y ladrones.

De ahí que los forajidos fueran replegándose cada vez más al norte, donde los bosques chaqueños les servían de refugio. Y por necesidad, y también por venganza, cada noche mataban algunos de los mejores animales, escogían una pequeña porción y abandonaban los cuerpos en distintos sitios. A veces únicamente los cuervos que revoloteaban en cierto lugar orientaban a los ganaderos para encontrar los cadáveres.

El puestero del Sr. Cavalieri, don Alfonso, hermano de don Isaías, ardía de indignación porque cada mañana encontraba, acá y allá, varias hermosas reses sacrificadas, casi intactas. Eso revelaba el deliberado propósito de causar daño sin necesidad. Fue a entrevistarse con el Sr. Cavalieri.

—Don Enrique, esto es insoportable. Es necesario denunciar el hecho. La policía debe tomar cartas en el asunto.

—Lo he pensado, Alfonso; pero he llegado a la conclusión de que, lo único que vamos a conseguir por el momento, es ensañarlos más.

Pronto el jefe de policía de San Martín se organizará y a todos esos maleantes ya les llegará también su hora.

Lo que don Alfonso le dijo al Sr. Cavalieri se lo expresó también a otros. Lo cierto es que un día le llegó un mensaje de Juanote:

—No intervengas, Alfonso. De lo contrario, lo pagarás con tu vida.

Muchos se enteraron de la amenaza y le aconsejaron a don Alfonso que fuera prudente y callara. Por supuesto, los más enérgicos en aconsejarlo fueron don Isaías y don Enrique.

Un día, a mitad de la semana, Pedro se acercó a su patrón y con mucho nerviosismo le pidió que le concediera ese día libre en vez del fin de semana.

—Quieres hablar con Juanote, ¿verdad? —inquirió bondadosamente don Enrique. Pedro enrojeció hasta la raíz de los cabellos, y balbuceó:

—¿Ud. . . lo sabía. . . don Enrique?

—¡Vaya, muchacho! ¡Lo sabe todo el mundo!

—¿Y no me ha despedido del trabajo? —preguntó cada vez más desconcertado.

—¿Por qué te había de despedir? Tú eres una persona y Juanote es otra ¿no? Muchos me han dicho que soy demasiado confiado. Pero, la verdad es que confío en ti. Puedes ir, aunque dudo que ganes algo.

—Es que tengo algo especial que decirle. . .

Pedro se fue. Quién sabe a qué hora de la madrugada regresó; pero al otro día estaba listo como de costumbre para iniciar su trabajo.

—No necesitabas levantarte temprano hoy. ¿Y cómo te fue? ¿Y qué era eso especial que tenías que decirle a tu hermano?

—Tenía que decirle que no fuera desagradecido con Ud., que le debía muchos favores, y no lo perjudicara.

Guardó silencio, un silencio cargado de bochorno y amargura.

—¿Y qué te contestó? —lo apremió don Enrique.

—Que no. . . que no quiere hacerle daño, pero que Ud. no debe denunciarlo, porque si lo hace. . . se verá obligado. . .

El muchacho estaba tan abatido, que don Enrique, conmovido, le palmeó la espalda y lo animó:

—Tú has hecho todo lo que estaba de tu parte. No te mortifiques más. Y por mí no te preocupes. Ya sabes que nada me impedirá cumplir mi deber cuando sea necesario. . . Puedes ensillar; vamos a dar una vuelta por el campo.

Don Alfonso era tozudo cuando se trataba de algo que él consideraba su deber. Así que, a pesar de los consejos, un día, cuando tuvo que ir a Morón, pasó por la comisaría e informó que los malevos “carneaban” cada noche varias reses del ganado que estaba a su cargo.

Ocurrió dos días después. Era época de vacaciones, de modo que don Enrique, los dos hijos mayores, Pedro, don Isaías, y otro hijo de Cavalieri, que aún era niño pero ya todo un vaquero, habían salido a recorrer el campo. La Sra. de Cavalieri estaba sola con sus hijas y los chicos menores. De pronto les llamó la atención un jinete que se acercaba a toda carrera. Cuando estuvo más cerca, reconocieron a Luisito, el hijo de don Alfonso, de siete años. Al ver que el chico no aminoraba la velocidad, la familia en pleno se dirigió al portón. Allí Luisito detuvo abruptamente su caballo. ¡Estaba blanco como un papel! . . . ¡Aterrorizado!

—Señora. . . Juanote lo mató a mi papá —alcanzó a decir y rompió a llorar, echado sobre el caballo.

Suavemente la Sra. de Cavalieri lo bajó del caballo y con todo cariño lo llevó a la casa. Lo dejó llorar, le dio algo fresco de beber, y luego le dijo:

—Ahora, hijito, cuéntamelo todo. ¿Dónde está tu papá? ¿Cuándo sucedió lo que me dijiste?

—Ahorita nomás, señora. Veníamos para acá. Mi papá quería hablar con don Enrique. Y cuando entramos en el camino del “monte” —señalando a uno de los senderos abiertos por el Sr. Cavalieri en el bosque oriental— Juanote apareció entre los árboles apuntando con el revólver y le dijo: “Te lo avisé, Alfonso, y no me hiciste caso”. Mi papá quiso sacar su arma, pero Juanote le “tiró” tres tiros. En seguida se metió en el “monte”. Mi papá cayó primero sobre el caballo y alcanzó a decirme: “Avísale a don Enrique”. Entonces se cayó al suelo. Yo me bajé y vi que ya estaba muerto.





El pobre niño fue contando la tragedia, sacudido por los sollozos. Después de decirlo todo, se sintió más aliviado.

En cambio, la Sra. de Cavaliere estaba desesperada. ¿A qué hora regresarían los hombres de su recorrido? No había un solo hombre a quien avisar. ¡Ganas tenía ella misma de enganchar los caballos al coche e ir a buscar el cuerpo de la víctima! Pero sabía que, en casos de homicidio, no se podía mover el cadáver sin autorización de la policía.

Por fin empezaron a regresar los hombres, y como no iban ni volvían en un solo grupo, dos de ellos lo hicieron por ese sendero y vieron el caballo de don Alfonso, ensillado pero sin jinete, inmóvil en cierto lugar. ¡El noble animal no se había separado de su dueño! Se acercaron y se encontraron con el amigo muerto. Por venturosa casualidad, uno de los últimos en regresar fue don Isaías. Para entonces, ya don Enrique estaba a mitad de camino hacia Morón. Denunció el hecho y pidió autorización para sepultar al extinto. Dos policías lo acompañaron al regresar. Tal como se lo dijera a Pedro, a don Enrique “nada le impidió cumplir con su deber cuando fue necesario”.

Tenían que cruzar el río para sepultar a don Alfonso, porque en la región oriental aún no había cementerio. Fue una ceremonia sencilla pero inolvidable para todos los vecinos que, de ambas márgenes, se reunieron para despedir a otra valiente víctima del salvajismo. Nadie lo había visto jamás llorar a don Isaías, pero cuando acercaron a la fosa el ataúd que contenía los restos de su hermano, se enjugó las lágrimas y con la voz ronca y quebrada, le pidió a su amigo:

—A ver, don Enrique, hable unas palabras o lea algo del Libro y diga una oración.

Don Enrique nunca estaba desprevenido: había llevado “el Libro”, “por las dudas, si me piden”, como había dicho. Abrió las Sagradas Escrituras y leyó en el capítulo 40 del profeta Isaías: “Toda carne es como la hierba, y

“Te lo avisé, Alfonso, y no me hiciste caso”, gritó Juanote. Y acto seguido lo ultimó a balazos, sin darle tiempo para defenderse.



toda su gloria como la flor del campo. . . Sécase la hierba, cáese la flor, mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre". Luego habló pocas palabras, muy solemnes, sobre la necesidad que todos tenemos de vivir de tal manera que, si la muerte nos sorprende, estemos en paz con Dios. Después elevó una sentida plegaria. Tampoco a don Enrique lo habían visto llorar, pero cuando empezaron a cubrir de tierra la fosa que guardaba el cuerpo de su fiel y honesto colaborador, se alejó del lugar limpiándose los ojos.

Cuando regresaron del sepelio, don Enrique reunió a su familia y pidió que Pedro también estuviera presente. Se dirigió a los hijos varones, pero sin duda quiso que todos escucharan sus palabras:

—Desde hace tiempo, varios de mis amigos, y últimamente Uds. con mucha insistencia, me han dicho que debiera andar armado, especialmente cuando salgo solo. Tal vez ahora se hayan convencido de lo inútil que es el arma en las circunstancias actuales. Por buenos tiradores que seamos, los maleantes están en el "monte" y nosotros en campo abierto. Nuestra mejor arma es la protección de Dios, siempre que confiemos en él. Si él ve que aún no ha llegado nuestra hora, nos defenderá.

Uno de los hijos lo interrumpió:

—Entonces ¿por qué te perfeccionaste como tirador y nos has estimulado a ejercitarnos nosotros también?

—Porque necesitan buena puntería para defenderse de los animales peligrosos. Y otra cosa: no hay que confundir valentía con imprudencia. Alfonso fue imprudente y desafió la amenaza de Juanote; y todo su valor no le valió de nada porque estos facinerosos matan a traición.

—Pero tú ahora fuiste a demandarlo, y él te amenazó a ti también —volvió a replicar el hijo.

—Una cosa es que nos "carneen" algunos animales, y muy diferente es que maten a un hombre. Y si yo no iba,

Uds. saben quién lo haría ¿no? Don Isaías. Así que sólo cumplí con mi deber. Bueno, ya les he dicho lo que quería decir.

Lo que don Alfonso no supo esperar con paciencia, se realizó al poco tiempo. El personal de los distintos centros de policía fue debidamente organizado, adiestrado y armado. Y empezaron las redadas también en los bosques chaqueños. Muchos de los forajidos lograron escapar a otra provincia, pero también allá se les declaró guerra sin cuartel.

Y en una provincia lejana, una patrulla de la policía se encontró con el resto de la banda de Juanote. Varios se entregaron. Juanote, en cambio, confiando en su infalible puntería y en su destreza de jinete, huyó mientras disparaba contra los patrulleros, con la esperanza de ganar el bosque. Pero en la patrulla también había diestros jinetes y excelentes tiradores. Y Juanote cayó, muerto a balazos.

Pedro sufrió al saber el fin de su único hermano, aunque desde hacía tiempo temía que tarde o temprano ocurriera esto.

—¡Qué le vamos a hacer! El que mal anda, mal acaba —fue su filosófico comentario.

Los dos hermanos fueron criados por la misma honesta familia; los dos concurrieron a la misma escuela y recibieron las enseñanzas de un excelente maestro. Los dos tuvieron las mismas oportunidades. Pedro escogió el camino del bien y del trabajo. Crió luego su propia familia y vivió independiente, en forma sencilla pero honesta. Juanote, mucho mejor dotado por la naturaleza, escogió el camino torcido y acabó tristemente su vida, perseguido como una fiera.

Una vez más se comprobó en estas dos vidas, que "cada uno es arquitecto de su propio destino".

## El Collar de Perlas

CUANDO yo era estudiante en un colegio de internas, solía venir cada semana una de las profesoras a ofrecernos una plática sobre algún tema especialmente apropiado para señoritas. Nos alegraban estas visitas porque siempre tenían algo interesante y *diferente* para nosotras. Una de esas profesoras nos contó el siguiente relato, y antes de comenzar lo dijo: "Ojalá le sea de provecho siquiera a *una* de mis oyentes". No sé si le sirvió de ayuda a otra de las jovencitas; pero sé que por lo menos para una fue providencial, porque precisamente en esos días se hallaba en una encrucijada y le resultaba difícil decidir cuál camino seguir. Así que hoy, al reproducirlo, digo como aquella profesora: "¡Ojalá le sirva de ayuda aunque sea a uno de mis jóvenes lectores!" Y ahí va el relato.

Cuando Lucía subió a la plataforma de su pequeña iglesia para cantar un himno, vio que en la concurrencia había una señora desconocida. Como siempre, cantó con todo fervor, y su voz preciosa resonó en todos los ámbitos de la iglesia. Mientras cantaba, no pudo menos que notar que aquella desconocida escuchaba con excepcional atención.

Terminado el culto sagrado, al salir los feligreses, una amiga de su familia se acercó y le dijo que una dama quería saludarla. Después de los saludos y frases de rigor, la señora le manifestó sin rodeos: "Hija, tienes una voz maravillosa que sólo necesita ser educada para que llegues a ser una

cantante famosa. Yo me ocupo en educar las voces, es decir, las voces privilegiadas. Habla con tus padres y dame la respuesta. Estaré aquí tres días. Si aceptas, haré en seguida todos los arreglos pertinentes en la ciudad de X donde vivo.

Lucía llegó muy pensativa y excitada a su casa. Le contó el incidente a su madre y le extrañó ver que, a medida que avanzaba en el relato, la expresión del rostro materno se tornaba cada vez más angustiada. . .

—Oh, mamita, ¿no crees que sería maravilloso perfeccionar mi voz y cantar ante auditorios numerosos y selectos?

La madre le contestó con mucha prudencia, pesando cada palabra que pronunciaba:

—Querida, siempre creí que eras plenamente feliz en esta pequeña ciudad donde naciste y te educaste; donde tienes tus parientes y amistades; donde todos te quieren; donde ejerces con éxito tu profesión docente; donde un muchacho excelente y de buen porvenir quiere casarse contigo; y donde eres una bendición en la iglesia usando el don que Dios te concedió. Además. . . conozco a esa dama y el fin de varias personas jóvenes que fueron dirigidas por ella. Ninguna terminó como había soñado.

—Mamá, claro que he sido feliz, pero, ¿qué hay de malo en que se me ofrezcan más amplios horizontes? Claro, por un tiempo, se entiende. Además, no soy una descocada, y no veo por qué voy a terminar mal.

—Tú y yo amamos a Dios. Creo que sería bueno tomar tiempo para reflexionar y orar al respecto.

—Naturalmente. Tengo tres días de plazo para decidir.

Al día siguiente Lucía estuvo desusadamente silenciosa y esquiva. En la cena no apartó los ojos del plato, pero la madre notó que comió muy poco. También estuvo silenciosa mientras ayudaba a su madre en la limpieza de la cocina.

Como de costumbre, la abuelita se retiró a su cuarto en seguida de cenar. Se había sentado en la mecedora junto a la lámpara de pie, y tejía. De pronto vio que la puerta se abría lentamente y entraba Lucía casi en puntillas. “¡Bueno, gracias a Dios!”, se dijo la abuelita. Con esa sabiduría que prestan los años, el dolor y la experiencia, siguió tejiendo como si esa visita fuera lo más natural del mundo. Lucía acercó un almohadón a los pies de la anciana, se sentó en él y recostó la cabeza en las queridas rodillas temblorosas. Por un buen rato ninguna habló. La abuela dejó de tejer y con una mano acarició suavemente la sedosa cabellera de la nieta. Por fin la joven rompió el silencio:

—¿Te acuerdas, abuelita, que cuando era pequeña venía a sentarme aquí y no quería acostarme si antes no me contabas un cuento o un episodio de tu vida? Pues, abuelita, hoy quiero que me cuentes un cuento.

La anciana siguió acariciando la sedosa cabellera y, después de un prolongado silencio, exhaló un hondo suspiro y dijo:

—Bien, querida, creo que entre todos los episodios de mi vida y de la familia, nunca te conté la historia de tu tía Matilde. . . Hoy te la voy a contar.

Por un momento Lucía dejó de respirar mientras el corazón le latía con violencia. ¡La historia de la tía Matilde siempre había sido un misterio! En la sala estaba su retrato de gran tamaño. Era una figura resplandeciente, joven, radiante de belleza, vestida de gala, el escote orlado de gasas y en el hermoso cuello un collar de perlas.

Lucía se había detenido muchas veces a contemplar extasiada ese retrato; y desde hacía un tiempo, desde que dejara de ser niña para convertirse en una esbelta joven, cuando se miraba en el espejo *le parecía* que ella *se parecía* a su tía Matilde. Un día, con cierta timidez, le preguntó a su madre: “Mamá, ¿me parezco un poquito a la tía Matilde?” Y la madre, suspirando, contestó: “Sí, hijita, te

La tía Matilde, en el retrato que estaba en la sala, se veía resplandeciente, vestida de gala, con el escote orlado de gasas y en el hermoso cuello un collar de perlas.



pareces, no un poquito, sino muchísimo; y además has heredado su voz.

“Mamita, ¿por qué nunca has querido contarme nada de la tía Matilde y me has prohibido hablar de ella con la abuelita?” —le había preguntado.

“Porque es una historia triste y le causarías dolor a la abuelita si se lo preguntaras” —le había dicho su mamá.

Era evidente que hablar de la tía Matilde era tabú. ¡Y ahora la abuelita, voluntaria y espontáneamente le contaría la misteriosa historia!

Tu tía Matilde era la hermana mayor de tu madre. Era hermosa, encantadora y amable. . . como tú, querida; y tenía la voz de un ángel. . . como tú. Era querida por toda nuestra juventud y la predilecta de las personas mayores. Y cuando cantaba en la iglesia, a todos nos parecía estar por un momento en el cielo.

Una noche, cuando había un recital especial en la iglesia, una de las familias invitó a un matrimonio que escuchó con intenso interés los números en que Matilde era la solista. Y hacían comentarios en voz baja entre ellos. Cuando terminó el recital, el matrimonio expresó su deseo de saludarla. No sólo la saludaron: conversaron largamente con ella, y más de una vez.

Una de las últimas conversaciones, quizá la última, se desarrolló en la sala de este nuestro hogar. Yo hice algo feo, algo que no se debe hacer, pero andaba tan preocupada que pegué el oído a la puerta y escuché; porque durante todos esos días Matilde no era la niña de antes y me daba cuenta de que algo grave pasaba, y yo no podía arrancarle ninguna confidencia. . . ¡ella que siempre había sido tan espontánea y afectuosa!

No pude oír todo, pero en cierto momento la dama, en su afán de persuadirla, levantó la voz y la oí decir: “Pero, criatura, ¿te vas a resignar a vegetar en este pueblecito desconocido, cuando pudieras llegar a destacarte como

cantante de primera magnitud? Créeme, mi esposo y yo sabemos descubrir las voces que triunfan; y tu voz es de ésas. Yo me ocuparé de adiestrarla; mi esposo será el empresario y en poco tiempo tendrás grandes y selectos auditorios subyugados por tu voz. Y triunfarás en ciudades importantes de distintos países, y llegarás a ser célebre. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? Además podrás vestirtte como tu bella figura merece. Y escucha: para tu primer gran recital te regalaré un collar de perlas. ¡Qué bien lucirá en tu hermoso cuello!”

Y Matilde se nos fue, a pesar de nuestros ruegos y lágrimas. . .

La dama tenía razón —continuó la abuela—; Matilde triunfó en poco tiempo, y viajó, y cantó ante numerosos auditorios, y la crítica la elogió. En un cajón de mi cómoda tengo recortes de los periódicos, con su fotografía y elogiosos comentarios. Al principio escribía con frecuencia, eufórica y deslumbrada. De repente las cartas empezaron a ser cada vez más lacónicas y espaciadas. Tampoco nos enviaba recortes de los periódicos. Por fin, repentinamente llegó un telegrama con la noticia que mi intuición de madre hacía tiempo sospechaba: “Llegaré a casa tal día. Voy muy enferma”.

La joven demacrada, pálida y escuálida que recibimos en la estación no era ni la sombra de la Matilde que habíamos despedido con dolor pocos años antes.

Cuando la estreché entre mis brazos me dijo con desesperante estoicismo: “Vengo a morir en casa. No llores, madre; yo escogí este camino”.

Su organismo estaba enteramente minado por la tuberculosis. Cuando los médicos creyeron que ya no tenían nada más que hacer, le aconsejaron “regresar a casa, alimentarse bien y descansar mucho”. Le prodigamos todos los cuidados posibles y la rodeamos de cariño y solicitud. Pero había regresado demasiado tarde. . .



Un día, cuando se dio cuenta de que su fin se acercaba, me llamó y me dijo con voz débil: "Madrecita, en el cajón de la mesita de luz hay una llave con un cordón dorado. . . ¿La hallaste? Bueno, abre ese cofre de nácar que está sobre la cómoda. . . Bien, allí hay un collar de perlas. Tráemelo, por favor". Con el corazón dolorido fui cumpliendo cada uno de sus pedidos. Tomó el collar con sus manos temblorosas y enflaquecidas. Lo miró largamente con un rictus amargo en los labios descoloridos. Luego, gruesas lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas. Al fin me dijo con voz apenas audible: "Madre, esto es lo único que me queda de todos mis sueños de gloria, placeres y riqueza. En cierto sentido podría decir que vendí mi paz y mi alma por un collar de perlas".

Tu madre y yo oramos mucho por ella, y oramos también junto a su lecho de dolor. La iglesia entera oró por ella. Sólo Dios sabe si antes de morir hizo la paz con él.

Hacía rato que la falda de la abuelita se había humedecido con el llanto silencioso de Lucía. También ella sintió que unas lágrimas ardientes caían sobre sus cabellos.

Reinó un rato de silencio consolador. Luego Lucía se levantó, besó tiernamente el rostro surcado de arrugas y dijo en voz baja: "Gracias, abuelita; no te imaginas todo el bien que me has hecho con tu sacrificio de contarme esta historia dolorosa". Salió, cerrando suavemente la puerta. Entonces la anciana sonrió entre sus lágrimas, murmurando: "Gracias, Señor, porque me diste fuerza para hacerlo".

Lucía fue en busca de su madre, la abrazó estrechamente y le dijo: "Buenas noticias, mamá; ya todo está resuelto para bien. En este hogar tan feliz y tan querido, la historia de tía Matilde no se repetirá. Mañana le daré la respuesta a la Sra. X".

La madre sólo pudo decir: "Gracias, Dios mío", mientras la besaba repetidas veces.

Antes de acostarse, Lucía se arrodilló junto a su cama y agradeció a Dios por todas las preciosas bendiciones que estuvo a punto de perder: un hogar dichoso donde era el centro del entrañable amor de dos mujeres dechados de virtud y genuina fe en Dios; un grupo de jóvenes de ambos sexos, de principios sanos y vida feliz, que la querían con sinceridad y sin intereses mezquinos; su pequeña ciudad natal donde habían transcurrido los años felices de la infancia y donde todas las personas adultas la habían visto crecer, y eran sus "tíos" y "tías" y "abuelitos"; el colegio donde cursó sus estudios elementales, secundarios y superiores; la pequeña iglesia adonde concurrió desde que tenía uso de memoria para rendir culto a Dios, y donde tantas veces alabó al Eterno con el don maravilloso de su voz. . . ¡Y con cuánto fervor los mayores decían conmovidos: "¡Amén! ¡Amén!", cuando ella terminaba de cantar! Sí, fue una oración más larga que de costumbre, porque recordó tantos motivos para dar gracias a Dios. . . Y cuando deslizó el cuerpo entre las sábanas se dio cuenta de que se iba a quedar dormida en seguidita. . . y una dulce paz inundó su corazón.





## Félix lo Pudo ... ¿Por Qué no Tú?

LO CONOCI en un congreso de jóvenes. Avanzaba por el pasillo del salón en compañía de un escritor amigo nuestro, hacia el lugar donde yo estaba. Al verlo, fue tan intensa mi compasión, que un escalofrío me recorrió la columna vertebral. A medida que se acercaban pude ver mejor su figura pequeña y contrahecha. Sentí que me dolía cada músculo y tendón del cuerpo.

El escritor le dirigía la palabra con amable naturalidad y él le contestaba sonriente. Caminaban despacio, nuestro amigo acomodando el paso al andar del inválido que se apoyaba en sus muletas. Al fin se detuvieron delante de mí. El escritor, sonriendo complacido, me dijo: "Quería tener el gusto de presentarle personalmente al joven Félix Heredia".

Ya Félix había apoyado sobre un asiento la muleta que sostenía su hombro derecho, y me tendía la mano. Su apretón fue enérgico y amistoso. Y conversamos. A los pocos instantes me había olvidado de su cuerpo. Sólo miraba su rostro: frente amplia, grandes ojos de mirar inteligente y sereno, boca firme y sonriente. Desde el mentón hacia arriba, todo era más que normal: admirable.

Después de hablar unos momentos con él, me convencí de que no sólo su mirada era inteligente. Toda su conversación revelaba una mente enriquecida por el estudio, la buena lectura y la reflexión. Ni en sus palabras ni en su

Félix tuvo muchos contratiempos mientras se adaptaba a su condición de lisiado. Pero no se dejó vencer por el desaliento, y consiguió llevar una vida normal.

actitud había un solo indicio de complejos o nerviosidad. Parecía que él mismo había olvidado por completo su figura desde mucho tiempo atrás. ¿Cómo lo había logrado?

Después de ese primer encuentro lo seguí observando. Se notaba que disfrutaba inmensamente de todo lo que se hacía y decía en ese congreso juvenil, como también del trato con los numerosos delegados, jóvenes y adultos. ¿Sería así en realidad?... No cabía la menor duda: se acercaba a todos con naturalidad y sin titubeos, e intervenía en sus conversaciones, espontánea y entusiastamente.

“He aquí un caso digno del estudio de un buen psicólogo”, me decía con bastante desconcierto y mucho interés.

Después de varios años, durante los cuales no volví a ver a Félix, los vaivenes de la vida me llevaron a desempeñar actividades docentes en una institución de otro país. Entre mis alumnos de literatura estaba Félix. Entonces pude comprobar que la convicción nacida de nuestra primera conversación era acertada: el joven poseía una inteligencia clara y vigorosa, inclinada al raciocinio filosófico, natural en las personas que han sufrido y han necesitado adoptar cierta filosofía de la vida que les permita superar sus limitaciones y convivir con los demás.

¡Y bien que sabía convivir con sus condiscípulos sin esperar ni permitir que lo trataran como a un ser distinto! Además, se reafirmó mi convicción de que los jóvenes en general tienen ciertas actitudes, un comportamiento y una psicología admirables para con sus compañeros que sufren desventajas de alguna naturaleza. Los varones lo trataban como si en todo fuera igual a ellos: jugaban rudamente con él aunque nunca lo dañaban, discutían, le contradecían y se acaloraban como con cualquier otro. Por supuesto, el trato era recíproco. . . A veces hasta le hacían jugarretas al parecer crueles: esconderle por un rato las muletas, por ejemplo. Pero todos eran sus amigos. Cuando lo atacaba

una bronquitis aguda, lo que ocurría con frecuencia porque su pequeña capacidad torácica y la debilidad del corazón lo perjudicaban en los crudos inviernos del lugar, sus condiscípulos, con la mayor naturalidad, se turnaban para atenderlo, llevarle la comida y hacerle un poco de compañía.

Pero Félix tuvo que recorrer penosamente su largo y áspero viacrucis hasta adquirir la saludable actitud mental y social que hemos descrito.

Nació con una distrofia muscular generalizada, de modo que estuvo bajo atención médica desde su más tierna infancia. Debido a la debilidad de los músculos, la columna empezó a desviarse. Desde los dos años hasta los seis, vivió con el tronco enyesado periódicamente. Corregida en apariencia la anormalidad, los padres abandonaron la ciudad y fueron a vivir en el interior, donde poseían casa y terreno. Pero, poco a poco, el niño se fue encorvando hasta convertirse en un lisiado. Entonces la familia se radicó definitivamente en la capital y el chico fue sometido a un tratamiento más enérgico.

A los diez años ingresó en una escuela para niños lisiados donde recibió tratamientos fisioterápicos, se le aplicó un corsé ortopédico y se lo alimentó adecuadamente. Al mismo tiempo completó los cursos de la enseñanza primaria, y aprendió cestería, dactilografía, encuadernación y otros oficios manuales. La mejoría en la condición física del niño era promisoría.

Desgraciadamente, a los 13 años, por causa de un lamentable accidente, sufrió horribles quemaduras en los hombros y en la espalda. Sanó de ellas. . . ¡después de 30 meses de total inmovilidad en un hospital!

Durante ese lapso, la distrofia muscular había hecho su obra; y desde entonces, el cuerpo del joven siguió deformándose hasta que necesitó muletas para caminar. Más tarde consiguió un triciclo para lisiados, que le ayudaba a

trasladarse de un lugar a otro, siempre a distancias cortas. Es claro que no lo podía usar cuando llovía, soplabla viento o hacía mucho frío, porque el vehículo carecía de toldo y de cualquier otro abrigo.

Cuando lo conocí, ya el mal de Félix era un "caso irremediable".

En cuanto a los varios oficios que aprendió, puede ocuparse en cualquiera de ellos sólo por corto tiempo, porque la posición y aun el movimiento continuado de manos y brazos le ocasionan tremendos sufrimientos. A pesar de ello, siempre trabaja, especialmente en la encuadernación, tanto como le permiten sus fuerzas, para ayudarse a ganar el diario sustento.

A pesar de los obstáculos y sacrificios que le causa su condición, completó la enseñanza secundaria y continúa siempre adquiriendo nuevos conocimientos.

Se preguntará el lector si Félix está formado de la pasta de los seres excepcionales para hacer frente a su desdicha con tal optimismo y entereza. . .

No. Como era inteligente, desde niño se fue dando cuenta de su tragedia, y a medida que crecía era más consciente del progreso de su deformidad. Y tal vez la realidad más cruel era comprobar que tenía una mente vigorosa y fructífera en el cuerpo deteriorado de un inválido.

Vivió varios años sombríos en que la rebelión y la amargura le corroían el alma, con largos períodos de profunda depresión y desaliento.

Pero, cuando tenía unos 17 años, manos amigas colocaron en las suyas las Sagradas Escrituras, y personas bienhechoras le enseñaron a estudiarlas y a encontrar en sus páginas la luz que fue disipando las sombras del pesimismo y desterrando su desesperación.

La fe y la confianza en Dios le infundieron valor, y halló consuelo en un nuevo sentimiento: el amor al prójimo. En el afán de hacer bien a sus semejantes y utilizar sus talentos

para beneficiar a otros, se fue olvidando de su propia tragedia; y aun el sufrimiento físico le resulta hoy más llevadero.

Siempre se lo ve activo y entusiasta, ocupado en su obra de bien. Sabe que su mal se agrava irremediabilmente con el transcurso del tiempo; pero ya no siente rebeldía ni amargura. Tampoco teme la muerte.

Piensa como el gran apóstol Pablo que, "aunque este nuestro cuerpo exterior se va desgastando, el interior empero se renueva día tras día".

## La Leyenda de los Pishtacos

Episodio que, con algunas variantes, reproduzco como me fue relatado por el Sr. Humberto Arias, quien, en compañía de su valiente esposa y de dos hijos de tierna edad, recorrió durante años los afluentes del Amazonas, sembrando el bien, curando a los enfermos en las poblaciones costeras y enseñándoles una mejor manera de vivir.

....

ERAN aproximadamente las cinco y treinta de la tarde. Como siempre, comenzamos a buscar un buen sitio donde pasar la noche. No nos gustaba pernoctar en lugares muy solitarios donde no hubiera por lo menos una casita habitada por algún nativo. Muchas veces no encontrábamos el sitio apropiado, y teníamos que quedar allá donde la noche nos impedía el avance. Más de una vez en esos sitios solitarios nos despertaba el extraño ruido salvaje de la selva con sus muchos habitantes nocturnos, pero de nuevo nos sentíamos arrullados por el ininterrumpido concierto que comienza apenas se disipan las sombras de la noche.

Esa tarde de diciembre avanzábamos penosamente en nuestra lancha a causa de la corriente y los desperfectos de nuestro viejo motor. Al salir de un canal vimos allá, en el recodo del río, un pequeño claro donde se levantaba una rústica chocita de palmeras, rodeada por una chacra de arroz todavía verde como la hierba. En la costa, hacia donde dirigimos la proa, había dos niñas que nos observaban mientras nos acercábamos. ¡Qué agradable encontrar un ser con quien poder hablar después de navegar todo el

día! Muchas veces no encontrábamos a nadie para preguntarle si estábamos en el verdadero río, o en algún otro brazo o afluente que nos llevaría a quién sabe qué destino.

Mi esposa, que hacía siempre de marinero, pasó a la proa para tirar las amarras. Pero ¡qué extraño! Cuando llegamos a la orilla, las niñas a quienes habíamos pensado pedir hospedaje ya no estaban. Habían desaparecido como por encanto. Sólo una docena de pollitos y una gallina nos daban la bienvenida a la vez que, al bajar, seguían mis pasos por doquiera.

Yá aseguradas las amarras, y mientras mi esposa y los niños se alistaban para cenar —y entrar en el camarote, para librarse así de los mosquitos que aparecen a esas horas como nubes reclamando también su cena—, fui hasta la chocita ubicada en medio de la chacra de arroz, seguido siempre por los pollitos que piaban queriendo dormir, al parecer. Allí había otros animales domésticos que se disponían a dormir. Llamé por todos lados. Sólo contestó un perrito raquítico que ni se molestó en levantarse para defender sus dominios. Levanté los pollitos y un patito y los ubiqué en el sitio donde me pareció deberían dormir, y corrí hacia el río, porque ya los mosquitos comenzaban a hacerse oír y sentir en todo sitio del cuerpo que estaba al descubierto. Al llegar a la orilla noté que los pollitos y el patito me seguían, el perro flaco movía amigablemente la cola alrededor de mis pies y hasta la gallina corría hacia la orilla tras sus hijuelos que se acurrucaban piando a mi alrededor. Alcé tantos como pude y regresé a la choza seguido por el resto. Esta vez llamé con mayor insistencia, y adivinando que las niñas estaban solas, y tal vez tenían miedo, les hablé amigablemente haciéndoles saber que sólo quedaría en el río con mi esposa y los niños. Pero nadie contestó. Al fin los pollitos se acurrucaron bajo su madre. La noche ya traía consigo el concierto de la selva, sobre-



saliendo en estos momentos el gran conjunto de violines tocados en todas las tonalidades por los mosquitos que hacían imposible la vida fuera del refugio de la tela metálica del camarote.

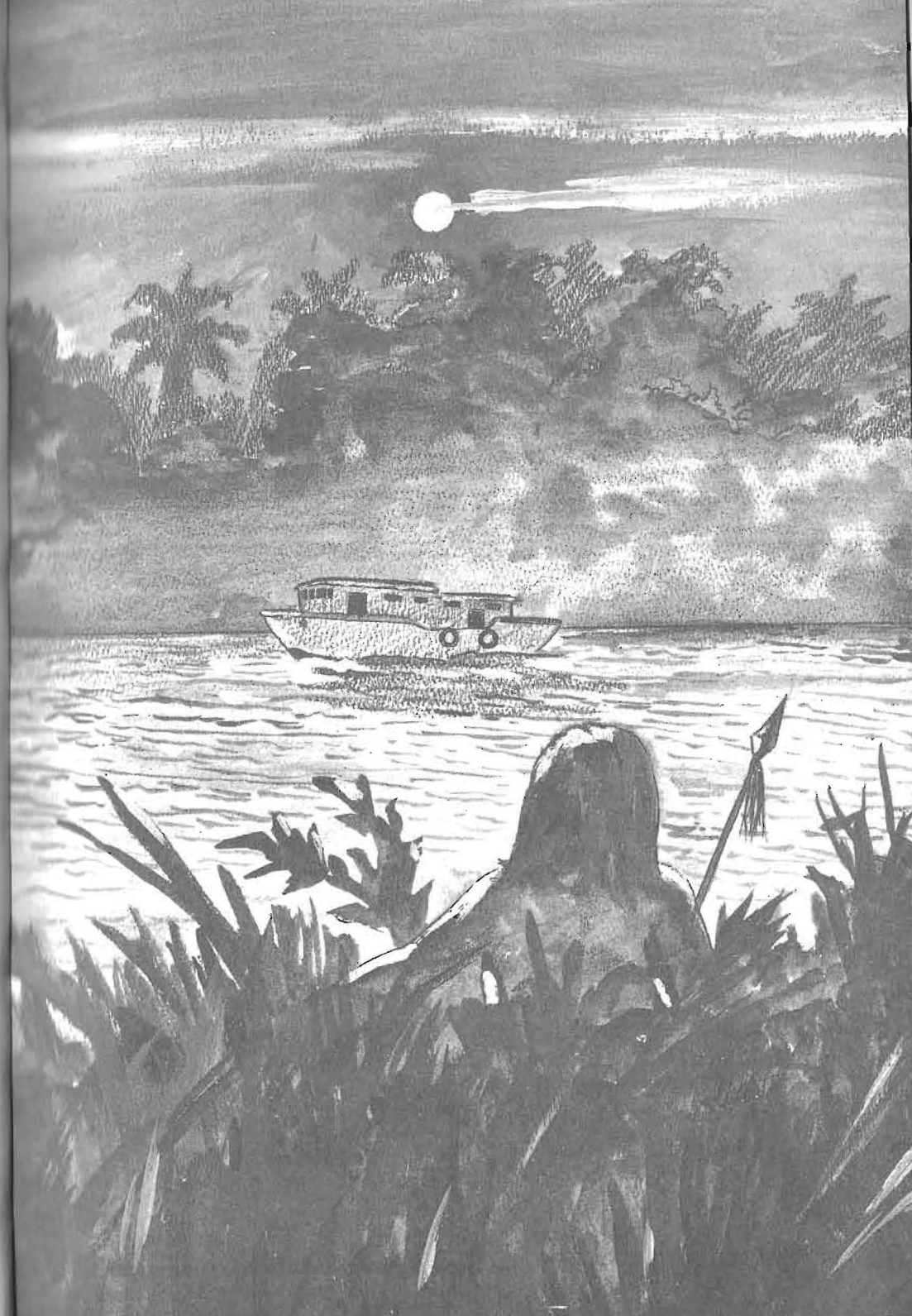
Después de un día de navegación por el río, habiendo luchado con los obstáculos que tuvimos en el viaje, era difícil quedar por mucho tiempo fuera de la cama, y esa noche, como todas, nos acostamos temprano.

A eso de las diez de la noche nos despertó el chapoteo de varios remeros que se acercaban al lugar, mientras conversaban en cocama, su lengua nativa. Era un grupo que venía en sus canoas, entre los cuales estaban los dueños del puerto en que nos encontrábamos. Habían estado en una *miuga* —fiesta nativa— y por lo tanto tenían bastante alcohol encima. Me dirigí al dueño para presentarle mis saludos y pedirle permiso para pasar la noche en su puerto. Los cocamas son muy amigables, y esa noche, la influencia del *masato* (bebida alcohólica a base de yuca) los tornó aún más amigables y contentos. Mientras amarraban sus canoas, la madre se adelantó con su gran carga sobre la cabeza y la espalda, en dirección a la casa. De pronto. . . ¡qué extraño! Gritos salvajes interrumpieron el sordo ruido de aquella hora. Estridentes lamentos, que parecían llanto mezclado con risa, retumbaban en la oscura selva, “escarapelando” todo el cuerpo. ¡Qué pasaba! ¿Qué había sucedido? La señora corría en nuestra dirección y, a la vez que vociferaba amenazante y entre llantos, que parecían carcajadas salvajes, nos reclamaba sus hijas. “¡Pishtacos! ¡Pishtacos! ¿Dónde están mis hijas? Uds. las han matado. ¡Asesinos pishtacos, devuélvanme a mis hijas!”

....

Los pishtacos, según una leyenda que todos ellos creen, son extranjeros que viajan por el río, buscando personas gordas para matarlas, sacarles la grasa y llevársela para combustible de los aviones a chorro. ¿Cómo llegó a ellos esta

Los hijos de la selva conocían palmo a palmo el terreno, de modo que no los hubieran dejado escapar. ¡Qué situación tan difícil!





idea? Gente mal intencionada inventó esta historia y la contó a los indios para atemorizarlos y estorbar así la labor de los misioneros que viajan por los ríos. Los indios la han creído y tienen mucho temor de los extraños que vienen en lanchas como la nuestra. Felizmente, esta mentira va perdiendo su efecto al convencerse los aborígenes de la buena labor de las lanchas médicas de la Iglesia Adventista, y la vida de los misioneros no está en peligro como antes por esta falsa creencia. Los nativos harían por supuesto cualquier cosa, aun matar, antes de que los llamados pishtacos los mataran a ellos.

....

Ahora la conversación agradable cambió por completo, y nuestros amigos, especialmente el padre, se aprestaron a subir a bordo de nuestra lancha. Ya no eran amigos, sino fieras más peligrosas que las que muchas veces formaron círculo a nuestro alrededor mientras estuvimos en lugares apartados y solitarios. Se sumaba a la natural fiera que adquirieron sus rostros selváticos la influencia del alcohol y el extraño lamento de la madre, que parecía cantar, llorar y reír a la vez. ¡Imposible explicar la mezcla de emociones que sentimos! Mildred, nuestra hijita de tres años, despertó y temblaba como una hoja. ¡No era para menos! ¿Qué hacer? ¿Cortar las amarras, dejarnos ir río abajo en la noche y escapar ayudados por el motor? ¡Imposible! No ganaríamos nada. Eso era tan peligroso como quedarnos. Además, ellos son hijos de la selva, y donde nosotros avanzamos con dificultad, ellos parece que vuelan, pues conocen cada palmo del río. Sería más bien provocar sus flechas contra nosotros. Pero, ¿cómo explicarles? ¿Cómo hacerles entender que no éramos pishtacos y que los pishtacos no existen? ¿Qué situación tan difícil! ¿Dejarlos entrar en nuestra lancha para que la revisen? ¿Y si enojados como estaban les hacían daño a nuestros niños?... Estaban ebrios. ¿Cómo los sacaríamos si los dejábamos

entrar? ¡Pero el padre se obstinaba en hacerlo! ¿Cómo impedirselo? Sólo nuestra confianza en Dios nos mantuvo serenos.

La madre seguía llamando a voz en cuello a sus hijas a la vez que acompañaba el nombre de ellas con su extraño lamento salvaje y aterrador. De pronto, un corto silencio fue interrumpido por una lejana respuesta río arriba. ¡Qué alivio! Tal vez eran ellas... De nuevo el grito aterrador... y ahora, la respuesta más nítida. Sí, eran ellas que venían río abajo en una canoa, acompañadas de otros hombres. Todos fueron a su encuentro y se alejaron así de nuestra lancha. ¡Gracias a Dios han aparecido! Ahora regresan, pasan de nuevo junto a la lancha y se despiden entre dientes alejándose en dirección a la choza. Nuevamente se oye sólo el ruido sordo de la vida nocturna de la selva, producido por miles de seres que duermen durante el día y de noche salen en busca del sustento. Pero ¿cómo conciliar ahora el sueño? Los nervios estaban alterados y cualquier ruido, tal vez el grito de una lechuza o el chillido de algún mono que rompía la monotonía del concierto, nos sobresaltaba y nos hacía recordar esos gritos salvajes que aún resonaban estridentes en nuestros oídos.

Al fin, todo quedó en paz. Dios nos cuidó conforme a su promesa hecha por medio del salmista: "El ángel de Jehová acampa en derredor de los que le temen y los defiende". A la mañana siguiente, otra vida muy distinta aunque no menos peligrosa asomó en la selva con los primeros rayos del sol.

Pero, ¿qué había pasado con las niñas? Creyéndonos pishtacos habían huido río arriba entre la selva, hasta un caserío, por temor de que les quitáramos la vida, y regresaron luego con los hombres que las acompañaban para el tiempo cuando calculaban que sus padres ya habían vuelto.

Esa mañana temprano abandonamos el lugar, no sin antes explicarles la mentirosa historia acerca de los pish-

tacos y hablarles del amor y la bondad de Jesús, que cuida a quienes le aman y obedecen, como lo hizo con nosotros aquella noche y muchas otras en nuestra vida de misioneros en el río. Les regalamos revistas, que ellos personalmente no podían leer, pero que tal vez alguien alguna vez leería para ellos regando así la semilla que habíamos sembrado en sus corazones.

¡Qué hermoso es confiar en Jesús y estar seguros de que nos cuida en cada instante de nuestra existencia! Pero ¡cuántos hay en la selva que nunca han oído de Dios y de su cuidado cariñoso!

## El Aventurero

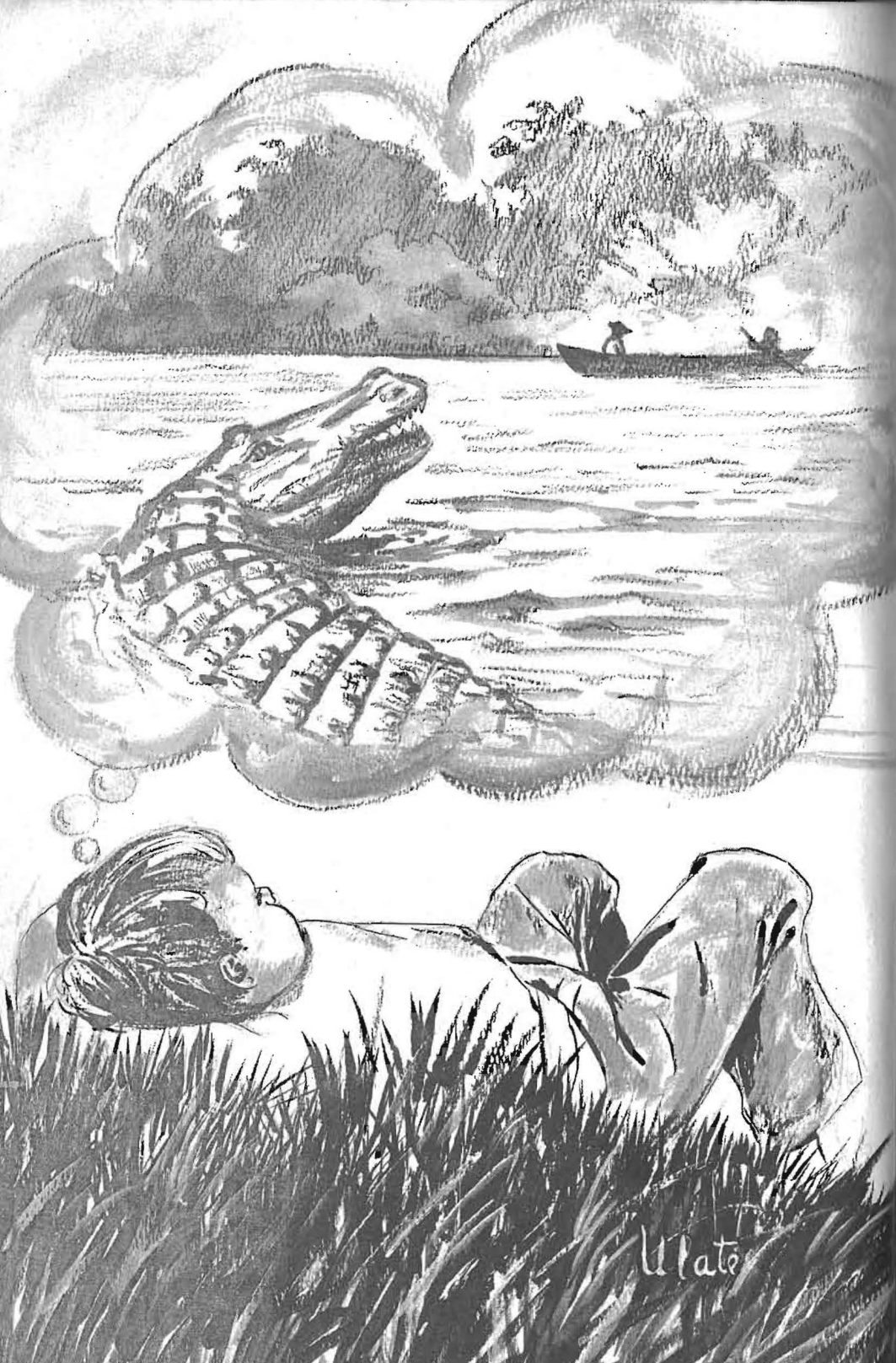
PARECIA haber nacido con sed de aventuras en todo el cuerpo. ¡Qué inquieto y movedido era!

Cuando llegó a la edad escolar, era el cabecilla e inventor de las travesuras de mayor calibre. Si había alguna refriega, se sabía por anticipado que él estaba mezclado en ella. . . si es que no la había provocado. ¡Qué pendenciero! ¡Qué día no llegaba con la ropa en jirones o con un ojo en compota, pero invicto, según su versión? . . .

Pero todo eso no satisfacía su ansia de aventuras. Estas eran aventurillas comunes, insignificantes. . . Danielito aspiraba a realizar grandes proezas y ser el héroe de hazañas escalofrantes.

A veces, cuando quería “descansar” de esa continua actividad, agotadora para su madre, el chico se sentaba a tomar el sol, cuando hacía frío, o a la sombra de un árbol, en verano. Infaliblemente su hermoso gato gris se acomodaba sobre las piernas de Danielito, y su perro de policía se echaba a su lado. El niño los acariciaba distraído, porque su mente no estaba allí: su imaginación ya lo había transportado a regiones lejanas y salvajes donde le tocaba luchar con las fieras de las selvas o recorrer ríos de impetuosas corrientes, desafiando los mayores peligros, perseguido por decenas de cocodrilos a los cuales siempre lograba burlar.

Pero más que todo, y como el más acariciado de sus sueños, lo atraía el mar. ¡Ser marino, un avezado marino



como esos viejos lobos de mar con quienes conversaba a menudo en sus escapadas al puerto! ¡Eso sí que era vivir!

Aunque parezca contradictorio, Danielito era al mismo tiempo un niño metódico y estudioso. Hasta sus travesuras las planificaba y llevaba a cabo con método. Y aunque a sus maestras les causó más de un quebradero de cabeza, sentían cierta predilección por él porque era un alumno cumplidor y brillante.

Cuando terminó sus estudios de la escuela primaria, su hermano mayor, ya hombre y bien relacionado, convencido de la vocación del chico, decidió inscribirlo en la Marina; pero los padres no consintieron: era el Benjamín de la familia, había nacido muchos años después de los otros hijos, y los padres estaban demasiado apegados a él.

En vez de permitirle entrar en la Marina, ¡lo enviaron a un colegio de internos, lejos de la ciudad! Por lo visto, los planes de sus progenitores no coincidían con los suyos. . .

¡Aquello le pareció una cárcel! Y para satisfacer en parte su espíritu aventurero, a menudo lograba “escaparse” temporariamente con algún compañero para realizar pequeñas excursiones. Hubo ocasiones en que las “escapadas” se prolongaban por semanas. Entonces las excursiones tenían más visos de aventura, para mortificación de sus padres. Pero como esas aventuras, por una razón u otra, siempre terminaban en fracaso, el jovencito se reintegraba al cuerpo estudiantil y continuaba estudiando.

Poco a poco se fue interesando en actividades y disciplinas que nada tenían que ver con sus sueños infantiles. Y cuando cumplió los 20 años, hubo un gran vuelco en su vida que definió para siempre su ideal: dedicar sus talentos y energías al servicio de la humanidad, especialmente en regiones o países habitados por seres menos privilegiados; allí donde imperaba la ignorancia, la superstición y la desidia y, como fruto de ello, la miseria y las enfermedades.

La imaginación de Daniel lo llevaba a regiones lejanas donde recorría impetuosos ríos, perseguido por feroces cocodrilos.

Eligió como compañera a una joven que compartía sus ideales. Y juntos partieron a lugares poco codiciables, donde tanto el clima como las demás condiciones de vida requerían toda clase de sacrificios y una gran dosis de adaptabilidad.

Entonces, las aventuras que ahora no buscaba, le salían al encuentro más de una vez, inesperadamente: peligros y peripecias de toda índole en los ríos, en la selva, en las montañas.

En cierta ocasión emprendió un largo viaje en compañía de un colaborador para visitar una población circundada por montañas. Querían celebrar reuniones culturales en ese pueblo y establecer una escuela para los niños.

Como permanecerían allí más de una semana, sus acémilas iban cargadas de grandes alforjas que contenían frazadas, ropa gruesa y otras pertenencias necesarias. El viaje se prolongó más de lo calculado debido a la mala condición de los caminos, de modo que la noche los sorprendió en plena montaña, en un lugar extremadamente peligroso: el sendero medía sólo 80 centímetros de ancho. De un lado, la montaña, empinada como un muro; del otro, el abismo, hondo y resbaladizo. Descargaron las alforjas y siguieron a pie, detrás de las mulas palpando con una mano la pared rocosa. A veces, para mayor seguridad, avanzaban sobre las rodillas, con una plegaria en el corazón.

Abajo, los habitantes del valle, ansiosos por la tardanza, enviaron algunos hombres con faroles. Estos montañeses, diestros y conocedores de cada trecho del sendero, cargaron con las alforjas, condujeron las cabalgaduras, y el resto del descenso resultó más fácil.

Durante los días que permanecieron en el valle, visitaron a las familias, celebraron reuniones por la noche para enseñarles cómo vivir de una manera más saludable y provechosa, y tuvieron la satisfacción de establecer la escuela que se habían propuesto.

Fue una aventura digna de ser contada cuando Daniel regresó al hogar, pero llena de zozobra al vivirla.

Con bastante regularidad y frecuencia surcaban el lago Titicaca —situado entre Bolivia y el Perú—, con su jefe y amigo, en una pequeña lancha destinada a esa obra de amor. Se detenían en las poblaciones costeras donde tenían escuelas establecidas. En algunas de esas aldeas indígenas habían habilitado también un incipiente dispensario, donde una pareja de enfermeros atendía a los enfermos de la región. En esos viajes a veces los acompañaba la familia de uno de ellos.

En la ocasión a la que nos vamos a referir viajaban también la esposa y la hijita de Daniel, además de algunos nativos que aprovechaban esas oportunidades para hacer sus diligencias y pequeños negocios.

La provechosa y placentera gira duró una semana. Al llegar a cada población y al partir de ella, los alumnos de la escuela, vestidos con sus ropas pintorescas y multicolores, formados como soldados en el “puerto” y dirigidos por su maestro, saludaban o despedían a los viajeros con cantos y una banda compuesta mayormente de instrumentos regionales, muchos de fabricación casera.

Llegó el día del regreso. Almorzaron temprano porque había unas cinco horas de navegación desde ese pueblo costero hasta Puno, donde vivían; y deseaban llegar temprano. El día era hermoso. En el cielo, de un límpido azul, viajaban sin prisa algunas nubecillas blancas y vaporosas, y ante la vista se extendía la dilatada superficie cristalina y tranquila del lago.

Pero después de unas dos horas de viaje, el cielo y el lago cambiaron de aspecto. Comenzó a soplar el viento, primero suave, luego cada vez más impetuoso que, allá arriba, reunía y multiplicaba las nubes. Estas al principio acudían desbandadas, pero gradualmente se iban amontonando con creciente velocidad. Y en el lago el viento agitaba las aguas



y formaba olas que aumentaban, momento tras momento, en tamaño y desenfreno. Al principio las nubes ofrecían un espectáculo de suma belleza, tornasoladas por los rayos del sol en distintos matices, desde el purpurino al violáceo. Pero rápidamente se convirtieron en densos nubarrones plomizos, de aspecto amenazante. Pronto el cielo estuvo completamente arrebozado en un manto gris oscuro.

Daniel estaba junto a su jefe, que era también el capitán de la embarcación. Mirando al cielo y al lago, le hizo este comentario:

—Me parece que esto se está poniendo feo.

—Opino lo mismo —respondió lacónicamente su amigo.

Como hacía relativamente poco tiempo que trabajaban en esa región, no conocían aún cómo se presentaban los fenómenos de la naturaleza. Pero cuando el joven vio la expresión seria y ansiosa en el rostro de los nativos, temió que su opinión no estuviera equivocada. Dirigiéndose a uno de los más avezados a las condiciones del altiplano, le preguntó:

—Y. . . Felipe, ¿qué piensas? ¿Tendremos tormenta?

—Sí, señor, y bien pronto, y brava.

Efectivamente, la tormenta llegaba con furia y estrépito. Empezó a retumbar el trueno, brillaron los relámpagos fulgurantes, el lago se encrespó y empezaron a levantarse olas rugientes y espumantes. El cielo cambió su manto gris por un negro sudario de nubarrones estruendosos. Y empezó a llover. Era una lluvia helada y ruidosa porque el viento huracanado silbaba entre sus gotas.

La pequeña lancha parecía una cáscara de nuez, juguete de las aguas y del viento embravecidos. Uno a uno los viajeros empezaron a marearse; primero el capitán, luego los nativos. Sólo Daniel y su esposa se libraron de este mal. El, sin duda porque cuando su amigo se sintió descompuesto, tomó la rueda del timón y concentró toda su atención y sus energías en la difícilísima tarea de salvar la

embarcación y los que la ocupaban; y ella porque se hizo cargo de la hijita, la llevó a la cabina, la acostó y arropó bien, y dividió su atención entre la criatura y el esposo que luchaba afuera contra la tempestad.

Todos se habían cubierto con gruesos impermeables; pero no les servía de mucho, porque el agua, impelida por el viento, se colaba por todas partes y los empapaba. Los pobres nativos, tapados con una lona impermeable, estaban tendidos en el puente de popa y se sentían miserablemente enfermos y asustados. El capitán, acostado en el puente de proa, cerca del piloto que lo reemplazaba, con esfuerzos sobrehumanos trataba de sobreponerse a su condición y alentar a su amigo en esa lucha a muerte contra las furias desencadenadas de la naturaleza. Ahora también la criatura empezaba a sentir los síntomas del mareo.

—Mamita, siento algo feo en el estómago.

—Ya pasará, hijita; quédate muy quieta y te voy a contar un cuento.

Era media tarde, pero las tinieblas eran más densas que las de una noche oscura. Las luces de dos potentes focos que tenía la lancha apenas alumbraban con claridad difusa unos pocos metros adelante. No sabían dónde estaban. Sólo una especie de instinto de marinero guiaba a Daniel, razonando que si siempre mantenía la proa a través de las olas iría en buena dirección, porque sabía de dónde había empezado a soplar el viento.

La lancha se encaramaba cada vez que una ola hinchaba su lomo cubierto de espuma, y luego la proa parecía hundirse en un siniestro abismo. Pero el piloto se mantenía alerta y maniobraba con firmeza.

Con frecuencia su esposa se acercaba a él y permanecía a su lado un rato para alentarlo con su compañía. Luego volvía junto a su hijita. En cierto momento, la niña le preguntó:

—Mamita, ¿quién está manejando?



—Papito, querida.

—Ah, entonces no hay que tener miedo. Vamos a llegar bien.

¡Bendita fe infantil en la omnipotencia del padre! Con razón Jesucristo dijo a sus discípulos: “Si no os volviereis como un niño, no entraréis en el reino de los cielos”. La verdad es que si confiáramos en el amor, la sabiduría y el poder de Dios como un niño confía en la infalible y total capacidad de sus padres, tendríamos más paz interior y mayor fortaleza de ánimo frente a las vicisitudes de la vida.

Hubo momentos en que el naufragio parecía inminente. De haber ocurrido éste, la muerte hubiera sido inevitable para todos, aun para los mejores nadadores, porque las aguas del lago Titicaca son heladas y, a los pocos momentos, el más robusto y vigoroso muere congelado.

Como a las ocho de la noche, vieron a lo lejos unas tenues lucecitas que fueron aumentando en brillo a medida que se acercaban. ¡Era Puno!

Mientras tanto, la tormenta había disminuido su furor: el viento era menos impetuoso y el lago se iba aquietando. La lancha marchaba a mayor velocidad y los enfermos de mareo empezaban a revivir. . . A las nueve arribaron al puerto, la mayor parte de ellos mojados hasta los huesos; Daniel, molido de cansancio y tensión nerviosa; pero todos contentos y agradecidos a Dios por haberse librado de una muerte que por momentos pareció segura.

En aquellas horas de angustia, Daniel supo lo que significaban las aventuras de un marino. . . Varias veces en lo futuro le tocó participar en la lucha contra las tempestades que los sorprendían en el lago; pero en ninguna de las otras sufrió momentos tan angustiosos, tal vez porque en esta ocasión peligraba también su familia.

Pero aún faltaban las soñadas aventuras en los ríos tropicales y la lucha sensacional con los cocodrilos. . .

Y una vez tuvo que realizar una larga gira por los ríos

afluentes del Ucayali. Acompañaba a un misionero adventista que había dedicado su vida a trabajar en bien de esas tribus selváticas. Colaborando con ese hombre en su obra de amor, mucho fue lo que vio y aprendió. ¡Cuánta superstición, cuánta miseria, cuántas enfermedades! . . . ¡Y cuán degradado aparecía el ser humano en su estado de salvajismo! Al mismo tiempo, ¡cuán notable la transformación que se operaba en la mente, el espíritu, el cuerpo y los hábitos de los que conocían y aceptaban el amor de Dios y su gracia redentora!

Un día decidieron salir muy de madrugada para aprovechar bien la jornada. Tenían que recorrer en canoa un brazo de cuatro kilómetros de largo por doce metros de ancho, que desembocaba en una hermosa laguna en cuyas márgenes vivía un grupo de familias que querían visitar. Iniciaron su viaje a las tres de la mañana, en una canoa larga y angosta que los remeros manejan con un solo remo, uno de los hombres en la proa y el otro en la popa. Era todavía oscuro. A Daniel le llamaron la atención dos hechos: uno, que el remero de proa continuamente daba un golpe vigoroso con el remo en el agua; y el otro, que en la costa, de ambos lados, había centenares de lucecitas. . . ¿Serían luciérnagas? ¡Qué cantidad! ¿Y por qué el remero golpeaba constantemente el agua?

Al fin, la curiosidad pudo más, y le preguntó al misionero cómo había tantas luciérnagas en ese riachuelo. Su compañero, en vez de contestarle, hizo brotar de su garganta un sonido extraño, un sonido onomatopéyico al que respondieron inmediatamente docenas de voces iguales. . . Al mismo tiempo sintió que algunos cuerpos se lanzaban al agua; y el remero de proa redobló sus golpes vigorosos con el remo. . . Ya aclaraba. Daniel vio en la orilla centenares de troncos de forma rara, alineados perpendicularmente hacia el agua. . . Sintió que un escalofrío le recorría la médula. ¡Los troncos eran caimanes, las lucecitas eran sus

ojos parpadeantes, y las voces que respondieron al sonido emitido por su amigo, eran *sus* voces! Hasta el día de hoy, Daniel afirma que había centenares. Ya no necesitaba recordar ningún relato de Salgari, de los que leyera en su niñez. . . Tenía suficiente con esta experiencia. En cuanto a los cocodrilos, prefería verlos en el jardín zoológico. . .

La persona que se dedica a una obra de amor en bien de los pueblos que viven en forma primitiva, se encuentra a menudo con toda clase de aventuras: peligros de toda suerte, privaciones, accidentes, cansancio, sí, mucho cansancio después de largas jornadas de servicio agotador. Al mismo tiempo, satisfacciones de carácter espiritual que no se cambiarían por ningún bien material.

Daniel ya está en el ocaso de su vida de servicio. Si pudiera hacer retroceder el tiempo y elegir de nuevo su destino. . . escogería el mismo sendero que decidió recorrer cuando tenía 20 años.

¡ Vivió las mejores aventuras!

## Luz en las Tinieblas

¡ SU DICHA sería perfecta, inefable! Hasta ese momento había tenido *casi* todo lo que un hombre próspero y enamorado podía desear: una esposa bella y buena a quien amaba mucho y con quien se entendía maravillosamente; una profesión que le proporcionaba muchas satisfacciones; una posición social y económica envidiable; y un hermoso hogar, en la amplia y cómoda mansión solariega que recibiera de sus padres como único heredero.

Sí, el Dr. Ramón Menéndez tenía todo lo que la vida puede ofrecerle a un mortal en este mundo, todo. . . menos un hijo. Ambos lo habían deseado y esperado durante varios años. Y ahora, mientras se paseaba nervioso en el vestíbulo del sanatorio, esperando. . . , trataba de dominar su ansiedad y distraer sus pensamientos, evocando el pasado y los innumerables incidentes deliciosos o serios vividos junto a la incomparable y encantadora mujer que estaba en esa sala cerrada para él, sufriendo el trance supremo que los convertiría en padres. De nuevo, para calmarse repetía por centésima vez las frases tranquilizadoras del médico: "Todo saldrá bien. Su esposa está en perfectas condiciones". Luego trataba de dialogar consigo mismo: "¿Será varón, será una nena? Hasta en ese punto hemos coincidido: quisiéramos una nena. Claro que si es un varoncito lo vamos a querer lo mismo".

Por fin se abrió la puerta y salió el médico, tranquilo, ya

listo para retirarse. El Dr. Menéndez casi corrió a su encuentro. El médico le dijo sonriendo:

—Como le aseguré, amigo, todo salió perfectamente. Lo felicito. Ya es padre de una hermosa nena.

—Gracias, doctor —murmuró apenas, y trató de hacerlo a un lado para entrar; pero el doctor le palmeó la espalda y dijo:

—No; ya no están en la sala. Las llevaron a la pieza para hermosearlas antes que Ud. las viera. De todas maneras, su esposa estaba todavía muy adormecida.

El joven papá ni alcanzó a oír las últimas palabras, porque ya se dirigía a largos pasos hacia la pieza que ocupaba su esposa. Se acercó a la cama y se inclinó casi con devoción para besar el bello rostro soñoliento. Ella entreabrió pesadamente los párpados y una dulce sonrisa se dibujó en sus labios:

—Es una nena, Ramón —balbuceó—, y se volvió a dormir.

El padre se acercó de puntillas a la cuna y contempló arrobado la carita sonrosada y la cabecita donde relucía una pelusa muy fina y dorada. . . “Será rubia como la madre”, pensó. Se veía a sí mismo tan grande y torpe, que ni se atrevía a tocarla. . . Entonces se fijó en un puñito apretado que se asomaba sobre el cobertor de encajes. . . De pronto el puñito se abrió y extendió los dedos diminutos, terminados en uñitas rosadas. Con suma delicadeza colocó esa manecita sobre su palma abierta, y sintió que lo inundaba una ternura tan honda, que casi lloró de felicidad.

¡Ahora sí podía decir que su dicha era perfecta! Acercó la cuna a la cama de su esposa y se sentó allí, cerquita, contemplando a sus dos seres amados. Cuánto tiempo permaneció así, demasiado feliz para moverse, no lo supo ni le interesaba. No necesitaba pedirle nada más a Dios. Sentía su corazón tan henchido de gratitud por tantos

dones recibidos del cielo, que deseaba ser en lo futuro más bueno y generoso con sus semejantes, en prueba de su agradecimiento.

De pronto su esposa abrió del todo los ojos, lo miró y le tendió una mano. Los dos tenían un espíritu inclinado a la fe religiosa. Les agradaba leer el Sagrado Libro, y él sentía predilección por los salmos. Por eso, en ese momento de inefable gozo besó la mano querida, y repitió con solemnidad y emoción una frase del salmo del Buen Pastor: “Mi copa está rebosando”.

—También la mía, tesoro.

La madre se sentía tan bien y la criatura estaba tan sanita y lozana, que el Dr. Menéndez decidió llevarlas muy pronto a casa. Así que en el ínterin se desplegó una actividad extraordinaria, tanto en el interior de la mansión como en el jardín y el parque que la rodeaban.

Era una de esas casas señoriales, antiguas pero de regia estructura, que había pasado de una generación a otra. Estaba situada en un barrio residencial, en un suburbio de la ciudad. El parque, con añosos árboles, muchos de ellos frutales, se extendía en el fondo hasta la otra calle. Allí había un gran portón de entrada y, cerca del portón, una casita sencilla pero decente, donde vivía una joven pareja, Manuel y Julia Olivera.

Manuel cuidaba la propiedad del Dr. Menéndez, y Julia era la mucama principal de la familia. Tenían un hijito de dos años, alegre, retozón, que vendía salud por todos los poros. Era una simpática mezcla de ambos progenitores. Del padre, en cuyas venas corría sangre de color, heredó el cabello negro y rizado, los grandes ojos soñadores y el color apenas oscuro de la piel. Los demás rasgos físicos eran de su madre, una linda criolla de nariz respingada, boca graciosa y ojos brillantes y reidores. Andresillo había convertido ese humilde hogar en un edén.

El Dr. Menéndez contrató provisoriamente los servicios

adicionales de varias personas para secundar a Manuel y a Julia en sus respectivas tareas. Y él mismo trabajaba menos horas en su estudio de abogado, para asegurarse de que, aun en los menores detalles, todo ofreciera un aspecto primoroso y acogedor, para dar la bienvenida a la reina del hogar y a la princesita. No hubiera necesitado preocuparse, porque todos estaban contagiados de su entusiasmo y se esmeraban por propia voluntad.

Andresillo, por su parte, desplegaba una actividad infatigable corriendo de la casa al parque y viceversa, tanto como se lo permitían sus rollizas piernecitas, para “inspeccionar” lo que hacían sus padres y abrumarlos con preguntas. Fácil es imaginar la excitación, expectativa y algarazara que reinaban en la casa cuando el Dr. Menéndez fue al sanatorio en busca de su esposa e hijita.

Desde ese día, la “princesita” se convirtió en el centro de atracción, no sólo de los padres sino de todo el personal al servicio de la familia. Andresillo, que siempre había gozado de muchos privilegios en la casona señorial, y que podía entrar y andar libremente en todas las habitaciones porque “el Sr. Ramón y la Sra. Carmen” sentían debilidad por él, ahora se pasaba largos momentos contemplando extasiado a esa nena más linda que todas las muñecas que viera en las vidrieras. . . ¡Y era una muñeca viva!

Su momento culminante de júbilo y legítimo orgullo fue cuando la “señora Carmen” le permitió sentarse en uno de los amplios sillones y depositó en sus brazos a ese angelito rubio. Casi no respiraba para no causarle daño. . . Sin duda desde ese instante nació en su tierno corazón el sentimiento de que nada le proporcionaría mayor felicidad que cuidar, proteger y alegrar a la hijita de los “señores”, que desde hoy sería su amita.

La criatura crecía que era un contento y su belleza aumentaba con el transcurso de cada semana. Además se iban manifestando en ella un temperamento dulce y alegre

a la vez, y una evidente precocidad intelectual. Sonreía, agitaba con deleite los bracitos y emitía gorjeos de placer en respuesta a las demostraciones de cariño. Podrían haber estropeado su hermosa disposición natural si la madre no hubiera revelado amor pero también sabiduría y firmeza al criarla, si Julia no hubiese estado siempre tan ocupada, y si la profesión del Dr. Menéndez no le hubiese requerido tantas horas fuera del hogar.

Naturalmente, la persona que estaba en contacto más íntimo con la nena, era su madre. Para cuidar de su buen desarrollo físico, tenía la ventaja de su profesión de enfermera, aunque no la ejercía activamente desde su casamiento. Pero también vigilaba y estimulaba su progreso mental y la formación de sus hábitos.

Por eso empezó a notar, primero con inquietud, luego con creciente ansiedad, algunos detalles extraños. . . Por ejemplo, su hijita manifestaba una excepcional sensibilidad a los sonidos: le encantaban los sonajeros y cualquier objeto que emitiera tonos musicales. Prestaba atención a las voces de los que la rodeaban y parecía distinguir los distintos pasos de las personas que se aproximaban. Reía jubilosa cuando oía los pasitos rápidos y vigorosos de Andresillo. Pero permanecía impasible ante los colores, por brillantes y llamativos que fueran. . .

La madre ya se había ocupado en ensayar diversos experimentos. . . ¡La verdad era tan terrible que se había resistido por semanas a admitirla! Como su esposo encontraba a su hijita casi siempre dormida, no se había despertado en él ninguna inquietud.

Una mañana, cuando Julia llegó para iniciar sus tareas diarias, la Sra. Menéndez le dijo:

—Julia, tú te encargarás de la casa y de vigilar que Juana tenga el almuerzo a su hora. Dile a Manuel que prepare el coche lo antes posible. Nos llevará al consultorio del médico a mí y a Rosalba.

Julia notó que la señora tenía los ojos enrojecidos de llorar. . . Con la voz quebrada por la angustia, habló:

—Señora Carmen, ha hecho mal en soportar solita su dolor. Como Ud. no me decía nada, yo tampoco me animaba. . .

—¿Así que te habías dado cuenta de que la nena no ve?

—Señora, ojalá nos equivoquemos las dos, pero así parece. . .

No pudo seguir hablando porque el llanto le ahogó la voz. Ya no eran “la señora” y la mucama, sino dos madres que compartían un gran dolor. Se abrazaron y lloraron las dos. Luego la Sra. de Menéndez se sintió mejor. Una pena compartida es menos penosa.

—No digas nada por ahora. Si mi esposo llega antes que yo, dile que me pareció bien que el médico hiciera un examen general. Aunque es tan sanita, nunca está de más. No hay por qué afligirlo antes de tiempo: él ni lo sospecha.

—Pierda cuidado, nadie sabrá nada por mí. Y tal vez, señora Carmen, el mal no sea tan grave como nos imaginamos.

Desafortunadamente, sí lo era. Después de un minucioso examen, el médico tuvo que confirmar las sospechas bien fundadas de la madre. Era amigo de la familia, y le habló conmovido:

—Ud. ya lo sabía, ¿verdad? Pero hay distintas clases de ceguera. El diagnóstico y el pronóstico definitivos le corresponden a un especialista. Buscaremos el mejor, querida amiga. ¿Su esposo ya lo sabe? ¿No? ¿Quiere que me encargue de la penosa tarea de notificárselo?

—No, doctor, gracias; se lo agradezco de corazón; pero es mejor que yo se lo comunique. Ramón no ha sufrido ningún gran dolor en la vida, fuera de la pérdida de sus padres, lo cual no lo tomó de sorpresa porque ya eran ancianos. ¡Pero esto será terrible! A mí ya me tocó muchas veces hacer frente a la adversidad y la aflicción, antes de

El examen del médico confirmó lo que la madre venía sospechando desde hacía un tiempo: ¡su hija era ciega!





casarme. Dios me dará sabiduría para que la infausta noticia le sea más soportable.

“¡Admirable y valiente mujer!”, pensó el médico después de despedirla.

A pesar del tacto con que la Sra. de Menéndez le transmitió la funesta noticia, su esposo quedó aniquilado. Por unos momentos que a ella le parecieron infinitos, temió que el terrible impacto hiciera peligrar su equilibrio mental. Pero cuando aquel hombre fuerte, ecuaníme, dueño de sí mismo, escondió su rostro en el seno amoroso de su compañera y estalló en sollozos convulsivos y desgarradores, el llanto de ella fluyó consolador, porque sabía que ese corazón lacerado necesitaba tal desahogo para recuperar su valor.

No podemos seguir a los angustiados padres en su larga y penosa odisea hasta convencerse de que la ceguera de su hijita era incurable. De los mejores especialistas de su país, pasaron a los más notables de otro, y de un tercero, y un cuarto. . . Hasta la llevaron a Europa y al gran país del Norte para consultar con celebridades. Cuando el padre se rindió, Rosalba tenía cuatro años.

Durante ese lapso agitado y doloroso, una metamorfosis se había ido operando en el espíritu del Dr. Menéndez. Después de cada diagnóstico desfavorable, su esposa lo veía hermético, con la mirada torva y los labios apretados, imagen viva de la rebeldía y el encono. Parecía haber envejecido: su gallarda figura se veía un poco agobiada de hombros y un rictus amargo en la comisura de los labios añadía años a su rostro antes tan juvenil.

¡El Dr. Menéndez estaba resentido con Dios! No profería frases irreverentes o blasfemas. . . Sencillamente se abstenía de nombrar al Ser Supremo y jamás leía el Libro Sagrado. Ella en cambio se refugiaba en la plegaria y en las páginas inspiradas, y al ser probada en el crisol de la aflicción recibía diariamente de Dios la fortaleza necesaria, y le

pedía sabiduría y tino para que en el momento propicio pudiera pronunciar la palabra o la frase oportuna que penetrara como un rayito de luz en las tinieblas de aquella alma atribulada. . .

Después de esos cuatro años, los Menéndez se establecieron de nuevo y definitivamente en su hogar. Julia y Manuel lo habían cuidado con mucho esmero, como quienes esperaban cada día el regreso de los dueños.

El abogado reanudó sus actividades, y su esposa se dedicó con más fervor y devoción que nunca a labrar la felicidad de la cieguita.

El regreso de la “princesita” produjo en Andresillo una alegría desbordante. Cuando se hallaban juntos, el diálogo de los niños fluía lleno de animación. Corrían por el parque tomados de la mano y el chiquillo le iba descubriendo todos los lugares encantados y los secretos de diversión: árboles donde se trepaba ágilmente y ayudaba a su amiguita a escaarlos para columpiarse luego en sus flexibles ramas; el gatito de sedosa piel que ronroneaba cuando ella lo tomaba en sus brazos; los trinos de los pájaros que pronto aprendió a distinguir; y sobre todo, el perro de pastor alemán, regalado por un amigo expresamente para la niña.

—Papá y mamá ya lo han educado para que sea tu compañero cuando yo estoy en la escuela. No le tengas miedo: será pronto tu amigo.

Estaba de más la advertencia, porque la niña no le tenía ni pizca de miedo, y como el nuevo “amigo” era un animal manso y enorme, Manuel la hacía montar sobre el perrazo y ella se dejaba conducir con risas jubilosas.

La Sra. de Menéndez presenció un día, desde la galería, los juegos y alegría de los niños, y luego se puso a reflexionar. . . Cuando el padre llegaba de su trabajo, Rosalba se sentaba en sus rodillas y le contaba los “descubrimientos” y maravillosas aventuras de cada día. ¡Qué parlanchina, contenta y excitada estaba siempre!

Rosalba no era una niña sombría. Parecía completamente dichosa. . . El padre la escuchaba encantado y la interrumpía con sus comentarios divertidos. No importaba cuáles fueran sus propios conflictos interiores, cuando estaba con su hijita se proponía hacerla feliz con su compañía.

Pero una noche, cuando la niña se quedó dormida, arrullada como siempre por las palabras amorosas de sus padres, y éstos se quedaron solos, el Dr. Menéndez dijo en voz baja como hablando consigo mismo: “¡Es extraño! Rosalba parece disfrutar de la vida y sentirse feliz como. . . como si no fuera ciega”.

Este era uno de los “momentos propicios” que su esposa debía aprovechar. . . Se sentó en el brazo del sillón, apretó su rostro al de él y con su voz dulce y persuasiva le dijo:

—Es que yo creo sinceramente que ella *es* feliz. Y nunca he notado que sienta lástima de sí misma. ¿No será que te obstinas en alimentar tu dolor? ¿No sería mejor olvidar nuestra pena y dedicarnos de lleno a labrar la felicidad de ella?

—Tienes razón, mi amor; eres maravillosa. Tú sabes que hay personas testarudas que reaccionan despacio. . . —Y sonrió por primera vez con una de esas sonrisas de antes que a ella tanto la conquistaban.

Como Andresillo asistía a la escuela por la tarde, los dos niños se pasaban las horas de la mañana jugando en el parque y se podían oír sus risas de placer. Antes de dirigirse a la escuela, el chico se aseguraba de que el perro, Leal, estuviera con la “señora Carmen” para que la niña jugara con él cuando despertase de la siesta.

Una tardecita, después de regresar de clases, Andresillo se sentó en la galería junto a Rosalba y Leal. Empezaron a conversar:

—La maestra dice que estoy progresando muy ligero en la lectura. Creo que pronto podré leerte lindas historias de los libros.

—¡Qué bien, Andresillo! ¿Y sabes? Mamita dice que pronto empezarán a enseñarme a leer a mí también.

—¿Y cómo podrás aprender a leer si no ves?

—Porque hay una escritura especial para los ciegos; se aprende a leer con los dedos.

—¿Con los dedos? ¡Nunca había oído eso!

—¿No te parece divertido? Tú leerás con los ojos y yo con los dedos.

Y rieron con carcajadas sonoras y cristalinas. ¡Hablaban con tanta naturalidad! Lo más importante era que el Dr. Menéndez y su esposa los estaban contemplando y oyendo por una ventana. El abogado rodeó los hombros de su esposa con su brazo y, con voz grave y tensa de emoción, le dijo:

—¡Qué egoísta y necio he sido! Tengo luz en los ojos, pero mi alma estaba sumida en las tinieblas. ¡Ella tiene luz en el alma a pesar de la oscuridad que materialmente la rodea!

La Sra. de Menéndez se enjugó una lágrima de ternura y gratitud a Dios, y le preguntó quedamente:

—¿Ya no estás enojado con el buen Dios?

—¡Cómo! ¿Te habías dado cuenta de eso? Eres clarividente; casi me das miedo —bromeó, y luego, con seriedad—: No, todo eso ya pasó. Estuve hojeando estos días la Biblia, y no hallé que jamás Dios prometiera a sus hijos recorrer esta vida por una senda cubierta de rosas. En cambio encontré que algunos de los personajes bíblicos más notables sufrieron grandes tribulaciones y aun el martirio: San Juan Bautista, los apóstoles de Jesucristo, Santiago, San Pedro, San Pablo. Y yo quería todas las excepciones en mi favor. Entonces me entró un gran miedo. . . : que si no cambiaba de actitud, Dios podía quitarnos este tesoro; o que, al fin y al cabo, Rosalba se sintiera más feliz con Manuel, Julia y Andresillo que con nosotros.

Así empezó una nueva etapa en la vida de ambas fami-

lias, porque todos estaban empeñados en guiar y ayudar a Rosalba para que llegara a ser una ciega buena, útil y feliz.

¡Y cosa extraordinaria! Parecía que las explicaciones de Andresillo eran más eficaces que todas las enseñanzas, mucho más pedagógicas, de los mayores, para lograr que los conocimientos penetraran en la mente de la niña, pese a las tinieblas en que vivía. Sin duda se debía a que ambos hablaban el lenguaje de los niños. Además, los dos eran inteligentes y sensibles a todo lo bello.

A veces la niña le pedía:

—Andresillo, cuéntame todo lo que ves y lo que nos rodea.

Y el pequeño obedecía con gusto y le describía todo con gran entusiasmo. Además, le hacía palpar las cosas. Parecía saber por intuición que los ciegos desarrollan extraordinariamente los sentidos del tacto y el oído. Y su amiguita lo escuchaba encantada, porque, sin saberlo, este “maestro” sabía darles vida a sus definiciones:

—¿Sabes? Tus padres te pusieron un nombre tan lindo como tú. Mamita dice que son dos nombres: Rosa y Alba. Tus mejillas tienen el color de esta rosa —y le alcanzó una rosada— y tus labios son rojos como ésta —y le entregó otra roja—. Tus cabellos tienen el color que el sol les da a las nubes cuando va saliendo de mañanita. Esa hora se llama el alba, como tu segundo nombre. El oro tiene el mismo color de los rayos del sol, y también es brillante como ellos y como tu pelo. Y tus ojos son azules como el cielo cuando está limpio en un día como hoy.

—Andresillo, ¡cómo me gusta escuchar tus explicaciones! Mamita dice que vas a ser poeta.

—Tanto no, pero me gusta la poesía —dijo el niño, halagado.

Pocas semanas después de esta conversación, cuando Andresillo tenía diez años, la fatalidad se detuvo sigilosa en el umbral de aquel feliz hogar, y luego lo traspuso despia-

dadamente. Manuel cayó enfermo, y como ocurre a veces con personas robustas, el mal lo atacó en forma fulminante. No había antibióticos entonces. A los pocos días, Julia era una viuda desconsolada y Andresillo había quedado huérfano.

Entonces se notó, como nunca, que entre los seres nobles no hay barreras sociales. El Dr. Menéndez se encargó de todas las dolorosas diligencias del caso, como si Manuel fuese su hermano. Y la Sra. de Menéndez habilitó un departamento en su amplia casa e instaló allí a Julia y Andresillo.

Ahora sí que irradian al exterior los rayos de luz que alumbraban el alma de Rosalba. Nadie supo consolar al niño como ella.

Un día las dos madres oyeron atónitas los argumentos que la niña usaba para consolar a su amiguito:

—Escucha, Andresillo: el buen Dios es más sabio que nosotros. Sabe por qué necesitamos que nos sucedan cosas tristes. Sabe por qué fue mejor para mí que naciera ciega. . . Estoy segura de que Jesús me quiere mucho, y a ti también. Tú sabes el Padrenuestro. ¿Te acuerdas que dice: “Sea hecha tu voluntad”? Yo creo que la voluntad de Dios es la mejor.

Los niños no olvidan, pero se consuelan antes que los mayores. Rodeado de cariño, y ahora que estaba más tiempo en compañía de Rosalba, Andresillo sintió de nuevo la alegría de vivir.

Una tarde, al regresar de la escuela, se sentaron en la galería, como era ya su costumbre, para conversar. Andresillo veía al empleado que reemplazara a su padre, trabajando en el jardín, y se sentía triste. Rosalba también estaba pensativa, pero sus reflexiones eran de muy distinto carácter. Por fin, interrumpió el silencio:

—Andresillo, tú eres como un hermano para mí: después de papá y mamá eres la persona que más quiero en el

mundo. Por eso estaba pensando. . . ¿Por qué no podemos ser hermanos de verdad? Papito sería tu papá y tendrías dos madres. Ya no me llamarás “niña” sino sólo Rosalba o “hermanita”. ¿Estás conforme?

Como el niño guardara silencio y ella no podía ver la expresión del rostro de su compañerito, le rodeó el hombro con los brazos e insistió:

—Andresillo, ¿no te parece bien mi plan?

El niño no contestó, pero de pronto ella sintió que unas lágrimas tibias humedecían una de sus manos.

—¡Hermanito! ¿Estás llorando? ¿Te disgustaron mis palabras? No quise decir que olvidaras a tu papá, no. Sólo quiero. . . ¡no sé cómo decirlo!, quiero que seas mi hermano de veras.

—No me has ofendido, princesita. ¡Tú nunca podrías disgustarme! Yo tampoco sé cómo explicarte. . . Lloro porque ¡eres tan buena, y me siento tan contento cuando estoy contigo! Yo también te quiero como si fueses mi hermanita, pero. . . mi familia es pobre y humilde, y tu familia es muy distinguida, ¿comprendes?

—No, no comprendo nada de eso, y creo que estás diciendo un montón de tonterías. Yo voy a hablar con mis papitos.

Resultó que el Dr. Menéndez y su esposa estuvieron de perfecto acuerdo con Rosalba. Y Andresillo y su madre quedaron definitivamente incorporados a la familia.

Pasaron los años. Los dos “hermanos” realizaron notables progresos en sus estudios. Además de las materias exigidas en los cursos, Rosalba, que tenía un talento musical extraordinario, estudió piano y arpa, y con el tiempo fue reconocida como una eximia arpista. Andrés también tenía don para la música y llegó a tocar magistralmente la guitarra.

Hacía tiempo que Andrés estaba empleado en el estudio del Dr. Menéndez, el cual lo iba iniciando en la profesión,

porque el joven había decidido ser abogado como su protector. Cuando terminó los cursos de la enseñanza secundaria, ingresó en la Facultad de Derecho.

A los 18 años, Andrés era un gallardo joven, estudioso, responsable y de una bien definida personalidad, seria y simpática a la vez.

En cuanto a Rosalba, que contaba entonces 16 años, era una jovencita de belleza deslumbrante, de modales tan encantadores y una personalidad tan amable, que conquistaba el cariño de cuantos con ella se relacionaban.

Hacía mucho que tanto el Dr. Menéndez como su esposa habían dejado de angustiarse por “la tragedia de Rosalba”. Parecía que, al verse privada de la vista, hubiera recibido del cielo tan abundantes raudales de luz interior, que no sólo iluminaban las tinieblas de su noche perdurable sino que alumbraban también la senda de los demás. Eran rayos de amor, bondad, alegría, desinterés y una disposición natural de gozar de todo lo bueno que le ofrecía la vida. Sabía como nadie disfrutar de los trinos de los pájaros, la fragancia de las flores, la frescura de la brisa, la música suave de la lluvia, el olor a hierba mojada, la serenidad de la noche. . .

También sus padres, y Andrés y su madre, aprendieron a permitir que la luz interior iluminara sus vidas en medio de las sombras del dolor y la aflicción; y este proceso, penoso pero bienhechor, los convirtió en personas comprensivas, generosas y siempre dispuestas a servir al prójimo.





## ¿Quién era la Heroína?

Incidente que me fue relatado por la Srta. Amalia Méndez, quien ha hecho de su profesión de enfermera un verdadero apostolado de amor.

.....

MIENTRAS chapoteaba en el agua inmundada que corría por la calle, y daba cada paso con sumo cuidado para no resbalar, pensaba yo: “¿En qué me vine a meter!”

Miré las veredas desiertas. Ni un alma a la vista. Y por la calle, que a esa hora se veía como un río turbio, pasaba roncando uno que otro coche, procurando evitar los baches que se adivinaban bajo los remolinos formados por el agua. Algunos vehículos, al llegar cerca de mí mientras procuraba cruzar la calle, se detenían un instante y, bajo la lluvia que arreciaba, se daban vuelta trabajosamente en busca de otro camino, ya que ese tramo se adivinaba intransitable.

“¿Seré yo la única persona de tan poco juicio que se arriesga a salir a la calle con esta lluvia torrencial y estas descargas eléctricas que me cortan la respiración de miedo?”

Allí estaba, intentando cruzar el torrente que me llegaba casi hasta las rodillas. Pero, cada vez que metía el pie en el agua era tal la fuerza con que ésta corría, que yo no podía guardar el equilibrio. ¡Qué cuadro! En una mano el paraguas, y en otra el estuche de la jeringa hipodérmica y el tensiómetro, recorría una, dos, tres, y más cuerdas, sin



encontrar un paso. Y la angustia subía de punto. ¡Tenía que cruzar a cualquier costo! Allá, en la acera del frente, en esa casita humilde me esperaban, y pronto.

Una hora antes, cuando comenzaba a llover —en el ambiente cálido de la cocina estaba a medio saborear el almuerzo—, una llamada angustiosa me hizo correr a la puerta:

—Señorita, por favor venga, que abuelita se descompuso y la llama.

Era María Angélica, una niña de familia modesta a quien había ayudado en otras ocasiones.

Mientras me calzaba las botas, me ponía el piloto y descolgaba el paraguas con la mayor rapidez posible, le pregunté:

—¿Qué le pasó?

—No sé, tiene un ataque. Casi no puede hablar, pero en lo poco que se le entiende, oímos que la llamaba a Ud.

—¿No llamaron al médico?

—Sí, papá fue a buscarlo; pero hasta que llegue no sabemos qué hacer.

Me imaginé la escena. Más que caminar corrimos en medio de relámpagos, truenos y goterones. Pobrecita; con voz entrecortada por el apuro y la aflicción me iba relatando sus momentos de angustia, esos que ocurren en tantos hogares sin que a veces nadie se percate, ni se interese en saber.

Llegamos. La abuelita presentaba un cuadro tal cual me lo temía y suponía. La madre de María Angélica lloraba, esforzándose por dominarse.

Hice lo mejor que pude con la ancianita, calentándole los pies, acomodándola y alentándola hasta donde parecía comprenderme, y mientras esperábamos al médico le tomé la presión arterial, la temperatura y demás.

—¡Qué alivio, llegó el médico! —suspité.

De un vistazo se dio cuenta de la triste realidad. Le hizo

luego una revisión minuciosa y recetó varios medicamentos. Le administró inmediatamente uno que llevaba consigo, y dijo:

—En cuanto consigan la receta le aplican esta inyección.

Dio algunas recomendaciones más, y se fue.

—Voy a buscar una farmacia que esté de turno —dijo el padre de María Angélica.

—Un momento —observé—; esta medicina inyectable la tengo en casa, casualmente. Hasta que la consigan de la farmacia (a esa hora casi todas estaban cerradas) podemos salir del apuro.

—Bueno, está bien —dijo el señor Rodríguez—. Yo corro en busca de alguna farmacia de turno mientras Ud. trae una de su casa, ya que tiene.

—Sí —los tranquilicé—, voy volando en busca de la jeringuilla y el remedio, y vuelvo en seguida.

Salimos. Todavía se podía cruzar la calle, y debía apresurarme antes que se formara el río inmundo.

Las nubes negras parecían tocar la tierra. Por un instante me recorrió el cuerpo un escalofrío que me hizo encoger, pero luego mi pensamiento atravesó las nubes y la tormenta. Sabía que Dios me observaba, y que él podía protegerme de todo peligro. Para él era tan fácil guardarme en medio de esa tormenta, como todos los días me salva de inúmeros daños. El Sr. Rodríguez me ayudó a llegar a la vereda opuesta, y se fue en procura de una farmacia abierta. Yo proseguí hacia mi casa. Doce cuadras debía recorrer entre ida y vuelta para encontrarme de nuevo frente al agua que me separaba de la casita donde me esperaban. Era un torrente pardo oscuro que arrastraba maderas, plantas, animales muertos, botellas, latas y todo lo que contiene un basural. ¡Y yo tenía que vadearlo, y pronto! Rogué:

—Señor, tú sabes que me necesitan. ¡Ayúdame a cruzar! Levanté la vista, y vi acercarse algo que, más que un

camión, parecía una lancha, por el ímpetu con que desplazaba el agua. ¡Y cómo rugía el motor! Pensé: "Si ésa es la contestación a mi ruego, el conductor me verá y cruzará la calle sin que se lo pida."

Al enfrentarme, el chofer bajó el vidrio de la ventanilla, asomó la cara, y al ver mi apuro, dijo:

—¿Quiere que la cruce? Espere que dé la vuelta, porque de este lado no puede subir.

Por un instante pensé en todos los asaltos y raptos que se suceden cada vez con más frecuencia en las grandes ciudades, pero luego deseché la idea y pedí perdón a Dios, siendo tan visible la respuesta a mi necesidad. El hombre maniobró su tremendo vehículo, lo arrimó a la vereda, y me metí en la cabina chorreando agua. Me avergoncé:

—Le mojaré el asiento; no puedo evitarlo.

—Oh, no importa; más mojado está afuera —bromeó.

—Acepto su bondad porque debo llegar a esa casita con urgencia. Una enferma me espera. Le agradezco de todo corazón, señor. No sé cómo me hubiera arreglado sin su ayuda.

—No es nada. Ha sido un placer. Que le vaya bien, señorita.

Cumplí felizmente con todo lo que el médico había indicado, viendo al fin aliviada a la enferma y a sus familiares. Esa tarde, cerrada ya la noche, tuve que cruzar por cuarta vez la misma calle, y al regresar a casa, en medio de la persistente lluvia, con frío, en medio del lodo, de nuevo me asaltó el mismo pensamiento: "¿Será posible que los centenares de familias que forman este vecindario, estén recogidos en sus hogares, cómodos y abrigados, mientras yo, como una tonta, corra de acá para allá, 'por amor al arte', sin ganancia de ninguna especie, por contestar el llamado de una ancianita enferma? Y al fin, ¿cuánto podré hacer yo para cambiar su situación?"

Entonces, como escritas con letras de fuego "vi" las

siguientes hermosas palabras que muchas veces me alentarán: "Pasarás por este mundo una sola vez. Por lo tanto, cualquier bien que puedas hacer, cualquier bondad que puedas demostrar a un ser humano, hazlo ahora. No lo difieras, ni lo descuides, pues no pasarás por este camino otra vez." Y seguí dialogando conmigo misma: "Tengo muchos motivos para obrar así. Siento esta vocación; por eso la escogí. ¡Ay de mí si no cumpliera con amor y devoción este deber humano!"

Y entonces surgió en mi mente una imagen, allí mismo, en la calle oscura e inmundada. Yo la vi como la había visto muchísimas veces. Creí recibiendo su ejemplo digno de imitar. Ejemplo de abnegación y servicio al prójimo. Y las raíces que plantó en mi corazón no quiero que nada ni nadie las arranque. Quisiera ser como ella.

Me parece verla aquella noche cuando yo tendría sólo siete años y la numerosa familia se disponía a dormir. Ya los niños habíamos observado impresionados la soberbia tormenta cargada de electricidad, viento y lluvia. Bajo la galería de la casa de campo, a la luz de los relámpagos, mirábamos los campos inundados que nos rodeaban, como un inmenso espejo líquido.

—A la cama, a la cama —nos urgió mamá.

—Es temprano todavía; déjanos mirar un poco más la tormenta.

—No, ya es hora de acostarse; además, bien saben lo peligroso que es estar afuera cuando caen tantos rayos. ¡Vayan adentro!

En ese momento, el estruendo de un rayo nos dejó mudos y pálidos a todos.

—¿Dónde habrá caído? —se atrevió a preguntar alguien.

—Donde sea, vayan a la cama —ordenó mamá—; ¿vieron el peligro que trae esta tormenta?

Corrimos todos, con la excitación propia de los que gozan y al mismo tiempo temen algo de tal magnitud.

No bien estuvimos bajo las frazadas, disfrutando la tibieza de la cama en esos breves momentos antes que nos venciera el sueño, oímos: ¡Clap, clap, clap! Y seguidamente:

—Con permiso. Por favor, señora Adela, en casa cayó un rayo que echó por tierra a papá, a mamá y a Nilda, la cual está muy mal. Le sale espuma por la boca y parece que se muere. No sabemos qué hacer. ¿Puede venir a ayudarnos?

Era la voz agitada de un vecino nuestro, todavía adolescente. Le costaba hablar. Había corrido más de un kilómetro en medio del barro y la tormenta, y tenía la cara pálida como un muerto.

Los chicos saltamos de la cama al oír esto. La curiosidad y excitación nos vencía:

—¿Qué pasó, qué pasó, Goyo?

—¿Irás, mamá, con esta lluvia?

—Tranquilos todos. Vuelvan a la cama. Nadie necesita afligirse. Goyo me acompañará y los ángeles nos cuidarán.

Goyo se sentó un momento a descansar mientras mamá se preparaba para afrontar la tormenta espantosa: capa, botas, linterna, y un palo fuerte que hiciera de báculo para no caer en el lodo.

Goyo era fuerte y robusto, pero mamá. . . ; tan pequeña y frágil! Su fortaleza residía en su voluntad, decisión y perseverante amor por todos.

Aunque yo era niña, sabía a qué se exponían, mayormente mamá, que sufría diversas dolencias, las que olvidaba cuando otros requerían su atención. Y eso ocurría con mucha frecuencia. . .

Los vimos salir tragados por la oscuridad y el vendaval. Quedamos con el corazón en suspenso, y elevamos una fervorosa oración. Rendida, al fin me dormí. No los oí regresar. Cuántas horas pasaron, no lo sé; pero una buena parte de la noche mi madre hizo cuanto estaba a su alcance y en su conocimiento, hasta que vio volver la vida y el

bienestar en el hogar afectado. Según nos relataron luego, el viaje de ida fue tremendo: los rayos caían alrededor de la pareja indefensa, como si fueran saetas. Mamá resbaló muchas veces, pero volvía a correr. La lluvia, cerrada como un cortinado, impedía ver el sendero, a pesar de la luz de la linterna. En realidad, los relámpagos les indicaban mejor el camino.

Había trechos tan inundados, que era como si cruzaran pequeños lagos. Pero ellos seguían sin demora, con angustia, por socorrer a los que estaban en peor situación que la suya.

No, no era una pareja indefensa. No marchaban solos. Y ningún rayo mortal podía dañarlos. Esa era la confianza de mi madre.

Con este recuerdo que infunde anhelos de emulación, ¿podía sentirme víctima o heroína? Y no fue éste el único que se me presentó vívidamente a la memoria, en esa tarde invernal. . .

También aquella ocasión cuando esa frágil mujer, acompañada sólo por un hombre afligido, la vida de cuya esposa peligraba, allá, a más de una legua de distancia, tuvo que cruzar a media noche, en un botecito, un arroyo desbordado y torrentoso, y llegó a tiempo para ayudar a salvar la vida de una madre de once hijos. Y luego de pasar la noche con ella regresó para reanudar las innumerables tareas propias del hogar. . .

Y cuando nos dejó solos, haciéndonos mil recomendaciones, y pasó el día entero al lado de un niño intoxicado y moribundo, hasta verlo libre de peligro. . .

Y cuando llevó a nuestra casa, para cuidar mejor de él, a un pobre niño atacado de paludismo, conociendo el peligro que representaba para sus propios hijos. Y fue tan cuidadosa que a ninguno se le transmitió la temida fiebre. . .

Y cuando el médico de la amplia zona la felicitó por su acertada actuación en muchos casos, y ella con humildad

atribuyó toda la honra a Dios que le dio sabiduría y amor.

¿Podría ella, mi madre, aprobar un desaliento mío, aunque fuese leve? ¿Vería como tal lo que yo llamaba "sacrificio"? Ante ese ejemplo de abnegación, ¿no era una vergüenza compadecerme de mí misma?

Ella ya no está para reprobar o aprobar mi vida de sencillos servicios al prójimo, pero los principios de amor y desinterés que inculcó en mi vida, por su prédica y su ejemplo, me guiarán siempre. Y pareceme oír su voz, en uno de esos momentos difíciles: "Muy bien, hija; hay Uno que lo ve todo. ¡ Es tan corta la vida! Usala en bien del que te necesita, y jamás te pesará".

## "El Ascua Sagrada"

ERA una familia muy pobre, como tantas que vivían en esa región. La vivienda también era como tantas otras: paredes de troncos de árboles y techo de paja. Tenían una chacrita que apenas producía lo suficiente para subsistir. . . , y cinco hijos, única riqueza de muchos pobres. Las criaturas eran pequeñas aún, pero ayudaban a sus padres, según sus fuerzas, a cultivar el terrenito. Recogían los productos que se podían vender, los colocaban en cestos, y los varoncitos mayores se dirigían a pie con el padre hasta la población más cercana para venderlos allí o en los caminos. La venta era siempre muy exigua porque las otras familias hacían lo mismo. De todas maneras, lo que traían de vuelta constituía su alimento. . . Esa era la rutina diaria.

Todos en la región eran analfabetos, igual que ellos, y como no conocían algo mejor, vivían resignados e indiferentes, en ese *su* mundito, con una filosofía fatalista de la existencia: "Nacemos pobres, vivimos pobres y así morimos. ¡ Qué se puede hacer! ¡ Es el destino!"

Un día el padre enfermó y, como continuara enfermo y en vez de mejorar se fuera agravando, lo llevaron al hospital. Allí estuvo muchas semanas, quizá meses. La vida de la madre se tornó ahora más difícil: además de atender a sus hijitos, tenía que trabajar doblemente en la chacrita y visitar al enfermo tan a menudo como le fuera posible. En

sus visitas llevaba consigo, por turno, a dos de las criaturas para que vieran al padre. A Felipe, el mayor, le parecía notar a su papá más pálido cada vez que lo visitaba.

Por fin en el hospital le dijeron a la madre que "sería mejor que lo llevara a su casa". Así lo hizo. Ahora sí, aunque Felipe era pequeño, se dio cuenta de que su papá estaba muy mal. Y veía a su madre más triste y preocupada. Al poco tiempo el enfermo falleció.

El sepelio se realizó como lo hacen los pobres de la región. Un vecino que se ocupa en ese "oficio", fabrica un rústico ataúd. No hay ceremonia de ninguna clase. Conducen el féretro a pie, sobre unas andas preparadas en el momento con palos del bosque. Con el estoicismo propio de la filosofía fatalista que los caracteriza, se reúnen para formar la procesión que acompaña a la persona extinta hasta su última morada.

Cuando regresaron del entierro y se acercaron a una distancia en que ya se divisaba la choza de la viuda, el espectáculo de un nuevo y trágico desastre apareció a la vista: la pobre vivienda estaba envuelta en llamas. Todos corrieron con el intento de evitar que el siniestro completara su obra destructora; pero todo lo que pudo rescatar el más veloz de los vecinos fue una frazada, un poco chamuscada pero, por un milagro, intacta.

Cuando llegaron, exhaustos de correr, la desesperada viuda y sus hijitos, sólo quedaban algunos troncos que aún crepitaban y las rojizas ascuas que arrojaban chispitas divertidas y burlonas. . .

Quedaron allí, como paralizados, contemplando con muda fascinación ese montón de ruinas humeantes. Era tal la desolación y angustia de la madre, que permaneció largo rato anonadada, con los ojos sin lágrimas y la mente vacía. . . Por fin la volvieron a la realidad los sollozos de las criaturas y la solicitud de los vecinos que habían empezado a distribuirse las responsabilidades, dispuestos a prestarles

Cuando regresaban del entierro, se encontraron con una nueva desgracia: la choza de la viuda ardía por los cuatro costados, y todo se había perdido.





el auxilio de emergencia que el caso requería. . . Ellos también eran muy pobres, pero, por el momento, no dejarían a la familia abandonada, sin casa, sin ropa y sin alimento.

La Providencia tampoco los dejaría abandonados. Una familia de buena posición que vivía en la población, cuyos miembros se habían encariñado con Felipe, el pequeño y vivaracho vendedor, y apreciaban la honestidad del padre, al tener noticia de la doble tragedia, decidieron socorrerlos.

Trasladaron a la familia más cerca de la villa, a un pequeño terreno que los benefactores poseían en las afueras. Influyeron en otras personas bondadosas, y entre todos levantaron una humilde vivienda y les proveyeron las cosas indispensables para establecerse. Podían cultivar el terreno para su propio y entero beneficio.

Felipe siguió vendiendo sus mercancías en las calles y de casa en casa, y fue haciéndose de amigos entre los chicos del "gremio" y también entre su "clientela". Comenzaba a perfilarse como buen vendedor.

En el hogar, la lucha por el diario vivir era ardua y penosa y parecía poco prometedora. Su madre trabajaba en exceso; y él, más de lo que podía esperarse de un niño de su edad.

Al mismo tiempo, en su interior estaba ocurriendo algo misterioso y raro para un chico nacido y criado en el ambiente en que había vivido hasta entonces. Sin duda el mismo Felipe era inconsciente de ese fenómeno que se hacía presente de un modo cada vez más imperioso y urgente. Algo dentro del niño se sublevaba ante la ignorancia y la miseria que en su mundo consideraban su suerte, su destino.

Y un día, cuando tenía 8 años, recibió la gran noticia: en los suburbios de la población, no muy distante de su casa, habían abierto una escuela particular. Se lo comunicó su mejor amigo del "gremio", cuya familia, aunque en la esfera de la pobreza, estaba en mucho mejor condición que

la suya. El amigo seguía hablando entusiasmado:

—¿Y sabes? Mis padres están de acuerdo en que yo asista; así que ya me inscribí. ¡Si vieras qué buenos son el director y la maestra! ¿Por qué no te inscribes? A los pobres no nos cobran nada.

Felipe no se hizo rogar. En la tarde de ese mismo día fue y se inscribió. Tenía razón su amigo. ¡Qué bondadosos y amables fueron con él! Hasta los libros y cuadernos recibiría gratuitamente.

Esa tardecita llegó a su casa eufórico y le comunicó a su madre la gran noticia. No cabía en sí de gozo y estaba muy locuaz; pero de pronto dejó de hablar al ver la expresión entristecida y desconsolada de su madre. Por lo visto, ella no participaba de su alegría. . .

—Lo siento, hijo, pero es imposible. Mucho me alegraría que pudieras ir a la escuela a instruirte y no ser como nosotros. Pero ves cómo trabajo desde la madrugada hasta tarde en la noche, y con todo lo que me ayudas, apenas podemos vivir. Te necesito para el trabajo. Entiéndelo.

Felipe lo entendió. En el primer momento no había pensado en ello. Pero su madre tenía razón. Apenas lograban subsistir. Sí, era verdad; pero esa noche, acostado en su colchoncito de pasto, lloró amargamente un buen rato. Después se sintió mejor, y empezó a planear su futuro: primero trabajaría mucho, mucho, hasta que la familia estuviera en mejor condición. Y después. . . , cuando hubiera cumplido su deber hacia su madre y hermanitos, ¡estudiaría!

Cuando hizo sus planes esa noche, con el corazón infantil dolorido por la postergación justa pero penosa de sus ideales, no se imaginó cuánto le sería necesario trabajar y esperar hasta el momento cuando pudiera decir "¡Ahora estudiaré!"

Ardua fue la lucha y agobiadoras las jornadas de trabajo a fin de superar la pobreza en que vivían. A medida que pasaban los años, más seriamente sentía la responsabilidad

de aliviar a su madre y hacerle ver días mejores. En cierto modo, se constituyó en jefe de la familia. Delegó en sus hermanos la tarea de cultivar la chacra y se ocupó cada vez más como vendedor de diversos artículos, trabajo que le proporcionaba mayores ganancias. Con ayuda de sus hermanos construyó una casa modesta pero decente, que no constaba de una sola pieza como antes, sino de las indispensables para vivir dignamente.

Mientras tanto su amigo de la infancia seguía cursando grado por grado la escuela primaria. A veces Felipe comparaba su suerte con la de su compañero, no con envidia ni amargura, porque sabía que estaba cumpliendo sus deberes de buen hijo, pero sí con pena y a veces también con un poco de desaliento. Se preguntaba: “¿Llegará alguna vez la oportunidad soñada? Y si llega, ¿no será demasiado tarde?” Pero su desánimo era pasajero. Sentía de nuevo arder en su interior la llama del entusiasmo y se repetía con renovado valor y determinación: “Sí, lo haré!”

Felipe no conocía la incomparable definición que el ilustre Ingenieros nos da del ideal y que nuestros lectores habrán leído más de una vez, y tal vez algunos hayan memorizado: “Cuando pones la proa de tu vida hacia una estrella y tiendes el ala hacia tal excelsitud, afanoso de perfección y rebelde a la mediocridad, llevas en ti el resorte misterioso de un Ideal: es ascua sagrada, capaz de templarte para grandes acciones. Custódiala: si la dejas apagar, si ella muere en ti, quedas inerte”.

Nunca había leído el hermoso párrafo, porque ni sabía leer, pero llevaba dentro de sí “el resorte misterioso de un Ideal”, llevaba en sí “el ascua sagrada” capaz de templarlo para los grandes esfuerzos y sacrificios. Seguía siendo “rebelde a la mediocridad”, y sentía siempre ardiente el afán de perfección.

¿Quién encendió en su alma infantil el ascua sagrada? No trataremos de filosofar; sólo relataremos los hechos.

Felipe tenía 17 años. Su amigo, que hacía tiempo había terminado el curso primario, le habló de un colegio distante donde ofrecían enseñanza en los niveles primario y secundario y, además, mantenían elevadas normas y principios morales y espirituales.

—Yo estoy haciendo planes de ir —terminó diciendo su amigo.

—¿Y cómo vas a sufragar tus gastos de estudio? Me dijiste que es un colegio de internos, ¿verdad? Costará mucho, me imagino.

—Voy a reunir la suma necesaria vendiendo libros. Una editorial ofrece un plan especial para favorecer a los jóvenes que desean estudiar. Si venden por cierta suma estipulada y trabajan semanalmente el número de horas establecido, la editorial añade una bonificación y tiene un acuerdo con ciertos colegios, de modo que tales instituciones hacen un descuento en el precio de la enseñanza. A eso le llaman ofrecer una beca. Ya me aceptaron como agente y me dieron una presentación escrita del libro que voy a vender. Además, ofrecen un curso especial de una semana sobre el arte de vender. Un vendedor experto instruye a los aspirantes y les hace practicar entre ellos.

Felipe lo escuchaba entusiasmado. ¡Por fin veía una puerta abierta!

—¡Esa es mi oportunidad! ¿Es difícil aprender esa presentación que mencionaste?

—No me parece difícil. Y tú eres un vendedor extraordinario, pero... —El amigo guardó silencio, cavilando, y empezó a rascarse la cabeza, su gesto característico cuando estaba preocupado. Al fin terminó el pensamiento. —Pero, Felipe, no sé cómo vas a vender libros si no sabes leer.

Ahora le tocó a Felipe guardar silencio, pensativo. Pero éste no duró mucho: los obstáculos obraban en él como resortes que lo impulsaban a la acción:

—Préstame por unos días el papel ése con la presentación. ¿Puedes?

—Con mucho gusto. Ya la sé de memoria. Y si puedes aprenderla y te aceptan en el cursillo, puede que te acepten también como agente vendedor. De mi parte, puedes estar seguro que no diré a nadie que no sabes leer.

—Gracias, eso justamente era lo que te iba a pedir. Y dentro de algunos días, ¿podrías dedicarme unos momentos para escuchar mi presentación y decirme cómo la hago?

—¡Claro que sí! Las últimas tres noches de esta semana. Y si vas bien, hablaré a la editorial para que te incluyan en la lista de aspirantes.

Felipe se separó de su amigo con la tenaz resolución de no permitir que esta oportunidad se le escapara. Tenía un compañero de ventas de quien era buen amigo. Varias veces al día le pedía que le leyera párrafos de la presentación, por partes, y como poseía una memoria prodigiosa, los iba memorizando. Cuando visitó a su amigo, a fines de la semana, éste quedó asombrado: la “presentación” de Felipe era perfecta.

Resumiendo diremos que, en la fecha establecida, el joven pertenecía al grupo que estudiaba y hacía práctica sobre el arte de vender. Más aún: como era despierto, y tenía el don innato del vendedor, se destacó en seguida en las prácticas, y fue aceptado como agente de la editorial. Los dos amigos lograron que los enviaran a trabajar juntos.

Periódicamente debían llenar ciertos formularios en que informaban las horas de trabajo y las ventas realizadas. Su compañero lo auxiliaba en esta tarea.

Durante sus años de vendedor, el joven había aprendido los números y las operaciones fundamentales de aritmética, por la práctica y una especie de intuición. También sabía firmar.

Ahora, aunque cada día al regresar a la pieza donde se

hospedaban estaban agotados después de largas horas de recorrer las calles y llamar de casa en casa, cuando no les tocaba visitar a las familias que vivían lejos de las poblaciones, Felipe dedicaba algunos momentos por la noche a progresar en su aprendizaje de la lectura y la escritura. Pero al poco rato las letras y las sílabas se iban esfumando en una nebulosa. . . El joven se quedaba dormido.

Por fin, después de unos meses fructíferos, los jóvenes se dirigieron al colegio. Ya el director y demás miembros del personal docente conocían a Felipe de nombre como el campeón de los vendedores que formarían el cuerpo estudiantil. Los dos amigos fueron a inscribirse. Era ésta una institución *sui generis* que abría sus puertas a los jóvenes sin previa oportunidad de instruirse o que habían adquirido cierto grado de preparación como autodidactos. Por eso no eran exigentes en cuanto a la presentación de certificados de estudios anteriores.

Como era natural, el amigo de Felipe se inscribió en el primer año de secundaria. El secretario, conociendo el éxito de Felipe como vendedor y viendo la desenvoltura de su trato y su personalidad simpática y seria a la vez, le preguntó sencillamente:

—Y Ud. se inscribe en el mismo curso de su compañero, supongo.

No sabiendo cómo salir del paso, el joven recurrió a su sonrisa amigable y contagiosa:

—No, profesor; aunque le gané por un poquito en las ventas, él me gana en conocimientos porque ha estudiado más que yo.

—Bueno, vamos a probarlo en el curso anterior.

¡El curso anterior era el último grado de la escuela primaria! ¡Y allí lo inscribieron, a él que no había cursado siquiera el primero!

Ya tenía 18 años. Sus condiscípulos fueron amables con él desde el primer día. Era el mayor, pero varios tenían 16

y 15 años, y no se sintió incómodo entre sus compañeros.

Pero ahora empezó la lucha contra la ignorancia. Fue una guerra sin cuartel, tenaz y a veces abrumadora. Se sentaba en el primer asiento y, como el borriquito de la fábula de Esopo, escuchaba con las orejas tiesas, con todas sus facultades agudizadas por la atención, cada explicación del maestro, cada pregunta que formulaba, cada respuesta de los alumnos. Para gran ventaja suya, las primeras semanas el maestro las dedicó a repasar nociones anteriores. Le sirvieron de mucho para ir llenando un poquito los grandes vacíos de su mente. No tenía mayor dificultad con las matemáticas. Parecía que los números también eran un don natural. . . Pero había historia, geografía, ciencias naturales, idioma nacional. . . Necesitaba leer páginas y páginas para ponerse al día; y aunque sus progresos en la lectura y en la escritura eran notables, todavía no alcanzaba la velocidad de un segundo grado. . . Felizmente al maestro no se le ocurrió en esas semanas dar dictado, y en cuanto a la lectura en voz alta, pedía que pasara a leer un voluntario, sin duda hasta que los nuevos vencieran su timidez.

Sus momentos más angustiosos los vivía cuando el maestro escribía nombres, frases o bosquejos en el pizarrón para ilustrar o fijar los conocimientos. Felipe miraba ese pizarrón con tal fijeza como si quisiera hipnotizarlo y obligarlo a trasladar esas palabras y frases de su negra superficie hasta su mente ansiosa. Luego preguntaba, una vez a uno, otra vez a otro de sus discípulos, qué había escrito el maestro. Poco a poco fue cundiendo entre sus compañeros la convicción de que Felipe era muy miope o tal vez casi ciego. Pero como lo querían de veras, se propusieron no mortificarlo y ayudarlo sin decir nada a nadie. ¡Era tan simpático y sabía pedirles un favor con tanta sencillez y amabilidad! ¿Cómo lo iban a perjudicar?

No vayan a creer los lectores que nuestro personaje estaba explotando con su don de gentes y su agradable

personalidad. . . Sólo Dios y él sabían las horas interminables que dedicaba tesoneramente al estudio para ponerse al día. . . Para él no había cancha de deportes ni noches dedicadas a las recreaciones, ni a los actos culturales por buenos y provechosos que fueran.

Pero además de sus compañeros, había otra persona que observaba prudentemente a Felipe y que se convenció de que el joven tenía algún problema con la vista. Así que un día el maestro lo invitó amablemente a su oficina, y con esa bondad y simpatía que ya el joven conocía y estimaba, le pidió que le confiara su problema, en la seguridad de que no sería defraudado y que se haría todo lo posible para remediar su mal. Al fin, vino la pregunta sorprendente para él:

—Ud. casi no ve ¿no es cierto, Felipe? Tiene problemas con su vista ¿verdad?

Felipe había estado viviendo bajo una tensión agobiadora, y el dique se rompió. . . Decidió confesarle a su noble maestro cuál era *en realidad* su problema:

—No, profesor; mi vista, gracias a Dios es perfecta. Lo que pasa es que yo era analfabeto hasta hace poco tiempo en que empecé el aprendizaje de la lectura. Ya leo, pero muy despacio. Cuando Ud. escribe esas frases y bosquejos en el pizarrón, yo estoy apenas en la tercera o cuarta palabra cuando Ud. borra todo.

Ahora la tremenda sorpresa fue para el maestro. En cuanto al joven, le causó tanto alivio la confesión, que terminaron riendo los dos. Desde entonces el maestro fue su mejor aliado. Cuando era necesario le entregaba los bosquejos y frases que resumían las lecciones.

Con su empeño y perseverancia, y con la colaboración de su excelente maestro y buenos discípulos, Felipe realizó ese año progresos extraordinarios y casi increíbles.

La batalla de ese año contra la ignorancia fue la más ruda, pero su victoria empezaba a vislumbrarse. No obstante, se daba cuenta de que no podría nunca dormirse

sobre algunos laureles conquistados: el blanco que se propusiera se divisaba allá lejos. . . y había un largo y áspero sendero que recorrer.

Durante los meses de vacaciones seguía trabajando como vendedor de la misma editorial. A menudo volvía al colegio con dos becas y aún más. Y bien las necesitaba para poder dedicarse de lleno al estudio. Así logró terminar los cursos del nivel secundario. Y luego asistió a un colegio de enseñanza superior para seguir la carrera que había escogido.

A los 28 años, cursó su último año de estudios. No fue fácil. Significó una disciplina severa y un programa riguroso que cumplió durante años: levantarse de madrugada para estudiar cuando los demás dormían plácidamente; suprimir una comida engañando el estómago con una fruta o unos bizcochos, para estudiar mientras los demás disfrutaban de la sociabilidad del comedor.

¿No lamentará Felipe, al mirar atrás, haber escogido la cuesta empinada y escabrosa en vez de una vida más fácil y descansada?

Sencillamente no pudo, porque llevaba dentro de sí “el resorte misterioso de un Ideal”, el “ascua sagrada” que lo templó para los más heroicos esfuerzos y sacrificios. . . decidido a seguir escalando la empinada cuesta hasta llegar a la meta soñada.

Y hoy se siente feliz y satisfecho, al ver el logro de sus aspiraciones.

## La Cenicienta

DURANTE las primeras semanas, Gabriela ni siquiera notó la presencia de la niña en el curso. No era de extrañar: ella misma asistía por primera vez a esa escuela, y su natural empeño era ser admitida en el grupo. Tenía ciertas ventajas por anticipado: el director la había presentado a la clase como *la nieta de los esposos Latour*, que venía “a cursar aquí los dos últimos grados”, y terminó diciendo: “Espero que pronto halle entre Uds. el verdadero compañerismo que todo alumno necesita”.

El Sr. Latour y su esposa eran dueños de una hermosa quinta. Su casa figuraba entre las mejores de la población. Además, hacía poco habían realizado un viaje a Europa, algo inaudito en ese ambiente colonial de costumbres rutinarias. Y habían traído de Suiza un aparato novedoso y nunca visto: ¡un gramófono! Era el primero que llegaba a la villa, y aunque era de los que funcionaban dándoles cuerda con una manija, para muchos constituía la octava maravilla del mundo. El Sr. Latour era jovial y chispeante, y su esposa, muy amable y sencilla; de modo que tenían muchos amigos. A su regreso de Europa, su popularidad no tuvo límites. Abundaban las visitas, ¡y hasta el director los visitó una noche para escuchar el gramófono! Hubo aún otro factor en favor de Gabriela: cundió entre los alumnos la versión de que su padre era un acaudalado estanciero. . .

Pero la niña quería ser admitida por sus propios méritos.



Pronto comprobaron que era una alumna talentosa y, al mismo tiempo, alegre, sencilla y siempre dispuesta a "dar una manito" cuando algún condiscípulo estaba en apuro, sobre todo en la redacción de composiciones; de modo que pronto quedó incorporada como miembro destacado del grupo.

Entonces, cuando se halló "ubicada" y desapareció su preocupación al respecto, empezó a fijarse en esa niña solitaria y aislada, a quien nadie parecía prestar atención, con excepción de la maestra. Gabriela comenzó a observarla: cuando la maestra la interrogaba, sus respuestas revelaban dominio de la materia y capacidad de expresarse correctamente. Sin embargo, nunca salía a jugar en los recreos: permanecía en el aula, evidentemente para repasar las materias siguientes o completar alguna tarea inconclusa. En cuanto terminaban las clases, se alejaba rápidamente. Jamás formaba parte de los grupos que se encaminaban lentamente a sus casas, charlando y riendo. Observó su vestuario: los uniformes estaban limpios y planchados, pero denotaban un largo uso: en distintas partes tenían zurcidos y aun remiendos. Los zapatos, limpios y lustrados, estaban muy gastados. Tendría unos 12 años, quizá 13; era alta y muy hermosa. Sobre todo llamaban la atención sus enormes ojos azules y sus dos gruesas trenzas rubias. Pero, ¡qué pálido y serio su rostro! Parecía una estampa de la Dolorosa.

La verdad es que nadie buscaba su compañía y ella no buscaba la de los demás. Gabriela, que tenía una imaginación desbordante y volandera, comenzó a sentirse intrigada y con unos deseos casi incontenibles de acercarse a esa condiscípula austera y misteriosa. Pero antes de hacerlo, decidió interrogar cautelosamente a las compañeras que conocían a todo el mundo. Empezó con la vecinita en cuya compañía iba diariamente a la escuela.

—¿Conoces a esa chica rubia que se queda en el aula durante los recreos?

—¡Ah, sí; se llama Nelly. Debiera terminar este año la primaria; pero faltó el año pasado por un accidente que tuvo el padre en la fábrica donde trabajaba. No sé mucho, pero oí a mis padres comentar el caso.

—¿Y quedó lisiado el padre?

—No; murió al poco tiempo.

—¿Es muy pobre la familia?

—No creo. La compañía azucarera donde el hombre estaba empleado le dio una indemnización. Mira, no sé mucho; pero me parece que la rubia ésa se quiere hacer la interesante.

Gabriela sentía que una sorda indignación iba aumentando con cada frase despectiva de su compañera; pero aún le dirigió una última pregunta:

—¿Dónde viven?

—Siguiendo el camino real que pasa delante de tu casa, unas 6 ó 7 cuadras. ¿Tanto te interesa?

—Preguntaba por hablar algo, nada más.

Gabriela se convenció de que había hecho bien en ser cautelosa y no interrogar al grupo. ¡Qué egoístas y despiadados pueden ser los niños si no han sido guiados debidamente! Ella se había criado en un hogar donde la hospitalidad, el desinterés y el servicio de amor en bien del prójimo eran la regla de conducta. Decidió por sí sola observar y buscar una oportunidad de acercamiento a Nelly.

Pronto descubrió que, al salir de clase, la niña tomaba un atajo que pasaba por la parte posterior de la quinta de sus abuelitos. Así que un día, en vez de regresar a su casa con el grupo como era su costumbre, se despidió diciendo:

—Hasta mañana, chicas; hoy no las acompaño porque tengo que regresar ligerito a casa, y voy a cortar camino.

—¿Qué pasa? ¿Hay fiesta en tu casa?

—Al contrario; abuelita no se siente bien y tal vez me necesite.

No se vio obligada a mentir porque en realidad la Sra.

Latour estaba sufriendo de un ataque de reumatismo. . . Gabriela apretó el paso y alcanzó a su compañera.

—¡Hola, Nelly! ¿Me permites ir en tu compañía?

Una gran sorpresa se dibujó en el semblante de la niña, pero se repuso y contestó afablemente:

—¡Con mucho gusto! ¿Por qué no regresas como de costumbre con tus amiguitas?

—Bueno, este camino es más corto. . . Tú haces lo mismo ¿verdad?

—Sí, pero tengo necesidad de hacerlo. Debo llegar cuanto antes a casa para terminar de preparar el almuerzo. Mi hermanito asiste a la escuela de tarde y tiene que comer pronto.

—¡Cómo! ¿No cocina tu mamá?

—Está enferma desde hace meses, y el doctor no le permite levantarse. Tiene que guardar cama y estar lo más quieta posible si quiere sanar.

Se imaginarán los lectores cuántos y cuán encontrados sentimientos despertaba este diálogo en el corazón de Gabriela: admiración, simpatía, remordimiento por haber sido indiferente hasta entonces con esta valiente y abnegada condiscípula. Ya se estaban acercando a la casa-quinta de sus abuelos. Gabriela sugirió:

—¿Por qué no me acompañas hasta mi casa? La distancia es la misma.

Nelly la acompañó en silencio. Cuando pasaron junto a una de las cercas laterales, la niña se quedó embelesada contemplando el hermoso jardín, todo en flor.

—¡Qué hermosura! ¡Cuánta variedad de rosas!

—Sí, mis abuelitos son muy aficionados a las flores. En cuanto a los rosales, la mayoría de ellos ya estaban cuando compraron la propiedad.

—A mi madre también le encantan las flores.

—Bueno, prepararé un ramo y a la tarde lo llevaré, si no tienes nada en contra.

—Claro que no, pero no es justo que te molestes.

—No digas tonterías, no será ninguna molestia.

Ya daban vuelta la esquina y caminaban por el frente de la casa. Había llovido con viento recio dos días atrás, y debajo de los naranjos se veía una tupida alfombra de frutas doradas.

—¡Cuántas naranjas en el suelo! ¿Están todas podridas que no las recogen?

—No; muchísimas han caído últimamente con la tormenta y están en perfectas condiciones. Pero ¡hay tantas en los árboles! . . . Al abuelito no le gusta venderlas. A veces vienen algunos pobres y se llevan todas las que quieren recoger del suelo. ¿Uds. no tienen árboles frutales?

—Papá plantó arbolitos de varias clases, pero todavía les falta crecer más para dar fruta.

—Yo te llevaré algunas esta tarde. Hasta luego.

En la mesa contó toda la historia, y terminó:

—Yo creo que están pobres. ¿Puedo recoger naranjas del suelo y llevarles esta tarde, abuelitos? ¡Ah, y también algunas flores para la mamá enferma!

—¿Y qué más, señorita? —preguntó burlonamente el tío solterón que vivía con sus ancianos padres. Por alguna razón, tío y sobrina siempre estaban en pie de guerra.

—Qué más necesitan lo veré esta tarde cuando los visite. Y tú, querido tío, bien podrías atar el caballo al sulky y llevarles una bolsa llena de naranjas y mandarinas, en vez de dejarlas podrir en el suelo. Total, no tienes nada que hacer en todo el día.

—Eres una mocosuela atrevida. Eso, porque los abuelos te dan demasiada importancia. Si tu madre estuviera presente, respetarías a tus mayores.

—Decir una verdad palpable no es faltar al respeto. En cuanto a mi madre, sabes muy bien que nadie le gana en ser caritativa y servicial.



—Bueno, basta de discusiones —terció la abuelita.

El abuelo en persona cortó algunas de las rosas más bellas, y juntos llenaron una cesta con naranjas y mandarinas. Y Gabriela se encaminó a la casa de su nueva amiga.

Era una casita cómoda y pulcramente cuidada, aunque tenía pocos muebles. En el patio jugaba un precioso muchachito de unos cuatro años. Nelly, que la había recibido con franca alegría, la condujo al dormitorio de su madre para presentársela. Esta la recibió con una cálida sonrisa de bienvenida. “¡Qué linda es!”, pensó Gabriela al verla. Después de entregarle las rosas, la señora la abrazó conmovida. Luego acercó las flores a su rostro y aspiró la fragancia de las mismas. Y entonces pronunció unas palabras que impresionaron profundamente a la niña:

—¡Qué bueno es Dios!

Sin duda se dio cuenta de la sorpresa que sus palabras habían causado a su pequeña visita, porque siguió diciendo:

—Tal vez te extrañe que alabe la bondad de Dios a pesar de las circunstancias difíciles que nos rodean actualmente. Sabrás que mi esposo murió como resultado de un accidente de trabajo. Yo siempre fui delicada de salud y esta desgracia agravó el mal que tengo en el corazón. Pero, quiero que veas el otro aspecto, el lado bueno, en medio de nuestros sinsabores. Ya teníamos esta propiedad casi pagada; con el seguro contra accidente que le correspondía a mi esposo terminamos de pagarla; de modo que tenemos techo propio y una pequeña suma que nos permite vivir siendo muy económicos. El médico me atiende con toda solicitud y se ha obstinado en no cobrar un centavo.

“Tenemos buenas vecinas que hacen su parte para aliviar a Nelly en su pesada carga. Por ejemplo, se turnan en lavar cada semana la ropa grande. Una de ellas, a menudo se lleva a Eduardito para pasar algunas horas en su casa

Gabriela llevó un ramo de flores a la madre enferma de su amiga. Era una niña caritativa y servicial, y anhelaba hacer felices a los demás.

mientras Nelly está en la escuela. Estas son bendiciones que debemos agradecer al buen Dios; pero la mayor de todas, es esta hija incomparable que me ha tocado en suerte. No tengo palabras para decirte lo buena que es. Como una madre atiende los quehaceres de la casa, cuida y dirige a sus hermanitos y, cuando es necesario, los castiga. ¡Y te digo que los sabe manejar! Y eso que son unos pilluelos.

“Para ser justa, debo reconocer que Alberto es bastante responsable para sus 8 años, y por la mañana, además de sus estudios, hace los mandados y me atiende cuando necesito algo. Nelly se levanta temprano, prepara el desayuno para todos y corre a la escuela. Toda la tarde está ocupada: el almuerzo, la limpieza de la cocina y de la casa, la cena; en fin, el tiempo se le hace corto. Y sin embargo, aún se toma unos momentos para hacerme compañía mientras zurce y remienda. Después de la cena deja casi preparado el almuerzo para el día siguiente. Y nunca la veo quejosa ni de mal humor”.

—¿Y cuándo estudia? —preguntó Gabriela, que cada vez estaba más asombrada.

—¿Cuándo? Por la noche, después que ha terminado todo su trabajo y los chicos duermen. Y dice que termina de preparar las lecciones en los recreos.

¡Qué avergonzada se sentía Gabriela! Ella disponía de la tarde entera para estudiar y holgazanear. . . La abuelita aún era sana y fuerte y le gustaba ocuparse en la cocina; y tenían una empleada que trabajaba medio día y realizaba todas las tareas pesadas. ¡Qué contraste! ¡Y Nelly tenía sólo un año más que ella! Se estaba juzgando a sí misma como si se hallara en el banquillo de los acusados. . . y el fallo fuera desfavorable.

—Señora, ¿puedo venir un rato cada tarde y ayudar a Nelly, aunque sea una hora? Al regresar puedo llevar conmigo a Eduardito y entretenerlo hasta que Alberto

vuelva de la escuela; él puede pasar por casa y traerlo.

—Querida, no es justo que tomes esa responsabilidad. Además, puede ser que no les agrade a tus abuelitos.

—Yo les preguntaré. En cuanto a mí, señora, me resultará fácil cuidar a Eduardito, porque tengo muchos hermanos menores. En casa de mis abuelos hay dos columpios de gran tamaño. Sin duda los dueños anteriores tenían criaturas. Ahora, ¿sabe quiénes se columpian? Mi abuelito y yo.

Las dos rieron de buena gana. Gabriela se sintió en seguida encariñada con esa señora tan linda y valerosa, y le pareció que el sentimiento era recíproco, para satisfacción suya. La señora sugirió:

—Ve a conversar un rato con Nelly. No quiero ser egoísta.

—Veré si puedo ayudarla en algo. Además, Nelly me ha dicho que Ud. necesita mucha tranquilidad.

—Sí, pero un poco de sociabilidad y conversación también me hacen bien.

Gabriela fue en busca de su amiga y pudo colaborar con ella en sus tareas mientras conversaban. Como era la primera visita, no quiso prolongarla por temor de contrariar a sus abuelos. Pero quedaron de acuerdo en que por la tarde del día siguiente la visitaría más temprano, trabajarían juntas y, si el tiempo les alcanzaba, también estudiarían juntas alguna lección. Mientras recorría la distancia que mediaba entre ambas casas, iba pensando: “¡Qué bueno sería si abuelita se interesara en esta familia y se convirtiera en su hada madrina!”

Después de la cena, mientras la niña lavaba los platos y la abuelita se disponía a preparar un pan dulce, la nieta le dijo:

—¿Sabes, abuelita, que la madre de mi condiscípula tiene que permanecer en cama muchas semanas y, sin embargo, en vez de quejarse, da gracias a Dios porque dice que

reciben muchas bendiciones del cielo? ¿No te parece que tiene mucha fe?

—Si es como tú dices, ya lo creo que tiene mucha fe.

Luego la abuela le dirigió algunas preguntas acerca de la situación de la familia. Eso era justamente lo que Gabriela deseaba. . . Pero la abuelita se abstuvo de hacer comentarios y no manifestó intención alguna de hacerles una visita. ¡No era nada comunicativa! Habría que esperar. . .

Cuanto más se relacionaba con su amiguita, tanto más admiraba sus virtudes de hija y hermana ejemplar, como también su buen criterio y sabia filosofía frente a las contrariedades, a pesar de tener sólo 13 años. Entre las dos, las tareas domésticas se cumplían con más rapidez y podían preparar juntas algunas lecciones. Gabriela comprobó que Nelly poseía una inteligencia nada común. Además su conversación se refería siempre a algún tema serio, aunque no era adusta sino más bien alegre.

Ahora Gabriela se daba cuenta de algo que no había notado antes: poquito a poco ella se había vuelto trivial por influencia del ambiente. Sus compañeritas no eran malas, no; pero sólo se ocupaban en charlas insustanciales y frívolas; y en gran medida vivían del chisme y la crítica. Y ésa no era ni la enseñanza ni el ejemplo que había recibido en el hogar paterno.

Un día Nelly le dijo:

—No tengo palabras para expresarte cuánto agradezco tu ayuda y compañerismo. ¿Ves que ahora tengo mejor color? Estaba siempre pálida y cansada, no del trabajo, sino porque dormía muy poco. Pero ahora, gracias a ti, termino antes mis tareas y me acuesto más temprano.

Gabriela quedó un momento en silencio y luego le contestó:

—Yo tampoco tengo palabras para agradecerte todo el bien que me has hecho.

Con una expresión de desconcierto en el rostro, su amiga le preguntó:

—¡Yo! Pero, ¿qué estás diciendo?

Entonces la niña le explicó el bien moral y social que su amistad significaba, y terminó:

—Ahora vuelvo a ser la de antes. Si no fuera por la influencia de tu madre y de esta amistad contigo, temo que mis padres hubieran sufrido un gran chasco al regresar yo a casa en las vacaciones. Los abuelitos ya son ancianos y lo menos que hacen es disciplinarme un poco. Claro, no pienso alejarme de mis condiscípulas, porque todas son muy amables conmigo. Pero me siento más feliz acá con Uds.; y ya no permitiré que la influencia del grupo me haga olvidar los principios que se me inculcaron desde la infancia.

Sin darse cuenta, las dos estaban llorando con esas lágrimas puras y bienhechoras que limpian el alma y unen los corazones. Se abrazaron, se enjugaron las lágrimas y luego empezaron a reír. ¡Niñez, “divino tesoro”! . . .

Para entonces, ya Gabriela había ganado mucho terreno en otro sentido. . . Una tarde, cuando iba llegando a la casa de su amiga, oyó que alguien cantaba dulcemente un himno sagrado. Se acercó en silencio y descubrió que la voz provenía del dormitorio de la enferma; y que cantaba en francés. Cuando fue a saludarla se lo mencionó. La señora sonriendo complacida le aclaró:

—¿Sabes? Yo me crié en un hogar piadoso. Soy valdense de origen. Por supuesto, hablo francés y me entretengo a veces entonando los himnos que aprendí en mi niñez.

—¡Señora! ¡Qué coincidencia! Mi abuelita también es de origen valdense, habla francés y le gusta cantar. Creo que el padre de ella era un ministro religioso.

Cuando llegó a su casa, le contó la novedad a la abuelita sin omitir un detalle. Y una tardecita, cuando ésta preparaba un bizcochuelo, al cual era muy aficionada, la nieta



notó que lo hizo por partida doble. Por la tarde del día siguiente, calladita, acomodó en una cesta pan casero —que lo hacía muy rico—, un tamaño pedazo de queso, un frasco de miel y, encima, el bizcochuelo más grande. Le pidió a la niña que llenara una bolsa de naranjas y mandarinas; y luego, a su hijo:

—Ata el caballo al sulky. Voy a salir.

Cuando todo estuvo listo, le dijo a Gabriela:

—Puedes acompañarme.

Y se dirigió a la casa de Nelly. Está de más decir que mientras las dos amiguitas trabajaban y charlaban, las dos señoras estaban pasando una hora de lo más placentera conversando en francés y también cantando.

Por su parte, el abuelito se había encariñado con el precioso y vivaracho Eduardito y se entretenía columpiándolo, contándole cuentos, en lo cual era perito, ¡y hasta en jugar a las escondidas con el chico! En cuanto al tío de Gabriela, más de una vez lo llevó “a dar una vueltita” en su caballo. Esto significaba un verdadero triunfo del pilluelo, porque el caballo del tío era un animal de pura raza y, a juzgar como lo cuidaba, parecía ser lo que, por el momento, más amaba en el mundo.

En una ocasión, las dos amigas conversaban sobre los ideales y planes para el futuro. Gabriela dijo:

—Pienso prepararme para el magisterio. Mis padres me enviarán a un colegio de internas en una ciudad de la provincia vecina. La verdad es que no sólo aspiro a ser maestra sino que quiero luego seguir un profesorado.

—Me alegro por ti. No me cabe la menor duda de que lograrás tus propósitos. También a mí me gusta mucho estudiar y deseaba seguir la misma carrera que tú has elegido. En la capital vive una tía, hermana de mi madre, que es profesora. Mis padres habían hecho planes para que yo viviera con ella y estudiara. Pero ya me despedí de esa ilusión. Aunque mi madre mejore como para levantarse (el

médico afirma que se restablecerá), su salud será siempre delicada y no podrá hacerse cargo de la casa y de mis dos hermanos. Así que he decidido terminar la primaria; luego aprenderé corte, confección y labores, y seré una buena ama de casa.

No había ni indicios de amargura en su voz o en su rostro. Para ella ese renunciamento era lo más natural. ¡Noble y admirable criatura! ¡Y pensar que en su curso nadie le prestaba atención y hasta la miraban un tanto despectivamente por su ropa pobre y gastada! Era la Cenicienta del curso. . .

Cuando se acercó el fin del año escolar, Gabriela supo que sus padres habían cambiado de planes: ella no terminaría en esa escuela la enseñanza primaria, sino que el año siguiente ya la enviarían al colegio.

La despedida fue triste para las dos; pero la más valiente fue Nelly, y con el desinterés que la caracterizaba se alegró por la buena suerte de su compañera.

—Te vamos a extrañar mucho; pero aunque nuestros caminos se separen, nunca te olvidaremos —le dijo sonriendo entre lágrimas. Y Gabriela se consoló al pensar que la abuelita ya había cobijado bajo sus alas a esa excelente familia.

Pasaron los años. Gabriela cursó sus estudios secundarios y siguió magisterio en aquel lejano colegio. Pasaba las vacaciones en casa de sus padres. A veces tenía noticias de su amiga por intermedio de la abuelita, a quien le gustaba visitar a sus hijos y nietos y pasar algunos días con ellos en el campo.

Cuando la joven tenía 17 años, se celebraron durante esas vacaciones las bodas de oro de los abuelitos. Toda la familia, hijos, nietos y bisnietos se reunieron para agasajarlos.

Gabriela aprovechó esa oportunidad para visitar a su amiga de la niñez. ¡Con qué alegría y efusivo cariño la

recibieron tanto la joven como su madre! Nelly tenía ahora 18 años y aparecía en la plenitud de su fresca belleza. Su amiga la contemplaba casi con arrobamiento.

¡Cuánto tenían que contarse! La madre de Nelly se había restablecido, tal como lo asegurara el médico, pero debía ser moderada en todas sus actividades. En cuanto a la joven, no se casó con un príncipe como la Cenicienta del cuento de Perrault, pero estaba de novia con un excelente y apuesto muchacho que había terminado Agronomía. Sus padres eran dueños de una extensa quinta no lejos de la población. Nelly continuaba conversando:

—Nos casaremos pronto. Rodolfo vendrá a vivir acá y será el jefe de la familia. Quiere muchísimo a mamá y se lleva muy bien con Alberto. Tal como te lo dije hace años, aprendí labores y corte y confección. Me compré una máquina de coser, que a la vez sirve para bordar y hacer otras labores, y la fui pagando por mensualidades. Toda la ropa que forma mi ajuar, la he preparado yo. Además, como me gusta mucho la música, Rodolfo insistió en que tomara clases, y un pajarito me contó al oído —dijo sonriendo picaresca— que piensa comprarme un piano como regalo de bodas. Pero yo no sé nada, ¿eh? Será una sorpresa. . .

—¿Y qué me cuentas de Eduardito?

—¡Ah!, vive en la capital. Mi tía lo llevó y se encarga de su educación. Nos duele estar separados de él, pero reconocemos que tendrá mejores posibilidades de instruirse. Nos escribe siempre y nos ha visitado varias veces en compañía de mi tía.

Las amigas se despidieron con intensa emoción. Comprendían que sus caminos se irían separando cada vez más y tal vez no volvieran a verse.

Pero Gabriela se alejó feliz porque las penurias de la familia habían terminado. Recordando a esa noble amiga de la niñez, pensó más de una vez cuán fácil es para el ser

humano guiarse por las apariencias y, por causa de eso, incurrir a menudo en lamentables errores y graves injusticias. ¡Cuántas veces, vestidas con ropas pobres y gastadas, pasan inadvertidas a nuestro lado personas que nos avergonzarían por la riqueza de su inteligencia y el caudal insospechado de su vida interior que atesora virtudes de inefable bondad, abnegación y valor!